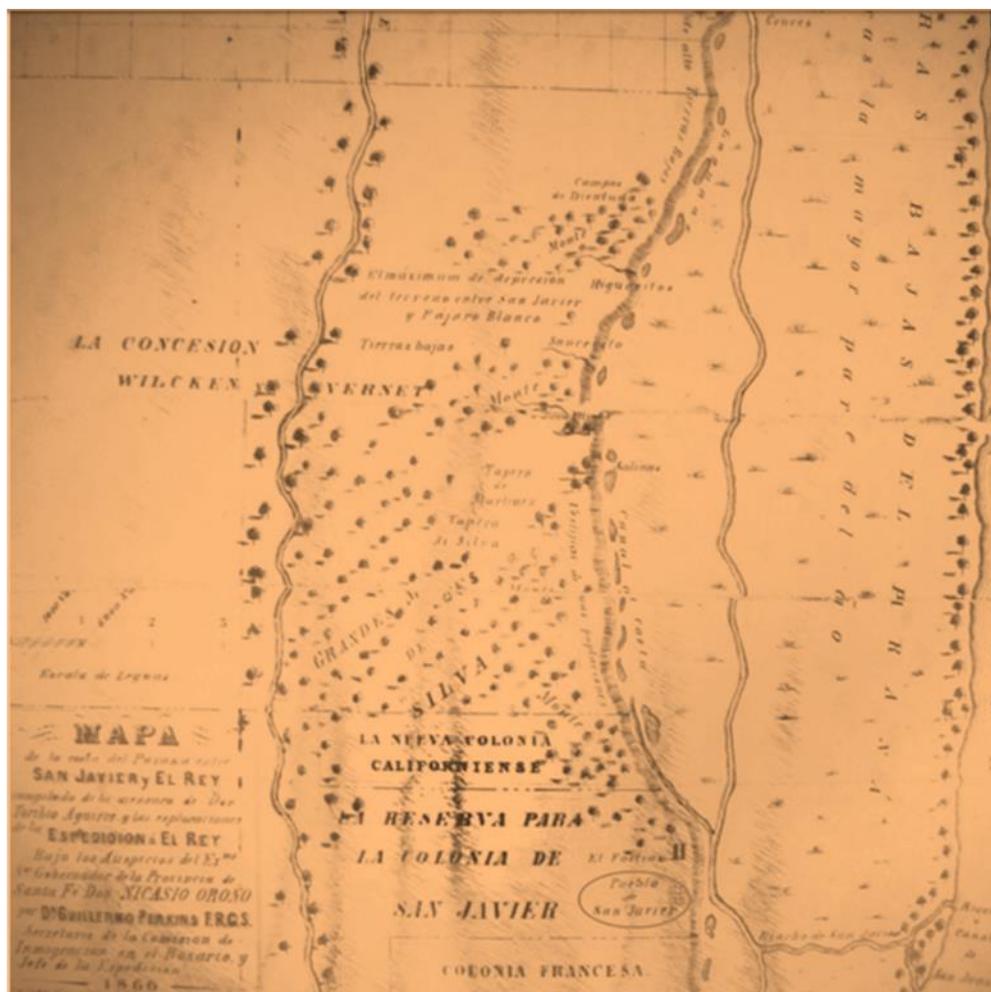


Edgardo Ronald Minniti Morgan



Colonia Eloísa en el Pájaro Blanco

Apuntes para su historia

*

η Car

Ediciones ETA CARINAE

Edgardo Ronald Minniti Morgan

***Colonia Eloísa en el Pájaro
Blanco***

Apuntes para su historia

**Primera Edición en papel: Noviembre de 2017. Impresa en
Flash – Creación Gráfica Vélez Sarsfield 56 – Local 15
Complejo Santo Domingo - Córdoba.**

© Edgardo Ronald Minniti Morgan

***Carátula: Mapa “Compilado de las mensuras de Don
Toribio Aguirre y las exploraciones de la Expedición a El
Rey... 1866”-William Perkins.***

*

η Car

Ediciones ETA CARINAE

COLONIA ELOISA
EN EL PÁJARO BLANCO
Centinela del Desierto



Límite Sur de Colonia Eloísa

INTRODUCCION

Huellas

Caminos

Tiempos

Van borrando los pies

La Galaxia

Empuja a caminar

Sin pena alguna

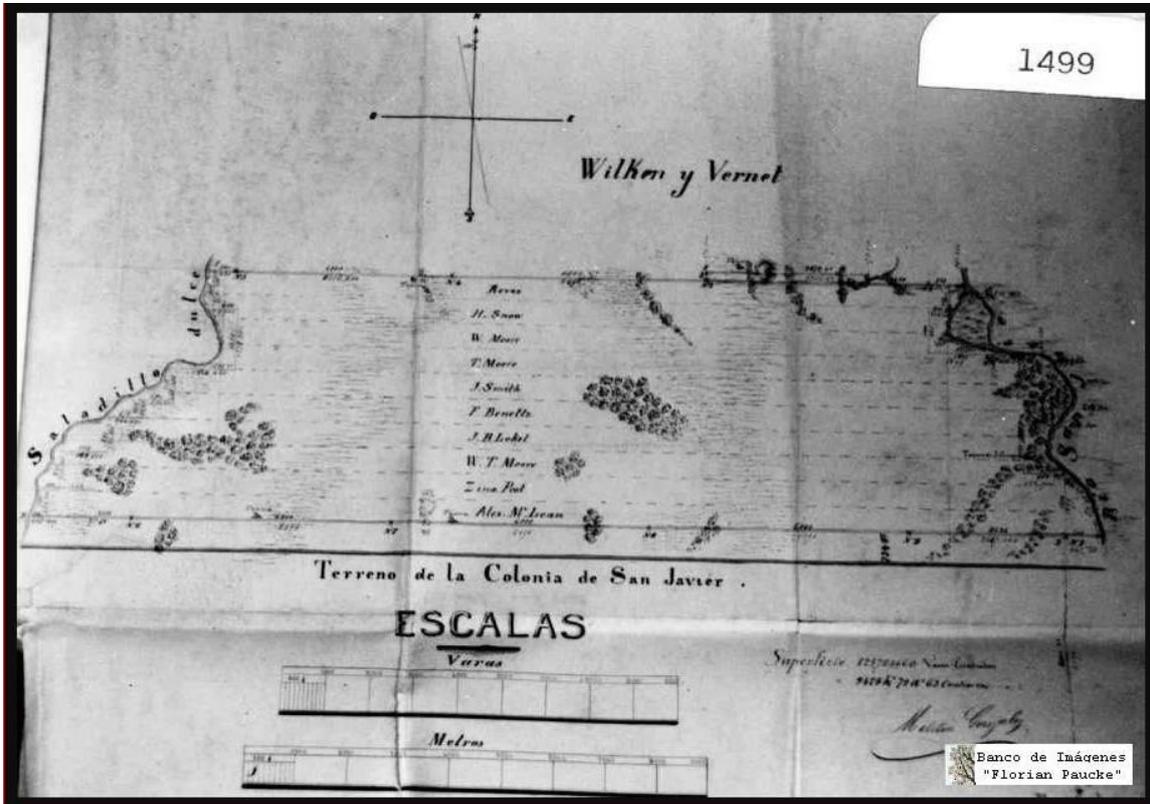
Es mi caso, venido del milenio pasado desde una población varias veces centenaria, desarrollada en ambiente rural, de cuya historia me he ocupado muchas veces, a una sociedad urbana conflictiva, con reclamos completamente ajenos a las raíces cuasi bucólicas que caracterizan esa historia, uno recuerda con nostalgia la paz, la cordialidad, el afecto de un grupo humano que me acompañó desde el comienzo de la aventura de vivir y la escala – no de seda precisamente – que me trajo a esta realidad, compartiendo transformaciones, modos de vivir y relacionarse muy distintos a los ahora normales.

Por ello, siento que no me equivoco cuando repito lo que tantas veces dije: hablo de ella, de esa mi otra gente, distinta de aquella integrante de la cultura del cemento armado. No es caprichoso detenerse en sus avatares, en sus angustias, en sus aparentemente playas apetencias profundamente vitales. Esa, nuestra otra gente es la que nos hace posibles. Ajena a nuestros códigos, a toda sofisticación semántica, a la manipulación sórdida

ciudadana, a los vericuetos comunicacionales, enfrenta una realidad más dura y cruel que la peor de las hipocresías urbanas. Y es mucho decir. Habitante de frontera. Allí mismo en el límite. Donde civilización empieza a ser naturaleza directa. Donde la realidad dejó de ser paisaje turístico para transformarse en resistencia plena, en lucha dura. Allí mismo, en ese lugar, está nuestra gente, esa gente a la que volvemos la espalda y repudiamos por su chabacanería, su olor a vestuario deportivo, su respuesta inmadura y torpe, pero francamente humana, sin tapujos. No la mera abstracción dialéctica que se maneja intelectualmente para justificar posturas y enarbolar banderas. Ese hombre de las raíces que solo exige de nosotros respeto y tolerancia, no una actitud paternalista o mesiánica; que vive, siente y decide dentro de su ámbito natural con igual intensidad y mucho más riesgo que nosotros en nuestras sobreprotegidas comunidades urbanas megapólicas, donde todo lo elemental está resuelto y nuestro problema es optar por cual botón presionar o cual vínculo establecer para hallar salida a las artificiosas situaciones que nos planteamos o nos impone esta atípica comunidad finisecular.

Por otra parte, es diverso e intensivo el tratamiento dado a los hechos históricos, su contexto, sus consecuencias. Pero el acontecimiento no es independiente de las

condiciones ambientales, ni mucho menos de las posibilidades concretas de transporte.



Las actuales facilidades para el traslado humano tienden a enmascarar la real situación imperante en el pasado y tendemos a brindar en función de nuestras vivencias, condiciones por demás alejadas de la realidad de entonces. Damos por sobreentendidas muchas situaciones que en verdad permanecen oscuras o se nos brindan con un grosero margen de error.



Lugares, vínculos, emplazamientos defensivos, etc, son conocidos y nombrados con frecuencia. Sin embargo continúan imprecisos por que la documentación oficial no registra los detalles necesarios para el ajuste que es menester con miras a precisas sus características.

Osados exploradores, líderes de expediciones militares, geógrafos, ingenieros o protagonistas de intereses económicos en acción, han dejado a lo largo y a lo ancho de la República, documentos suficientes para ajustar nuestro impreciso panorama.



No se pretende en este trabajo agotar las posibilidades existentes. Solo apenas llamar la atención sobre aquel claroscuro del espacio histórico que habrá de perderse irremisiblemente si no acotamos esa geografía imprecisa que caracteriza al Gran Chaco, en particular su región del Pájaro Blanco y sus historias, la mayoría hoy olvidadas por el común en particular el contexto socio político.



La zona hoy

CANTON DE VAUD

EXTRAIT
des Registres de l'état civil de la Paroisse d'Orseaux

NAISSANCE.		BAPTEME.	
N. 162	Beignon Jean-Jacques le fils fils de Louis Beignon et de Louise Beignon de Saint-Orens le 10 Mars 1840 à 10 heures du matin Enregistré sous le N. 162 le 10 Mars 1840 Ch. L. L...	le 10 Mars 1840 à 10 heures du matin Enregistré sous le N. 162 le 10 Mars 1840 Ch. L. L...	le 10 Mars 1840 à 10 heures du matin Enregistré sous le N. 162 le 10 Mars 1840 Ch. L. L...

Certifié conforme à l'original

Le Pasteur de la Paroisse
P. V...

Documento de Fanny Louise Bugnon, del Cantón de Vaud-Suiza - esposa de Thomas Moore (citado) – G.Tourn Pavillon

Los registros existentes masculinizan, por haberse perdido la costumbre de usar el apellido materno ¡Pobres de aquellos que solo tenían hijas mujeres! Condenaban al olvido su nominación. Es obligado en consecuencia agregar a cada uno o una de ellos su par opuesto, luchando con igual tesón y sufriendo de la misma manera, las más de las veces en silencio, las extrañas contingencias de las raras épocas que tejían ampliando fronteras.

Al recorrer el padrón de ciudadanos argentinos, nos sorprende la diversidad de orígenes de los apellidos. Aunque tal vez él nos esté de más, solo tiene vigencia para los no alertados. Nadie con ese luengo listado puede jamás decir que ha dado en algún lugar con uno argentino propiamente. Y si por esas casualidades del juego genético halla tal vez resabios de algún topónimo de la época de la conquista, de esos ancestros generosos en progenie, su rastro se halla desdibujado por las mezclas.

El capricho ribonucleico ha hecho de las suyas, escondiendo su mensaje en retorcidos arabescos.

Españoles, itálicos, franceses, rusos, alemanes, árabes, judíos, sudafricanos, escandinavos, etc, etc; tejen una malla intrincada, más compleja que cualesquiera de aquellas que ornán los sitios de tránsito en Europa o Asia. Esa gente vino aquí por voluntad propia, detrás de la esperanza de un mundo mejor. De un futuro para su descendencia. Así tiñeron la totalidad de la geografía del país, cargando las tintas en la pampa, en particular, las actuales provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

Algunas de las referencias que se brindan, pierden personalidad o se apartan aparentemente del tema central, se incluyen en aras de una mayor y mejor comprensión de ese contexto tan especial. Tienen que ver con la colonización en sí, por lo que con criterio amplio se incorporan para no cometer errores por defecto. Lo contrario es subsanable fácilmente. Basta solo con ignorar la referencia y seguir adelante. No obstante, a alguien habrá de servir el dato. Eso sí. El tema no se agota. Por el contrario. Se dan solo los pasos iniciales buscando interesar a investigadores e inquietos para que retomen la posta y continúen este reto al olvido con mayor propiedad.

Haremos un mosaico que constituirá un muestrario cabal de lo expuesto, aun cuando no fuere expresión justa del total, pues ciertas regiones por cuestiones personales,

políticas direccionales o el mero capricho del destino, ha focalizado la selección; como también ocurre en la propia Santa Fe.

Nos embarcaremos en la región del Pájaro Blanco, cayendo desde la ciudad de Reconquista, en brazos del inquieto San Javier, navegando al garete buscando aquellos mangrullos avanzados, con la sola distinción de aceptar como tales a los habitantes de una colonia, cualesquiera fueren sus ocupaciones. En el principio, no solo la agricultura atrajo personas a esas extensas tierras de la costa santafesina. El amplio contexto regional será cubierto a vuelo de pájaro en brazos del norte que no ha dejado de soplar desde los comienzos. Nos retornará el duro sur a nuestro lugar de asiento. Preferimos usar la acepción más amplia, para ganar en generalidad, evitando así las injusticias de las selecciones que tanto daño han ocasionado a la humanidad a lo largo de los tiempos. De los llamados nativos nos hemos ocupado y con particular esmero. Tal vez por ello, hoy nos sentimos obligados a caminar esta senda bastante difícil por cierto de los otros, los venidos después que ellos, que también no fueron de aquí, llegaron antes, nada más; sin desconocer que colono proviene del latín colere (cultivar), en su raíz. Pero el idioma es algo vivo y cambiante. Usaremos su expresión más moderna y amplia: habitante de una colonia. Inclusive, con la tolerancia del lector, aumentaremos su extensión

incluyendo a quienes facilitaron de alguna manera, la condición de tales; también hicieron colonia, que fue el modo con que el país se hizo grande. Fue la victoria real la que nos dio el derecho. Los mármoles imitadores de otros tiempos, esconden aún mucha de la verdad que yace debajo del pasto o el asfalto.

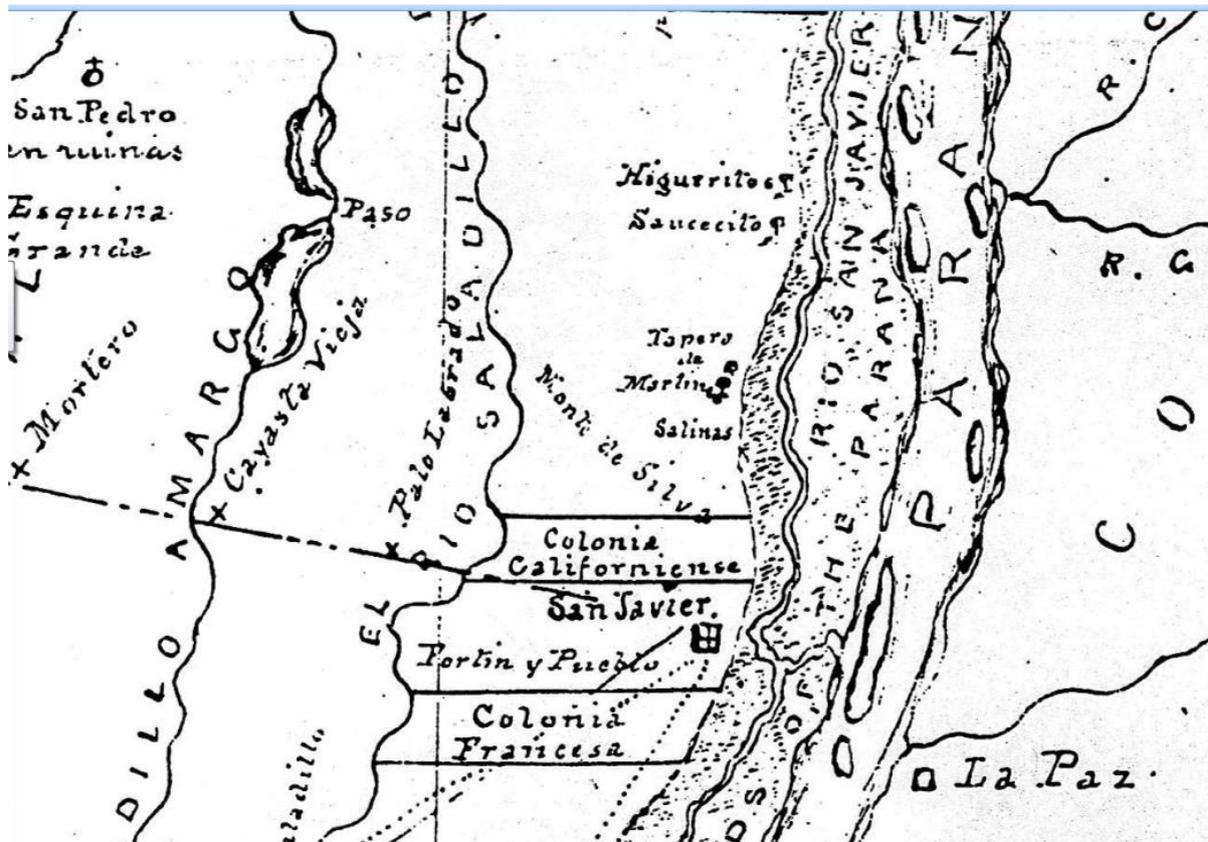
Estoy convencido de que la verdadera identidad cultural en libertad, se consigue y se perfecciona a través de la educación, por el conocimiento y el amor, vía necesaria hacia la sabiduría imprescindible para la conciencia de sí mismo y de la situación histórica de cada uno. Como así hemos llegado a comprender que la verdadera libertad individual se ejerce no imponiendo nuestras pautas, sino respetando a las personas e ideas ajenas, por desagradables, caprichosas o abstrusas que fueren, como modo de hacer valer las propias y que la vida libre en comunidad, importa la supremacía, defensa y honestidad de la justicia, de las instituciones republicanas, tanto como ese respeto nominal al pensamiento ajeno, por odioso que nos pudiere resultar.

Esa diversidad nos identifica para bien, no la pequeña o facciosa que tiende a limitarnos o comprometernos en acciones que esconden la mano tenebrosa o el aniquilamiento mordaz.

Prueba de esos extremos de libertad y tolerancia, lo constituye el cuerpo de normas que regula nominalmente el

funcionamiento de nuestra sociedad, que era uno de los más avanzados. Ignoro si a esta altura de la manipulación política, sigue siéndolo.

Desde siempre hemos insistido en que esa realidad es independiente de los juicios de valor que antepone el individuo en su intento vital de dimensionarla o manejarla, según fuere. Nadie mejor que nosotros los argentinos, crisol de razas y pensamientos, para comprender esa tolerante y receptiva identidad cultural que nos hace y nos ha hecho ciudadanos del mundo, respetados y envidiados en aquellos aspectos positivos que nos distinguen, aún cuando –respirando por la herida- digan que descendemos de los barcos o que somos italianos que hablamos español, leemos en francés, pensamos en inglés, escuchamos música alemana y discutimos con otros diversos acentos. De eso, debemos enorgullecernos, como respetables representantes de la humanidad.



Sector del “Mapa de la Provincia de Santa Fe para los inmigrantes”, de William Perkins – 1867 (Consigna los dos fortines del lugar: San Javier y Palo Labrado).

Nadie se acuerda de la Colonia Eloísa, en pleno Chaco Austral santafesino, esa Centinela del Desierto, excepto un reducido grupo de historiadores regionales que en sus distintos trabajos de investigación, citan ese notable emplazamiento humano en la Región del Pájaro Blanco, por encima del límite de la Frontera Norte Interior, línea que unía el fortín de San Javier, con el de Palo Labrado,

trasponiendo el A° Saladillo Dulce y proseguía al Oeste, Cayastá Viejo y Morteros, ya en Córdoba.

Acotemos que el nombre “Palo Labrado” se vincula con varios emplazamientos sugerentes a la vera de nuestros ríos y arroyos, tales como la Isla de las estacas, Palos Negros, Monigotes etc; que traen reminiscencias de viejas culturas totémicas de origen incaico (Los ríos eran las autopistas de entonces).

Fue grande el esfuerzo realizado por la República para ampliar esa Frontera Norte Interior límite del desierto, penetrando cada vez más en la región del Pájaro Blanco cuyo borde austral lo constituía entonces San Javier. Así se efectuaron concesiones de tierra al norte de la línea a la firma **Wilcken y Vernet**.



Esta empresa supuestamente no habría prosperado. Sí lo hizo en principio la sociedad **Warnes, Herbert y Cía** que el 26 de Abril de 1869 denunció para sí las tierra ubicadas inmediatamente al norte de Galencia, en una superficie de dos leguas sobre el río San Javier y diez de fondo hacia el oeste, conforme lo destaca el conocido y prestigioso investigador de la historia regional, doctor **Guido Tourn Pavillón**, quien en comunicación personal sacó al autor del equívoco de confundir un emprendimiento por otro.

Al año siguiente solicitaron la mensura del predio, la que quedó a cargo del agrimensor **César Fantoli**, comenzando el 5 de Febrero de 1870 con la presencia de los señores **Ovidio Warnes, José Hebert, Cayetano Orrego y John William Davies**, último lindero de Galencia; delimitándose así la que sería la poco feliz **Colonia Eloísa**. El propio agrimensor destacó en su informe que el terreno no era apto para los propósitos de explotación agrícola esgrimidos por los empresarios.

El Inspector de Colonias **Guillermo Wilcken** ponderó que *“la Colonia Eloísa es un árbol mal plantado por decirlo así; se secó sin alcanzar a prender”* (**Tourn**).

Fundada así la **Colonia Eloisa** en 1869, a partir del límite norte de Colonia Galense o Galencia (Inglesa en el mapa siguiente), en ese propio límite, contó entre sus

primeros habitantes a **César Henriet, Juan Grovet, Arsene Vernet, Pablo Valory, Lorenzo Richard y A. Savomin.**



La desaparecida Colonia Eloísa estaba justo arriba de Galencia (Colonia Inglesa) Se registra el viejo “Monte Silva” y el fuerte “Palo Labrador”.

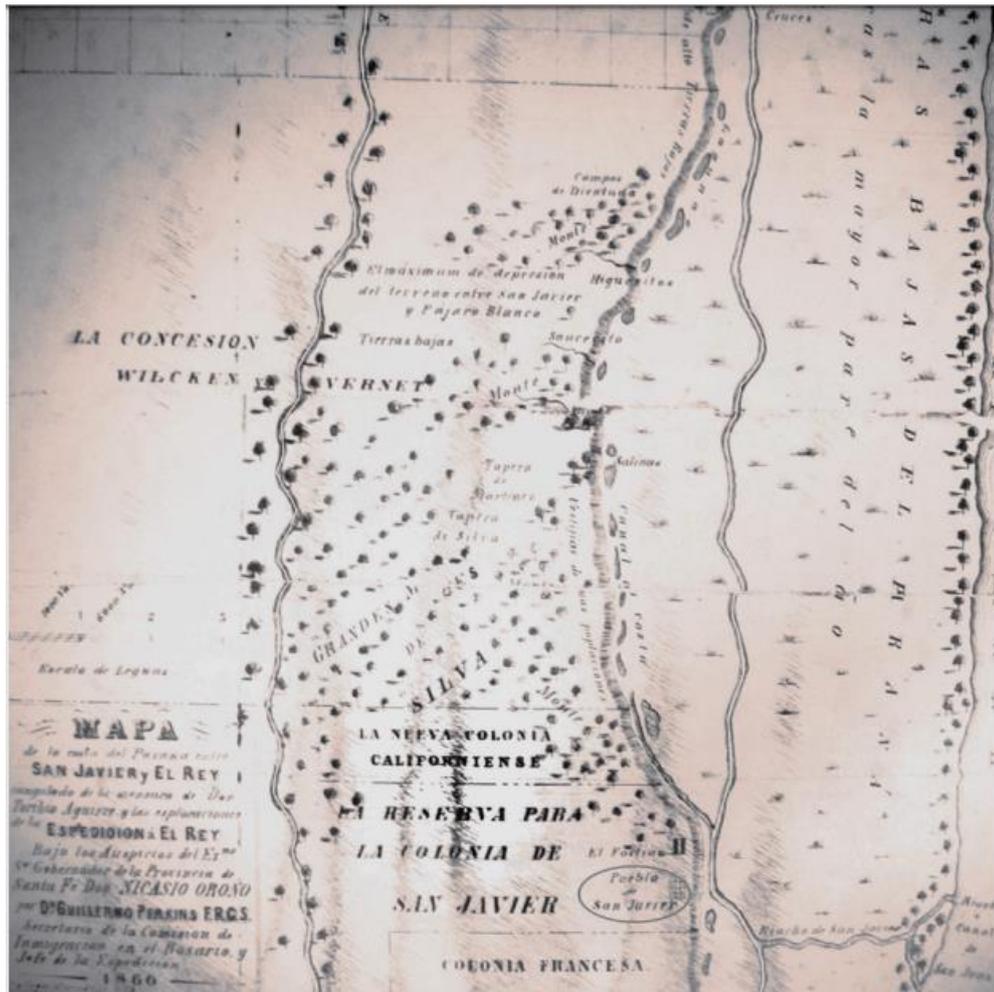
Recordemos que en la región de la costa ya se hallaban emplazadas Helvecia, Colonia Califonia y Colonia Galense, verdaderas avanzadas de la civilización; Alejandra aún no se había fundado.



Molino de la zona con aguada

Sí, hacia mediados de 1869 la empresa **Warnes, Herbert y Cía.**, conformada por los hermanos **Ovidio A. y Joaquín Warnes**, uruguayos, y **Joseph Herbert**, francés instalado en Colonia San José (Entre Ríos), recibieron una concesión de tierras de unos 27 Km. al norte de Colonia California para establecer una colonia agrícola.¹ Así se conformó la Colonia Eloisa —denominada así en homenaje a la esposa de **Ovidio Warnes - Eloisa Feraud Arraéz o Eloya Feraud y Arraez** – hija de **Alejandro Feraud y Benita Arraéz**, uruguaya nacida en Montevideo

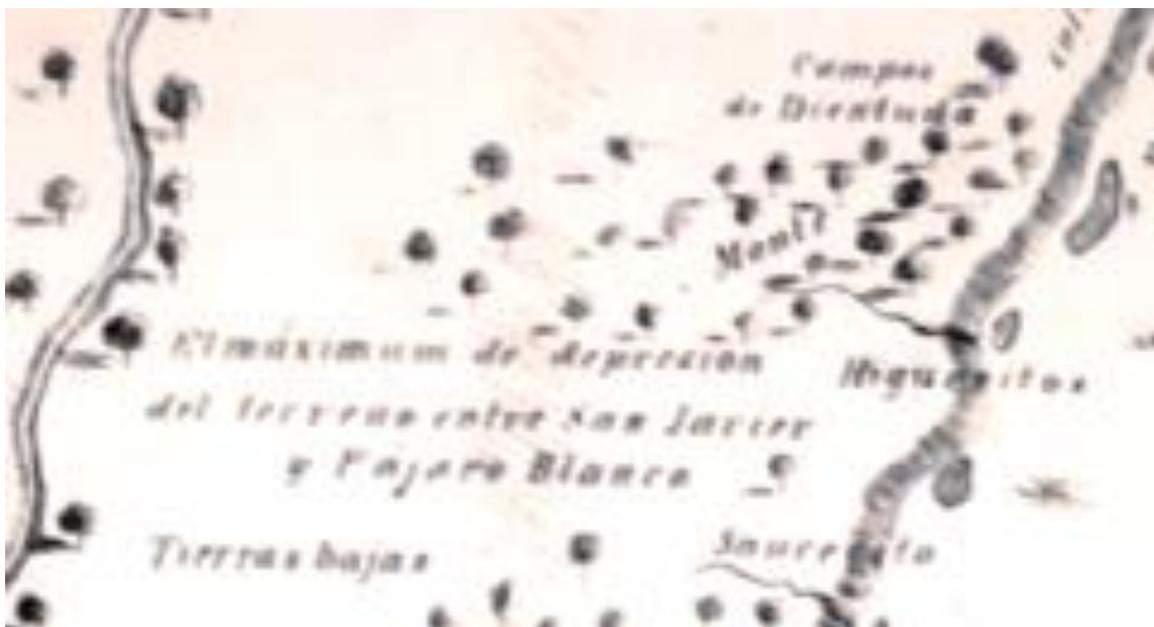
¹AGSF, T. 35, f. 1104.



en la década de 1830. Ya al mensurarse el terreno se advirtió su escasa utilidad pues en su mayor parte era anegadizo, a pesar de ello se establecieron algunas familias. Una muy mala administración que rápidamente dilapidó los fondos proveídos, la incorrecta elección de algunos colonos, las malas cosechas a causa de una prolongada sequía, el ataque de los indios que mataron a dos colonos y

robaron ganado, y la huida del administrador presagiaban el peor destino para este emprendimiento.

Apreciamos esas circunstancias en el propio mapa de **Perkins** que es claro en tal sentido, conforme lo vemos en los siguientes extractos del mismo:



“El máximo de depresión del terreno entre San Javier y Pájaro Blanco”



Grandes Montes de Silva



“Vestijos de uas poblaciones”?

A este último detalle, el autor no le encuentra explicación; solo que refiera a emplazamientos de “matreros” (comunes en la época) o indígenas. Realmente notable la leyenda.



La misma se llevó adelante en la zona sur de la concesionada a **Wilcken y Vernet** con anterioridad a 1867, corrida algo al norte por el otorgamiento de tierras a los californianos, que rechazaron instalarse más al norte Reconquista, en 1866). Recordemos que ellos:

*“Rechazan decididamente la oferta formulada e insisten en asentarse cerca de San Javier, entre esa localidad y la tierra concesión del gobierno a favor de **Wilcken y Vernet**, para lo que sería a posteriori Colonia Eloísa, proponiendo la compra de un predio de algo más de doce mil hectáreas. La petición fue formalmente suscripta por **Alexander Mac Lean, William J. Moore, John Smith, Harlow Snow,***

*James B. Lockett, Josiah C. Reeves, Thomas M. Moore, William H. Moore, Francis Bennet y Zina Post. En una presentación formal en papel de 25 líneas (Segunda Clase 20 centavos / Año de 1866) - manifiestan: “Los abajo firmados (sic) ciudadanos norteamericanos ante V.E. con el debido respeto decimos que a nuestro regreso de la exploración (sic) de “El Rey” y a consecuencia de la expedición (sic) que realizamos bajo la dirección del Secretario de Inmigración Don **Guillermo Perkins**, hemos tomado la resolución definitiva de fijarnos para siempre en esa provincia al amparo de sus leyes y la protección de la ilustrada administración que la dirige (sic) contribuyendo al resultado de este propósito, la promulgación de la reciente ley sobre Colonización espontánea (sic) que viene a favorecer nuestro pensamiento cuya economía, aunque difiere en forma, condición y sistema hasta aquí aceptado para la colonización, en nada hiere ni las prescripciones ni el espíritu de la ley mencionada. Con el pensamiento de establecernos pronto, tomando al propio tiempo las tierras necesarias para parientes y... (palabra ininteligible)... de algunos de los solicitantes hemos decidido denunciar...” y prosigue el formalismo con el rito burocrático que habrá de hacer levantar el pulgar del gran César. Aquellos veinte centavos constituyeron el primer aporte concreto al bienestar común santafesino. Le agregaron después su sangre, su sudor, sus lágrimas, que engrosaron las arterias*

*de este país nuestro, del que no siempre somos dignos depositarios. Sin embargo, se impone destacar que el propio **Guillermo Perkins** se anotó con una “Suerte de Estancia” (Superficie de una legua de frente y dos de fondo) en la denuncia de ocupación de los veinte centavos.” (De “Colonia California y Galencia en el Pájaro Blanco – E.R.Minniti Morgan – 2013).*

Eloísa llegó a tener 200 pobladores en sus comienzos.

Para comprender cabalmente la importancia de este enclave de avanzada, difícil para nosotros hoy desde nuestras cómodas posturas ciudadanas, tenemos que obtener una visión del contexto imperante entonces.

Así, nos vemos obligados a recordar hechos y situaciones que nos aclaren tales circunstancias.

QUE SEAN PESOS BOLIVIANOS

La segunda mitad del siglo XIX no fue económicamente fácil para el país, particularmente sufrieron las provincias las consecuencias de una política centralista portuaria que en mucho asfixió económica y comercialmente al interior. Ya en 1854 la Confederación Argentina no logra –pese a sus

denodados esfuerzos- la aceptación pública del papel moneda emitido por el Banco Nacional instalado en Paraná.²



O también otras monedas similares entonces vigentes:

² SORS: Ofelia – 1981 – “PARANÁ” – Paraná – Entre Ríos



Pesos cordobeses – Web.

Para la década de 1870, la moneda corriente en Córdoba, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe eran los pesos bolivianos o los propios, que eran menos aceptados por un problema de respaldo metálico (Con un valor equivalente aproximado a \$f 0,75 por unidad); un circulante que hoy denominaríamos “cuasi moneda” de muy amplia aceptación, incluso en las transacciones oficiales. Pese a la existencia de una banca privada diversa, era prácticamente en la región la única unidad de cambio necesaria para los acuerdos no solamente

menores. En 1877 existían en Paraná – por ejemplo – el llamado Banco Nacional, el del Litoral, el Argentino y una Casa de Cambios, pues era común la circulación de las “monedas fuertes”, particularmente la libra esterlina, máxime cuando para entonces mucha de la producción regional salía por el puerto de Montevideo, no de Buenos Aires por falta de calado³, en particular cuando Rosario no brindaba profundidad suficiente.

*Prueba de la aceptación generalizada de ese título, lo constituyen los distintos pagos y empréstitos acreditados en la región en esa época.⁴ Como ejemplos concretos citaremos que el 7 de julio de 1870, **Gould** – director del Observatorio Nacional Argentino, con asiento en Córdoba - envía a **Santiago Cáceres** quien junto al Ministro Avellaneda gestionan la terminación de las instalaciones del establecimiento, en respuesta a un pedido de presupuesto que le efectuaran los mismos, el siguiente detalle⁵: 1) - Para concluir la parte del Observatorio que ya existe \$b 600.- 2) - Para la parte que falta \$b 3670.- 3) - Para la casa del director \$b 3450.-; o la ayuda pecuniaria que efectuara el 20 de Junio de 1877 la Corporación Municipal de Paraná a la*

³ GARZÓN; Rafael – 2002 – Historia Argentina vista desde el Interior-Ediciones SADE - Córdoba

⁴ ARCHIVO DEL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE CÓRDOBA - 1870-1878– Planillas de Rendición de Cuentas varias.

⁵ MINNITI MORGAN; Edgardo R., PAOLANTONIO; Santiago, 2009 – “Córdoba Estelar” – 2001 . “Uranometría Argentina 2001 – Historia del Observatorio Nacional Argentino”; UNC – Observatorio Astronómico de Córdoba y SECYT – OAC – Universidad Nacional de Córdoba, respectivamente.

*Asociación Industrial de Artesanos de \$b 50;*⁶ Otro ejemplo lo constituye el presupuesto a la Municipalidad de Córdoba por el Mercado Sud, el primero en la ciudad, efectuado por el ingeniero **Revol**, que comprendía un total de \$b 30.000.⁷

El aporte de los pesos bolivianos en curso, era efectuado por el Banco de Londres, en particular desde su sede en Rosario, ayudando así a financiar las apetencias monetarias tanto públicas como privadas, con pingues ganancias. Situación que perduró hasta la crisis desatada entre esa entidad y el gobierno santafesino que, para no someterse a las prácticas impuestas por el Banco - cuyas razones son interesantes pero complejas, excediendo la limitación de este breve apunte orientador - organizó la reunión constitutiva del Banco Provincial de Santa Fe en Junio de 1874, que comenzó a funcionar efectivamente el 1º de Septiembre de 1874, bajo la dirección del español Carlos Casado.⁸ Llegando posteriormente el gobierno santafesino en 1876 a suspender algunos derechos de aquella entidad crediticia en principio, a cerrar la misma posteriormente, encarcelando a su gerente e incautándose en Mayo de

⁶ Ib. 1

⁷ ESCRIBIÚ; Marcela – 1929 – Los Principios – Córdoba, 11 de Abril

⁸ BANCO DE SANTA FE; Historia – 2006 – contactobc@bancobsf.com.ar (Extracto extraído del libro: “Historia del Banco Provincial de Santa Fe” de Alberto Campazas)

ese año, de las existencias de oro en la sede del Banco de Londres de la ciudad de Rosario.

Esta crisis forzada por las presiones, y condiciones inaceptables que se pretendían imponer, determinó acciones precisas de la gobernación santafesina de Bayo para suprimir la circulación generalizada en la región de los pesos bolivianos. A ese efecto inició gestiones oficiales concretas en su jurisdicción y envió representantes ante el gobierno de Córdoba para lograr la desaparición de esa moneda espuria, consiguiendo así la erradicación de un prolongado negocio bancario extraño con marcadas incidencias políticas.

Desde entonces, ya no fueron más aquí, los tan ubicuos pesos bolivianos.

Así también se fueron dando otras cosas:

1862

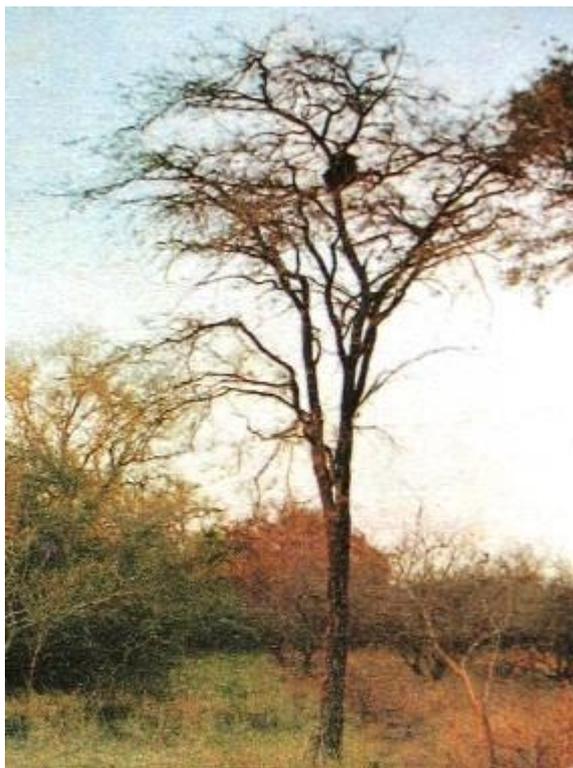
Santa Fe, como en el comienzo, estaba sola y casi aislada de no ser por esa fresca banda de aguas que envolvía su frente. Los indios asomaban sus ojos brillantes por encima del tapial.



Mocovíes en toldería – Web.

De vez en cuando raptaban un pequeño, violaban una doncella, robaban algún caballo. También entonces había quien trataba de cambiar ese estado de cosas y quien pugnaba por que permaneciera así por convenir a sus intereses, sin contar los que gobernaban saliendo de los unos o los otros, que ya formaban una casta. No es fácil reconstituir en pocas líneas el variado panorama de la frontera de Santa Fe entre el sesenta y el noventa del siglo XIX, entonces denominada Frontera Norte Interior. Mucho se puede hablar de ello y el autor por vocación se siente inclinado a hacerlo. La tiranía del espacio propuesto, el derecho de la trama y naturaleza del enfoque, lo lleven a brindar lo más objetivamente posible una serie de acontecimientos que marcan una realidad concreta, de la cual uno no puede imponerse directamente por otros medios. El Gran Chaco, Chaco Gualamba y hasta nominado El Desierto, incluyendo la

región del Pájaro Blanco, comprendía una extensísima superficie del territorio situada al Norte de la línea que unía Calchines, Cayastacito, Esperanza, El Sauce, protegida por fuerzas nacionales o provinciales, conforme los estados de ánimo imperantes. La cual por cierto, no era ni inhóspita, ni desértica. Bullía de actividad diversa. Indios, gauchos matreros, osados aventureros y de los otros con fuerte escolta, la vivían o la visitaban. El “Club Libertad” presionaba a sus socios para que contribuyesen voluntariamente con miras a organizar una campaña importante tendiente a brindar seguridad en la región. Con ese fin destacó en comisión a sus directivos y distribuyó circulares entre sus socios. 1863 moría y con él una forma de vida regional que venía desde la colonia.



Ñandubay del Pájaro Blanco

Veamos algunos acontecimientos de la época, para situarnos en el entorno.

*- Nota circular del Presidente del Club Libertad:
SANTA FE; Marzo 13 de 1862*

Señor Socio Don ...

En el deseo de secundar las nobles miras del Gobierno, sobre la reconquista del Chaco, el Club Libertad, ha resuelto en sesión del 10 del presente que cada socio contribuya con un caballo o su equivalente, seis pesos plata; y que esta misma suscripción se haga extensiva no solo al vecindario de la capital, sino a toda

la provincia y aún hasta Buenos Aires y Entre Ríos. Al efecto se me ha autorizado a nombrar las comisiones que crea necesarias para llevar a cabo esta resolución del Club.

En esta virtud he tenido a bien nombrar a Ud. para formar la Comisión perteneciente al Cuartel n° 1 de esta capital10; subiendo a Ud. que la suscripción quedará abierta el 15 del corriente y terminará el 22 del mismo dando cuenta a la Secretaría del Club el resultado de su comisión.

MANUEL I. PUJATO - Presidente

PEDRO RUEDA – Secretario

1864



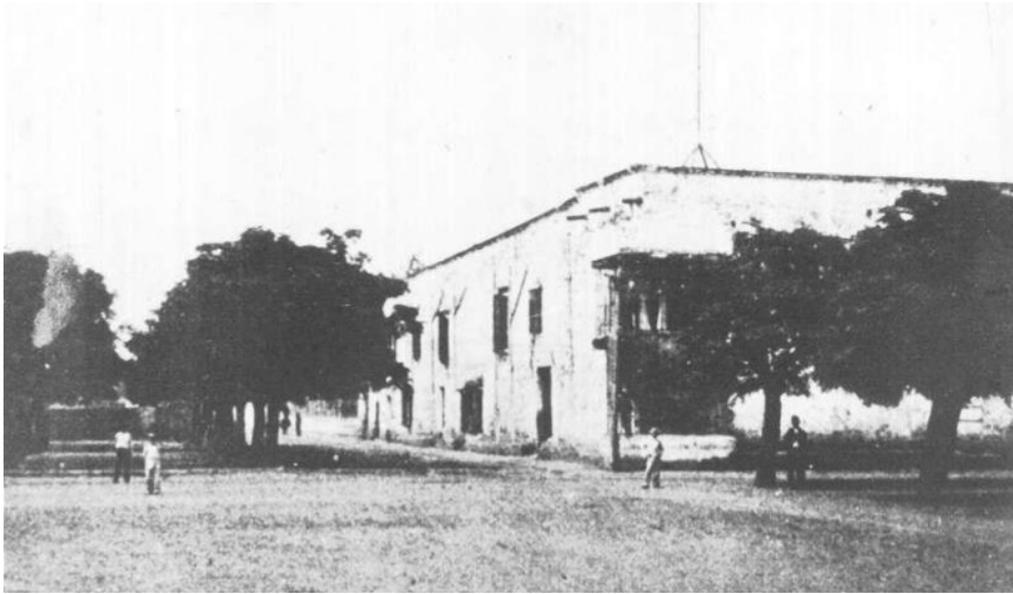
Coronel Conesa

*A comienzos de Febrero de 1864, el Cnel. **Conesa** dio comienzo a una recorrida de la antigua línea desde San Javier, tratando ya en su extremo, de abrir paso nuevamente por el Camino de los Sunchales. El Ferrocarril, aplaude al gobierno por el hecho. Este movimiento de tropas desguarneció la retaguardia y facilitó a los indios el arreo de gran parte de la hacienda de **Iturraspe**. El Mayor **Jobson** es llamado de inmediato en su persecución. Guiado por la rastrillada, les da alcance matando uno y haciéndoles varios heridos; recupera la mayor parte del arreo que conducían.*

*La Verdad felicita a la provincia por la adquisición de aquel militar para Comandante General de la frontera., que ha logrado avanzarla algunas leguas en el desierto. Para entonces, el propio Gobernador **Patricio Cullen**, se encarga en persona de la dirección de algunos fortines. Por Julio de 1864, el Gobierno ya había dispuesto la rehabilitación del antiguo fortín de Sunchales fundado por **Gastañaduy** por 1792, conocido como La Virreina, en otro paso para reabrir el camino del mismo nombre, prácticamente en desuso por el accionar indígena (La tal Virreina era la hija del fundador de San Javier, Rafaela Vera Mujica). Las múltiples presiones de Santiago del Estero y Córdoba pugnaban por ello para quebrar la restricción comercial a que se veían sometidas esas provincias. Solo algunas vastas estancias, como enormes*

islas, se encontraban aquí y allá tratando de mantener la fructífera explotación del ganado mostrenco. Esas vaquerías y cinco reducciones adornaban el Chaco infinito. El Prefecto de las Misiones en la Provincia de Santa Fe concretó en Agosto un censo de la población de tales reductos que arrojó las siguientes cifras para ese año de 1864: Santa Rosa (Calchines) 241 hombres y 261 mujeres, todos criollos. Cayastá 416 hombres y 490 mujeres, mocovíes. San Javier 316 hombres y 287 mujeres, mocovíes San Pedro 236 hombres y 319 mujeres, mocovíes San Gerónimo 287 hombres y 277 mujeres, abipones

Esas flacas estructuras supuestamente de contención, debieron ser reforzadas con aporte público (del cual - por otra parte - se venían nutriendo y lo siguieron haciendo hasta traspuesto el Siglo XX). Para ello el Ministerio del Culto e Instrucción Pública mandó que por la Aduana de Santa Fe se abonen dos onzas mensuales al Prefecto de las Misiones, ordenando también el libramiento de algunas sumas para las iglesias y escuelas de tales pueblos.



Casa de la antigua Aduana - AGPSF

El gobierno de Santa Fe por aquel entonces, ante denuncias de Santiago del Estero y Córdoba, dispuso concretar instrucciones sumariales para investigar presuntas incursiones de partidas no indígenas armadas que asolaban sus fronteras, cuatrereaban con libertad y mataban con impunidad. Si bien tales actuaciones no arrojaron resultado alguno, sospechosamente las acciones cesaron por esa presión, hecho que por cierto destacó con elocuencia la prensa de Córdoba. En las pulperías y las ruedas de mate se relataba la anécdota de un santiagueño que salvó a duras penas de una incursión en que perecieron 28 de sus compañeros de tareas. Escapando milagrosamente a caballo de las lanzas del malón que habían asolado el establecimiento en que trabajaba, se internó en una estancia de la provincia de Santa Fe donde

*requirió cobijo, luego de relatar al patrón la odisea. Le franquearon el acceso y le dieron refugio. Enorme fue su sorpresa al día siguiente al reconocer entre los peones que se aprestaban para las labores de la jornada diaria, a los agresores asesinos de sus amigos. Por la noche huyó silenciosamente. Esas prácticas fronterizas comunes a Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Santiago, se sucedían continuamente, teniendo por protagonistas a indios, criollos y extranjeros matreros. ¿Quién podía poner coto al cuatrero organizado? A fines del sesenta y cuatro, el Comisario del Departamento Unión de Córdoba dio alcance a una partida de algo más de medio centenar de jinetes armados, asociados a un gran movimiento de hacienda. Dieron como única explicación hallarse —boleando avestruces—. Todo terminó en meras manifestaciones formales entre los gobiernos, de orgullo territorial herido. El Coronel **Conesa** en su carácter de Comandante General de la Frontera Norte presiona y el Estado comienza a prestar atención a los problemas que la misma generaba, como consecuencia de irse poniendo en acción las políticas ambiciosas de población del territorio que encaraban tanto la Provincia, como la Nación. Por el Este, el gran Paraná cuida el frente. Con la tranquilidad con que se desenvuelve esa culebra marronada de limo venida desde el Brasil, Goya y Bella Vista descansan sus caseríos embelesados en la verde cinta vegetal que el*

Chaco misterioso envuelve en su cintura. Por la mañana temprano, las canoas empiezan a ir y venir como lanzaderas llevando y trayendo chafalonías, cueros, plumas, cera, telas, algunas armas, etc. Mantienen vivo el sempiterno Mercurio inyectando el plusvático aliento de la pécora en un primer escalón.

Un suelto del Eco de Córdoba del 26 11 1864, con el título “ INDIOS Y CRISTIANOS” nos dice:

Desde el año pasado se denunciaba por los pobladores del norte de esta provincia, víctimas de las irrupciones casi semanales que tenían lugar, a fines del 63 y principios de este año, de que los invasores no eran únicamente indios. Y tenían tal aire de verdad esas manifestaciones, que este gobierno, acogiéndolas, lo significó así al gobierno de Santa Fe.

*Varias notas cambiaron con este motivo, pero los esfuerzos que hizo el gobierno provisorio del Sr. **Oroño** fuesen bastantes para descubrir la verdad de estos atentados. Las sumarias levantadas no arrojaron ninguna luz; sin embargo las invasiones del norte cesaron repentinamente. Corrió entonces una anécdota no poco verosímil y que confirmaba los temores que abrigaban jefes y subalternos sobre los invasores.*

Un santiagueño que escapó a la horrible matanza de 28 más compañeros (sic), disparando de la lanza de los indios fue a parar a una estancia limítrofe de esta provincia, en el territorio de Santa Fe.

Hizo al dueño de ella la relación de lo que había sucedido y como había escapado de los indios, y aquél lo escogió con benignidad y quedó en la misma casa. Pero cual no sería su sorpresa, cuando al día siguiente reconoce entre los peones que llegaban al trabajo a varios de los matadores de sus compañeros.

Desde ese instante tomó la resolución de salir en el acto de allí y así lo hizo, a media noche, sin ser sentido de nadie.

El infeliz salvó y ha contado a varios lo que nosotros acabamos de referir.

Ahora tenemos un hecho que viene a dar carácter verídico a estas horribles presunciones.

El Comandante del Dpto. Unión acaba de pasar un parte al ejecutivo de la provincia, remitiéndole lo siguiente:

Habiéndose notado un gran movimiento de hacienda al norte del departamento Unión y divisándose como 80 jinetes, se armó una partida, con la que sorprendieron una otra de los invasores, se vio que eran gauchos santafesinos, todos ellos armados.

Interrogados por el jefe sobre el objetivo que los había hecho pisar armados el territorio de esta provincia, contestaron que “andaban boleando avestruces”.

Esto nos ilumina sobre una gran parte de las invasiones al norte de esta provincia. El gobierno debe ahora que el hecho no se puede ocultar, reclamar al gobierno de Santa Fe la reparación de estos atentados que comprometen, en tal alto grado, el honor de los hijos de la vecina provincia.

El gobierno de Santa Fe, por su parte, debe inquirir con toda solicitud, sobre el plan que tenían esos “boleadores” en un territorio que no pueden pisar con armas en la mano.

No dudamos que estos hechos sean perpetrados sin que el gobierno santafesino haya tenido la más remota noticia de ellos; pero en el instante en que ha sido instruido acerca de lo sucedido, su honor y la reciprocidad que debe existir entre todos los gobiernos de la nación, le imponen la imprescindible y severa obligación de castigar a los que se han introducido en los territorios de esta provincia, con frívolos e injustificados pretextos.

¿A dónde vamos con las invasiones de cristianas boleadoras amén de las que tenemos de los pampas? Hace ya dos años que esta provincia sufre depredaciones diarias. El hecho perpetrado por los “boleadores de avestruces” es muy grave y confiamos que así el gobierno

de Córdoba como el de Santa Fe llenarán esta vez su deber; el primero denunciando el hecho y pidiendo el castigo de los que se han metido en territorio de esta provincia armados y en grupos sospechosos, y el segundo aprehendiendo a los criminales y castigándolos. ¿ Cuántos de esos “boleadores” no habrán tomado parte en las horribles invasiones del norte? Volveremos otra vez sobre el mismo asunto.

1865

MENSAGE
DEL
PODER EJECUTIVO
DE LA
PROVINCIA DE SANTA FE
A SU LEJISLATURA.

COLONIAS.

Los afanes que han consagrado las Administraciones precedentes al establecimiento de Colonias extranjeras están recompensados con ventaja. Se ha conseguido ya una corriente de inmigracion espontánea, que debemos esperar aumente progresivamente nuestra poblacion. No tendremos que hacer otros sacrificios en adelante, sino otorgar las concesiones proyectadas en convenios vijentes á las familias que busquen en nuestros hogares el fruto de su trabajoy la proteccion de nuestras leyes.

El réjimen municipal á que serán sometidas las que alcansasen una poblacion conveniente, completará nuestros trabajos y servirá de norma, y de estímulo á la vez, para la inmigracion sucesiva.

El estado floreciente de estas Colonias no puede apreciarse en los límites de un año para otro: es preciso comparar la prosperidad presente, con las épocas no muy lejanas de su establecimiento, para reconocer el servicio que han prestado á la Provincia y los bienes que aun tenemos justos motivos de esperar.

Las Colonias han operado un saludable cambio en nuestra a-

gricultura y Comercio, produciendo en abundancia lo neces

rio á nuestro consumo y exportando productos excedentes que importan una considerable riqueza.

QUEDAN ABIERTAS LAS SESIONES DE LA H. CAMARA DE REPRESENTANTES EN EL AÑO DE 1865.

NICASIO OROÑO.

JUAN DEL CAMPILLO.
Ministro Secretario.

No podemos dejar de recordar las palabras del historiador **Mafucci Moore** sobre la política de estado imperante entonces:

“Hubo varios intentos previos pero quien le dio un fuerte impulso al objetivo de imponer la soberanía provincial sobre el Gran Chaco fue el gobernador Nicasio Oroño a través del expediente de la venta de tierras públicas y la instalación de colonias de inmigrantes; en su mensaje a la Legislatura en 1866 señalaba:

el Gobierno comprende que la población extranjera acumulada en nuestro suelo, estimulada por las ventajas que le ofrece la liberalidad de nuestras leyes, es el elemento indispensable de nuestro progreso y el medio más eficaz para retomar a la provincia su dominio a los vastos territorios que hoy ocupan las tribus del desierto”
(Ensinck, 1979: 36-37).

*El "redescubrimiento" del Gran Chaco en los '60 tuvo en **Guillermo Perkins** su mejor propagandista. Desde las páginas de El Ferro Carril y El Cosmopolita, y sus notas en The Standard se consagró con singular afición a auspiciar todo tipo de proyectos económicos, incluida una singular campaña destinada a llamar la atención sobre la necesidad de poblar y colonizar el Gran Chaco...”*

*Recordemos que **Perkins** fue Secretario de la Comisión de Inmigración con asiento en Rosario hasta 1870, en que renunció para ocupar la Superintendencia del Ferrocarril*

Central Argentino. Fue un batallador por el progreso regional.

1866

*Comandante en Jefe Interino de la Frontera Norte de Santa Fe; San Antonio (sic), Enero 24 de 1866. Al Sr. Gobernador Constitucional de la Provincia, Ciudadano D. **Nicasio Oroño**. ¡Viva la Patria! Excelentísimo Señor Gobernador, no hemos hecho todo pero hemos triunfado completamente dejando en el Chaco en diferentes combates, 74 indios muertos de pelea, a más 4 chinas y entre éstos, 5 caciques - Ponciano Morcona, Antonio Ahaquihancalé, Juan de la Cruz Cacitoquí, Cruz Polvadera, Nicolás Samaquín y otro cacique Javier se escapó entre los cerrados montes gravemente herido, casi toda chusma prisionera en número de 109, a más de siete cautivos, 4 cordobeses, 2 santiagueños y uno del Fortín Almagro que cautivaron el 27 del ppdo., toda su caballada que asciende al número de 248 de los más de ellos son de la frontera y han sido entregados a sus legítimos dueños. De nuestra parte hemos perdido al valiente Tte. de Guardia Nacional D. **Cecilio Bazán** que rodó entre los enemigo y allí fue muerto, el Alférez de Línea D. **Manuel Orellano** fue herido gravemente traspasado el brazo*

*izquierdo de una lanzada, el Sgto. de Guardia. Nacional D. **Remigio Córdoba** gravemente herido por una lanzada en el interior y el Sgto. del mismo Regimiento D. **Francisco Manzanares** herido de una espada de sus compañeros que aún no se distinguían bien de uno a otro a la sombra del humo del combate, los indios en esta vez han sostenido el combate de tal manera y con tanto entusiasmo que no se ha podido hacer rendir uno solo. Cuanto comunico en esta nota no temo que sea exagerado, aún es algo más como lo verá VE en el próximo parte detallado que lo comunicaré oportunamente. Por este importante triunfo felicito a VE en nombre del país y de mis compañeros de arma, permitiéndome dar una viva al Excelente Sr. Presidente de la República, al digno Gobernador de la Provincia de Santa Fe, y a la valiente División a mis órdenes. Dios guarde a VE - MATIAS OLMEDO*



Daguerrotipo deteriorado del Cnel. Olmedo

Liverpool - 28 1 1866 -

Sr. D. **Guillermo Perkins** Secretario de la
Comisión de Inmigración Rosario

Muy Sr. mío: Su valiosa
comunicación de fecha 9 de Diciembre ha sido recibida,
y le agradezco los interesantes datos que me remitió.
Espero que me sean útiles a la propaganda de la
emigración de este país; para hacerlo efectivamente

necesitaré estar en continua y mutua correspondencia con esa república. Necesito que me escriba, apuntando el costo de los principales artículos de uso doméstico, el precio de alquiler de la casa en el Rosario. Sobre las concesiones de tierra a los inmigrantes que van espontáneamente y a compañías. Si hay asilo en el Rosario como en Bs. As. para el recibimiento de los inmigrantes y entretenimiento hasta que puedan asegurar una colocación. Datos sobre el flujo de inmigrantes. ¿Dónde está la oficina de la compañía para la población del Gran Chaco? Si los salarios de los trabajadores y artesanos son los mismos que ha publicado la comisión de Buenos Aires. El Sr. **Beck** Estoy ya en correspondencia con este caballero y le he dado una cantidad de datos y de informes impresos, como también un ejemplar de la obra del señor cónsul **Hutchinson**. Circulares Recibí el cajón con los mil ejemplares de la circular de esa Comisión., y he distribuido la mayor parte. Vinieron dirigidos al Sr. **Phibbs** y creía que él le había escrito sobre el asunto. Por medio de nuestro agente en Irlanda, Escocia, etc, tengo abundantes medios para distribuir toda clase de documentación. Las colonias de Santa Fe El Sr. **Phibbs** trajo con él cuando volvió de la República Argentina unas pocas copias de la obrita de Ud. sobre las colonias de Santa Fe; todas han sido distribuidas, y necesito que me mande más, pues los

datos que contiene ese folletín son de mucho valor. Apoyo de los gobiernos a la Inmigración Me he fijado que Ud. ha pasado una nota al Gobierno de Santa Fe sobre este asunto, y espero ver recibir de Ud. buenas noticias. Para llegar a tener buenos resultados sería necesario competir con las colonias inglesas, y los Estados Unidos, pues ambos están en campaña ofreciendo ventajas casi fabulosas a los inmigrantes. También es necesario acordarse de que no siempre el inmigrante está dispuesto a encontrarse con las dificultades de un idioma extraño; así importa que sean estimulados por ventajas palpables. Queesland ofrece 30 acres (7 varas) de terreno a cada individuo que

 pague el mismo su pasaje - ayuda a otros pagando la mitad del pasaje - y da el pasaje libre en ciertas clases. Nueva Zelandia ayuda a los que no pueden pagar todo su pasaje por medio de semejantes regalos de tierra, y presta cantidades a las personas que no tienen para sus gastos. Y también da pasajes libres a todas las mujeres solteras. Los E. U.; los patrones vienen y llevan a su país gratis a todos los artesanos inteligentes de su oficio y les ofrecen buenos salarios. Es verdad que el precio del pasaje es muy bajo - 20 a 25 \$f. Para que estos datos sean más inteligibles, le remito dos documentos impresos, publicados y repartidos por los gobiernos de Queesland y N. Zelandia, a los que le llamo su muy seria atención,

con el objeto de que pueda Ud. llamar la atención de los gobiernos, e instar a obrar del mismo modo, y con documentos semejantes. En el documento del Gobierno de Canterbury (N.Zelandia), llamará especialmente su atención la cláusula que ofrece aceptar al inmigrante su pagaré por una parte del pasaje. Con arreglo parecido, no habría dificultad en obtener cualquier número de gente robusta con familia; mientras si aceptaran pagarés por todo el pasaje, no pondríamos límite al número de los que se aprovecharían de esa ventaja para transportarse a la República. Este fue el arreglo propuesto por mí hace mucho tiempo, Por medio del Sr. **Phibbs**, y fue considerado por él y otros como la única cosa para atraer nuestra sobrante población. Todo lo que queríamos nosotros era exponer al Gobierno que recibía el beneficio de la inmigración al riesgo de la cobranza de los vales, que por mucho tiempo fue hecho a cuenta y riesgo de los propietarios de los buques; como también por nosotros con nuestro gran perjuicio. No hay dudas de que el patrón garantizaría el pago del vale pues tendría en sus manos el salario del empleado, y en seis meses el Gobierno sería reembolsado. El viaje de aquí a Bs. As. estaba antes a 18 libras esterlinas por 3ra. clase, cuando es pagado aquí y 20 libras cuando es pagado al fin del viaje. Nosotros fuimos los primeros en reducir este precio a 15 libras y perdimos plata con el experimento en varias ocasiones;

pero cuando tuvimos vapores y entonces fijamos el precio en 15 libras todos los otros tuvieron que hacer la misma cosa, en esto conferimos un beneficio indirecto a la República por el aumento de los inmigrantes. Durante los últimos tres años hemos estado inundados de pedidos por pasajes libres y medios pasajes, no solamente de la Irlanda, sino de Escocia y de alguno de los distritos agrícolas de Inglaterra; y decimos con confianza que solo se necesita una eficaz organización para tener gran número de emigrantes siempre listos para embarcarse. Será preciso no perder tiempo pues hay grande competencia. Creo podría arreglarse un contrato para llevar emigrantes al Rosario directamente a 16 libras por cabeza para adultos, esto es toda persona arriba de 12 años, dos menos de 12 entrarían por uno, y criaturas libres. Esto es equitativo comparándolo con el precio de 15 libras a Bs. As. La excesiva estrictez de nuestros buques sobre el tratamiento de pasajeros, hace inevitable, más alto los precios que

los del continente. Nuestra gente no podría soportar la comida que reciben los pasajeros del continente. Propondría pues lo siguiente para principiar. 1 - El límite de pasaje para cada adulto 16 libras. (80 patacones). 2 - El Gobierno indicará la clase de persona que necesita 1 - La donación de 30 acres (7 cuadras) a cada adulto que paga su propio pasaje. 2 - Pagar en otros casos parte del

pasaje, tomando un vale del inmigrante por el balance. 3 - En otros casos tomar el vale del pasajero para todo el monto del pasaje. 4 - En otro dar el pasaje libre. Los número 3, 4 y 5 prometen los mejores resultados con poco gasto. El contratista tomaría los vales o pagarés de los emigrantes, y éstos se cobrarían del Gobierno a la llegada del buque al contado o aún a tres meses de plazo. El Gobierno tomaría los vales y cobraría de su parte a los inmigrantes, de ellos mismos o de los patrones con quienes se conchaban. Por este paquete le mando un ejemplar de nuestras leyes sobre el asunto de los derechos del pasajero, y Ud. puede ver que es una operación costosa llevar emigrantes de la Inglaterra. El capitán Page

Tengo el gusto de imponerle que este caballero parte para la República Argentina hoy día en el Kepler. Tiene la intención de establecerse allí como estanciero y lleva algunas ovejas más y toro de raza. Conociendo también al Río de la Plata sería persona muy a propósito para influir el éxodo de sus compatriotas de los estados del Sur; y sin duda trabajaría mucho en ese sentido. Por medio del capitán Page he distribuido muchos de los folletos y documentos que Ud. me ha mandado. Él irá a verle. Ud. recordará que fue comandante del Waterwitch. Rvdo. Sr. **William Parke** Este caballero sale para la República en nuestro vapor del 9 de Febrero próximo.

Su idea es formar una colonia o en E. Ríos o en Santa Fe y atraer agricultores y otros de aquí, y también formar un establecimiento para el amparo de muchachas huérfanas, enseñándoles oficios, etc. El Gran Chaco He leído con muchísimo interés los detalles que ha suministrado Ud. acerca de las empresas para poblar el Gran Chaco. No tengo dudas de su perfecto buen éxito. Espero con interés más detalles e informes sobre el asunto. Me he fiado de sus observaciones acerca de la venta de la tierra pública, y tendré mucho gusto cuando podamos

asegurar a nuestra gente de la baratura de los terrenos a tantos por acre, por vía de comparación, y entonces puede ver Uds. esperar una invasión. Hágame el favor de describir con minuciosidad la clase de terrenos en Córdoba, cerca del FC Central, sin son con maderas o leña y agua; sin son llanos o ondulados, y si los títulos son todos del Gobierno. Quedo de Ud. su atento amigo
J. Lloyd

¡Vemos con esta nota una clara manifestación sintética de la realidad imperante en las colonias!

1868

La revolución contra **Oroño** y su posterior derrocamiento (1867), y la Guerra del Paraguay provocaron el desmantelamiento de las guarniciones y el consiguiente avance de los indios por diversos puntos de la frontera norte. En agosto de 1868 Mariano Cabal encabezó una campaña contra los indios, y secundado por el mayor Jobson abatió a un grupo en las cercanías del Monte Aguará, recuperó el arreo y dio muerte al cacique Pedro Antonio y un grupo de indios montaraces.



Mariano Cabal - Web

1869

Min. de Guerra y Marina - Bs. As. Feb. 1 de 1869
Al Comandante Gral. de las Fronteras de Córdoba, S.
Luis y Mendoza, Gral. D. **José Redondo**

Consecuente con el pensamiento que manifesté a VS de avanzar las fronteras de la República a puntos más convenientes y estratégicos, he dispuesto que el Sr. Inspector y Comandante Gral. de Armas, marche a Santa Fe para establecer la nueva línea, que arrancará de San Javier y cerrará en Los Monigotes, lo que dará la posesión de una gran área ganada en el desierto y una disminución muy notable de la extensión del frente comparado con el que ahora tenemos. Luego de arreglar esta frontera pasará el Sr. Inspector a Melincué, para practicar igual operación; es decir avanzar convenientemente procurando tomar la dirección de la que VS debe establecer en el río Quinto. Así establecida la nueva línea y abandonada la que actualmente ocupamos, no solo tomamos posesión de un inmenso territorio hoy en poder de los salvajes, sino que, siendo la línea proyectada mucho más recta que la actual, disminuimos el frente en muchas leguas. Interesado el Gobierno en la seguridad y arreglo de la frontera, confío en que tan luego como VS las haya visitado y organizado, dará principio a llevar adelante el propósito de establecer la línea hasta el río Quinto, para lo cual puede VS disponer de todo lo que necesite para llevar a

buen término esta operación, que el Gobierno cree ha de dar resultados favorables, garantizando las vidas y propiedades de las Pcias. que tan cruelmente han sido asoladas por las hordas del desierto. Dios guarde a VS **Martín de Gainza.**



El Poder en la época – BNA

1870

Para 1870 uno de los galeses expresa en comunicación privada familiar: *“No hemos visto el país todavía, solo*

*desde Santa Fe hasta aquí (150 millas), donde se encuentran las más florecientes colonias de la República; todavía nadie lo puede ver, pero nuestra colonia pronto será la mejor ya que tiene la mejor tierra, mucha agua; solo necesita gente. Cuando **John** vino aquí, no había gente blanca más cerca de 50 millas; en Helvecia; salvo unos pocos californianos a una legua más o menos de donde vivimos. Ahora hay una colonia francesa a una 3 leguas al sur; **otra a una legua al norte (Colonia Eloísa)** y se está formando la gran colonia británica un poco al norte de nosotros (Alejandra), bajo la organización de Thompson Bonar y Co. , de Londres. Hay cuatro o cinco de esta colonia y más o menos cuarenta de otras partes del país que están construyendo casas y corrales; preparando para los inmigrantes que están por venir en Marzo próximo (era octubre); tal vez ya lo hayas leído en los periódicos (¡!). Esto va a traer gran beneficio a nuestra colonia ya que están por poner un pequeño bote a vapor entre Santa Fe y su colonia, por lo tanto va a ir entre nuestra colonia y colonia California.*

Hay un pueblo indio a una legua al sur de nosotros (San Javier), tiene un almacén, una pequeña iglesia católica romana; no podemos decir exactamente cuántos habitantes tiene, porque la mayoría de ellos están ausentes cazando...”

La exposición sigue. Anotamos una digresión, dado que cita la colonia que nos ocupa, ya en 1866.

1871

Una publicación periodística brindaba las siguientes cifras para las colonias de Santa Fe en 1871:

Esperanza 2000 habitantes

Humbolt 250

Grutly 138

Sunchales 335

Carocer no se conoce (¿?)

Guadalupe 200

Emilia 500

San Justo 300

Conde no se conoce

Helvecia 800

Francesa 58

Nueva California 62

Inglesa 40

Eloísa 200

San Gerónimo 2000

San Carlos 1653

Las Tunas 52

Ese año los indios atacan el fuerte San Javier, son rechazados con varios muertos gracias a la ayuda de la gente de Colonia California, comandada por **William Moore** a quien apodaban “El Capitán”.

Sobre ello, recordemos que los californianos durante 1871 expresaron en nota al gobierno la situación de este emplazamiento humano: *“Enseguida establecieron una colonia francesa llamada “**Eloísa**” lindante al norte de la última (Galencia), que después de estar poblada con **ciento y tantos** colonos tuvo que abandonarse a causa de los robos y asesinatos que los indios cometieron en la persona de tres colonos”*.



“Tribu del norte” - BNA

A pesar de estas vicisitudes, y del abandono de los empresarios, para 1872 los pocos colonos que quedaron, encabezados por **Cesar Henriet** y **Juan Grovet**, habían construido casas de material, una empalizada, tenían plantas frutales, pequeñas huertas y áreas sembradas con trigo, maíz y tabaco. Los reiterados ataques de los indios, y la falta de capital “*que es el nervio de la colonización*”, contribuyeron al despoblamiento del lugar. “*El señor **Henriet** se quedó con algunos compañeros y siguió luchando contra la naturaleza y contra los indios pero todo fue en vano, finalmente tuvo que abandonar el campo de batalla*”. Los únicos que obtuvieron los títulos de parte del gobierno fueron **Cesar Henriet** y **Arsene Vernet**, quienes aún permanecían en el lugar hacia 1874, no tuvo igual suerte **Juan Grovet** que formuló el reclamo en 1875, a pesar que ya vivía en Colonia California. La mayor parte de la tierra fue reconocida por el gobierno como propiedad de **Mariano Cabal** en garantía de un empréstito contraído con él y el resto de la colonia devino campo de pastoreo.

La madrugada del 12/5/1870 “*los indios mataron a dos colonos que estaban trabajando la tierra, a uno de ellos León **Henriet**, lo desnudaron y lo lancearon cuatro veces, después se metieron dentro de la casa de uno de ellos y mataron a otro colono, una mujer rogó por su vida, los*

indios le quitaron el pañuelo que llevaba en la cabeza y le gritaron que se fuera lo que así hizo dejando a merced de los indios a sus tres hijos menores, los indios saquearon el lugar y se llevaron 16 vacas y bueyes, 3 caballos y al niño más grande de sólo 7 años”; una partida integrada por **William Tandy Moore, William Henry Moore, Thomas Moses Moore, Harlow Snow, James Mounts y Alexander Mclean** rescató al muchacho cautivado, y el ganado tras matar a tres indios.



Casa de William Moore - BNA

Nos queda a los sanjavierinos de todos ellos, la casa de Alexander Mac Lean, declarada Monumento Histórico Provincial



*Casa de Alexander Mac Lean en Colonia California,
declarada Monumento Histórico Provincial.*

1872

Los indios matan en la zona de Alejandra (Alexandra Colony) al vecino **Rogers**.

1875

De un informe general sobre el estado de las colonias en Santa. Fe, distribuido por la prensa, se extrae que la Sección Norte, o sea las costas del San Javier, se compone de las siguientes colonias: Cayastá, Helvecia, Cullen, Francesa, California, Galense, Eloísa y Alejandra. A más La Emilia, Cayastacito y San Justo. Sin contar con “*las que*

ahora se están formando una de ellas en el Mal Abrigo y la otra en El Rey”.

Los indios atacan la joven colonia de Malabrigo dando muerte al matrimonio **Brúe – Cappeler**; secuestrando sus hijos. Como consecuencia de ello se organiza una partida al Chaco Profundo, con vecinos de California, Eloísa y Alejandra, Malabrigo, financiada por el Gobierno Provincial para su rescate y capitaneada por **Moore**. Son muertos varios salvajes.

Con posterioridad, los indios atacan Alejandra dando muerte a **William Moore**(hijo) y a **Powis**.

1876

Es atacado por los indios el puesto de **Sager**, en Romang. Se organiza otra partida de represalia con los mismos integrantes.

1877

Se suceden los robos de ganado a Alejandra y Romang.

1878



Los saladillos, altura de la Laguna del Plata"- AGP.

1879

A comienzos del mes de Febrero de ese año, el diario La Capital de Rosario dio cuenta de una extraordinaria tormenta que afectó la región:

“El 2 del presente como a las dos de la mañana, se desarrolló un huracán que se hizo sentir desde la Colonia Cayastá hasta arriba de San Javier. La tormenta fue

terrible y los grandes siniestros que ha ocasionado dejará por mucho tiempo un triste recuerdo. No se recuerda otra tan fuerte y que haya causado tantos y tan lamentables males.

En la Colonia Helvecia se ha llevado el techo de varias casas, arrojándolos a larga distancia.

*Entre las casas que han sufrido se cuentan la de **Mariano Martínez** y la de la familia **Santa Cruz**, de esta ciudad, que habiéndoles arrebatado el techo la tormenta tuvieron que sufrir la lluvia y el azote del viento.*

La Colonia Rusa ha sufrido considerablemente, pues casi todas las casas han quedado sin techo.

En San Javier ha volado el techo del Juzgado habiendo arrebatado y dispersado los papeles.

El techo de la iglesia de este mismo pueblo que es de tejas francesas ha sufrido muchísimo.

Los siniestros ocasionados en el río son de más consideración.

*8 buques han sufrido averías. La Rosarina, de la carrera al Rosario cargado de carbón tumbó en medio del río perdiendo un marinero llamado **José Cartujo**, portugués, que se supone ahogado. El Pintoresco totalmente perdido así como su cargamento. La Encantadora salvó con muchas averías por haberla encontrado la tormenta en poco agua. El Andresito tumbó cargado de sandías así como El Duque de Génova perdiendo su cargamento. La Mariposa del señor Juez de Helvecia tumbó perdiendo la ropa del que la tripulaba. El Pelayo y La Criolla con muchas averías. La Laura cargada de trigo para el molino de los señores Tettamatti se fue a pique. Se cuenta con*

*gratitud la heroicidad del capitán y tripulación de la balandra de **M. Parma** de esta ciudad que, peligrando naufragar, combatió con los irritados elementos socorriendo los náufragos y salvándolos; a ellos le deben la vida mucho de los tripulantes salvados del naufragio de los buques.*

En el monte la destrucción de los árboles y ranchos es espantosa. Algunos árboles han sido arrancados de raíz y otros arrasados llevándolos la tormenta todo su ramaje.

*Al Juzgado de San Javier le ha volado dos techos. A **Don José Soler** los tapiales del sitio, el parapeto, la cornisa de la casa y un galpón nuevo.*

*A **Don Pedro Traverso** dos tapiales y bastante perjuicio en los techos. A **don Antonino Alzugaray** le ha destruido un rancho y ha hecho mucho perjuicio en las paredes de la casa. A **don Andrés Aymar**, su casa de negocios destruida. A **don Pedro Cáceres** su casa caída. Una porción de ranchos de los indígenas volados a grandes distancias.*

La iglesia ha tenido perjuicios considerables en todo el edificio, en particular en los techos.

Las chacras vecinas la mayor parte de ellas arruinadas.

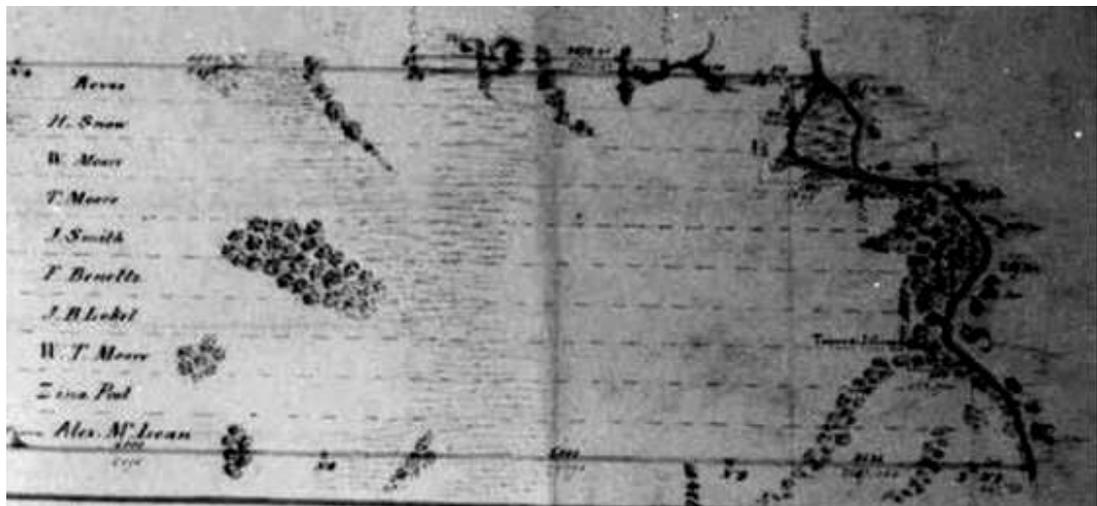
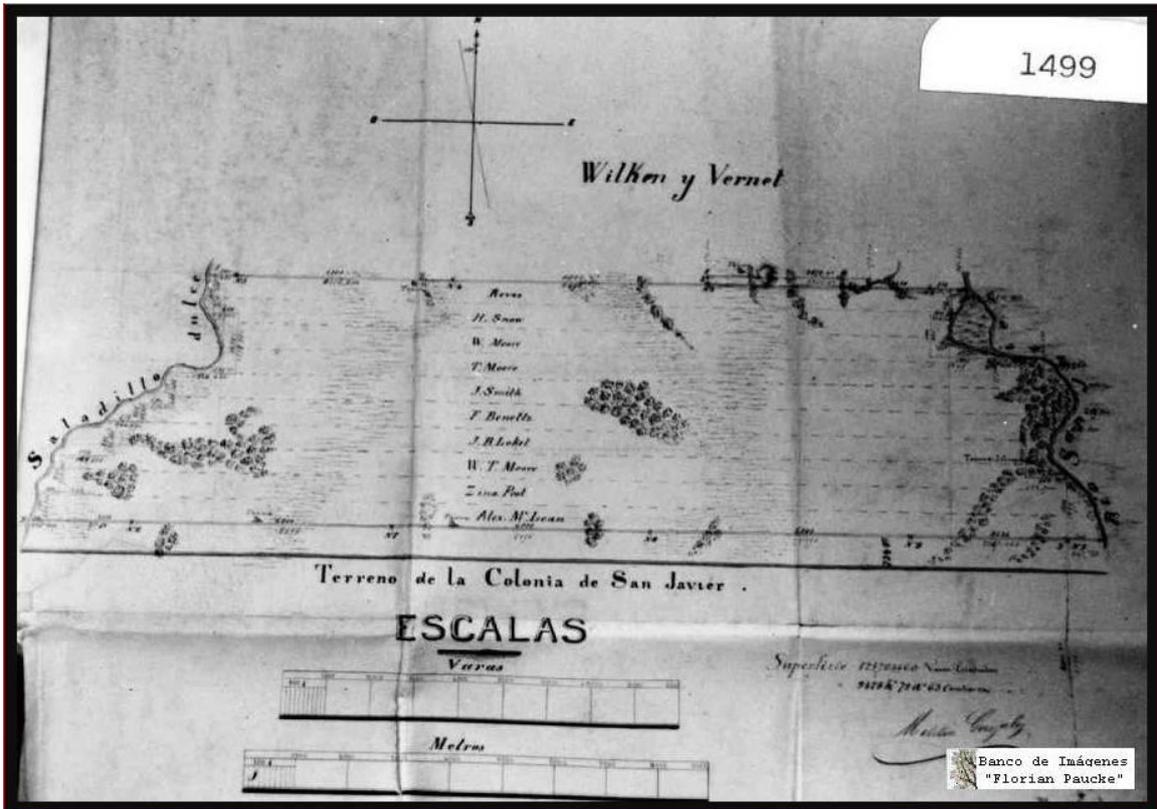
*En la Colonia California **Don Tomás Moore**, **Don Alejandro Mac Lean**, **Don Isaac Davis** y **Don Antonio Miedán** han recibido considerables perjuicios en sus casas.; dos de ellas caídas.”*

También la cartografía aporta sus impersonales sugerencias respecto de la situación en el espacio y en el tiempo,

fundamentalmente la evolución histórica regional, en base a los acontecimientos detallados.

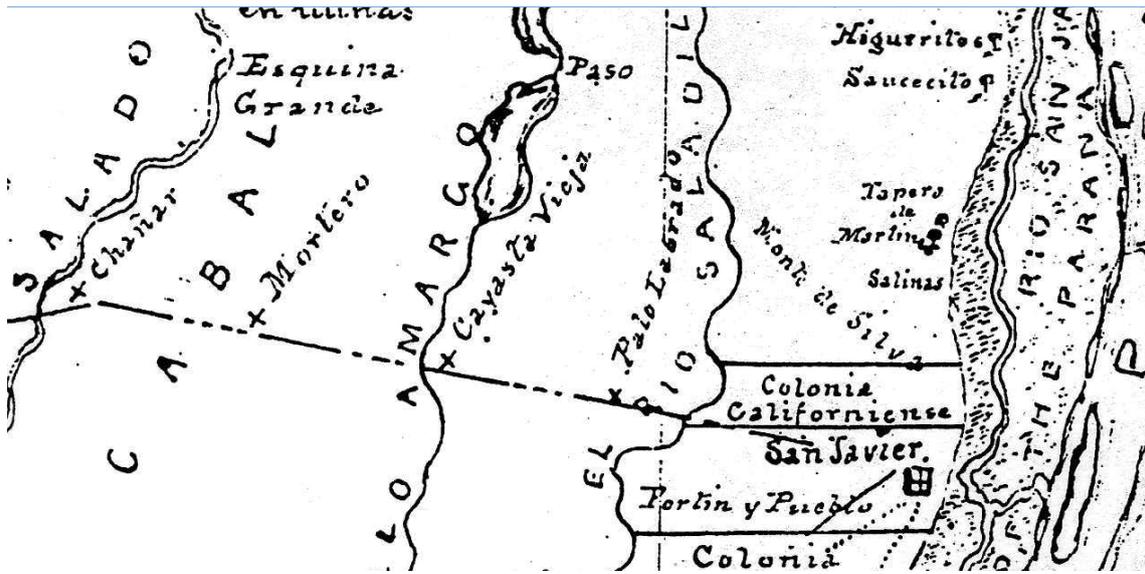


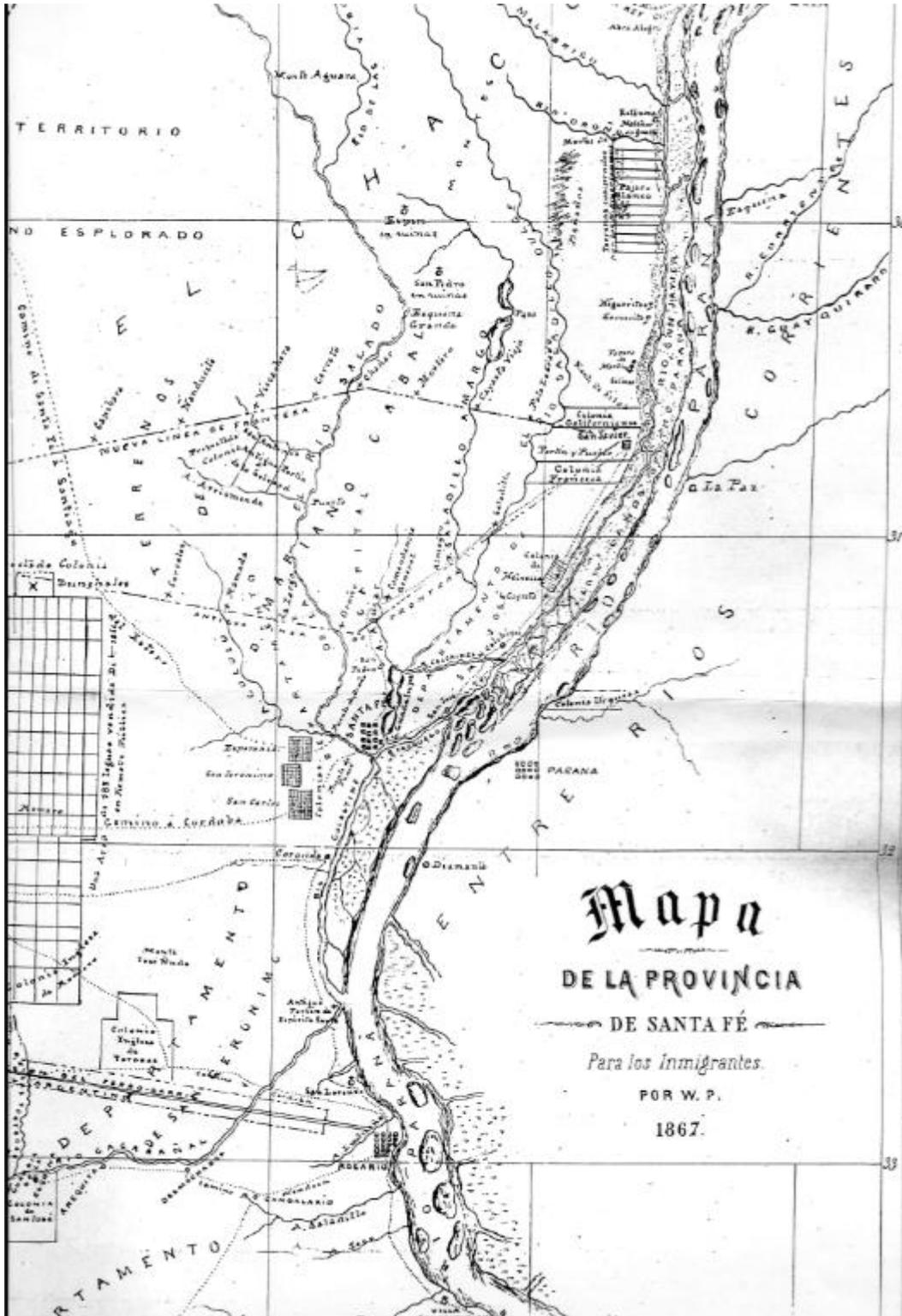
Propiedad de Lorenzo Richard (Escrito "Richardt", arriba izquierda) en un viejo plano de 1886 - L. Montenegro de Arévalo.





Viejo mapa –ya citado - de Colonia California del Ing. Melitón González – AGPSF.

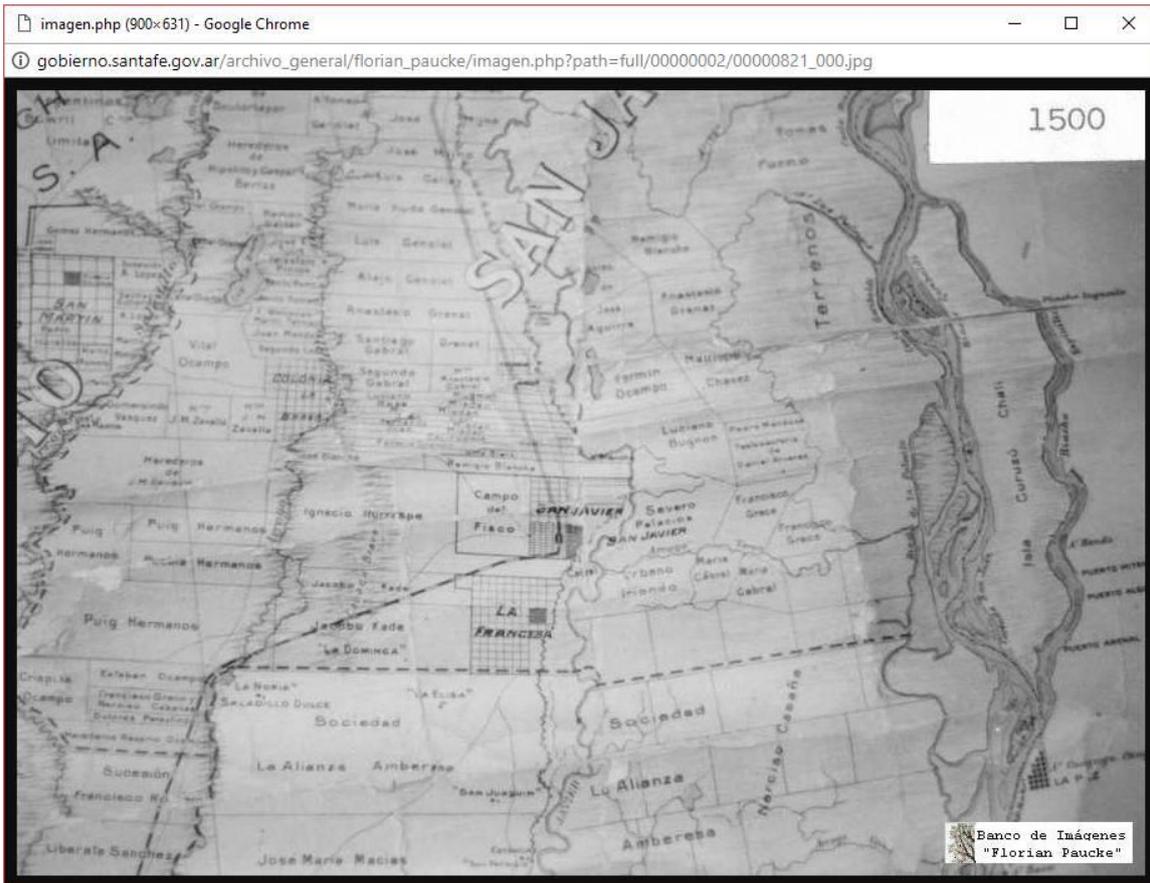




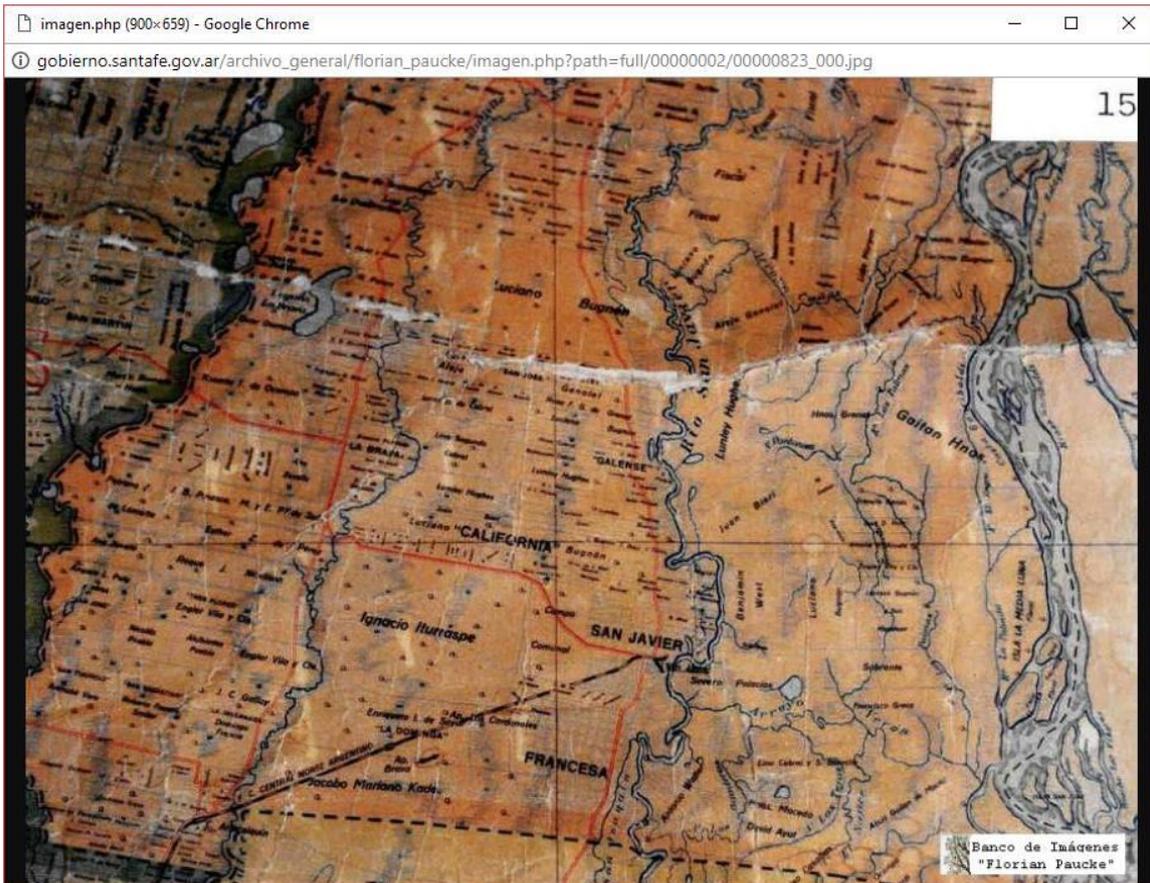
Perkins – detalle y mapa de Santa Fe - AGPSF



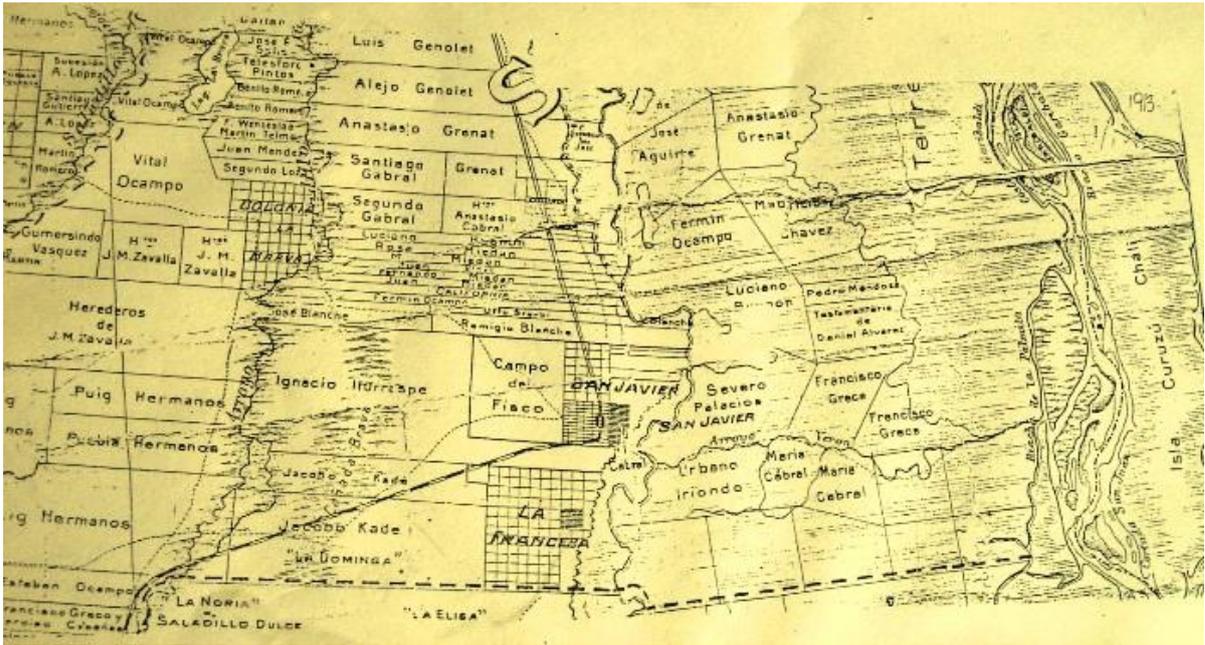




Fotografía moderna del plano de terreno de la colonia San Javier Mapa catastral parcelario de California, San Javier Dirección de Catastro"



Fotografía moderna del plano de terreno de la colonia San Javier Mapa catastral parcelario de California, San Javier Dirección de Catastro" - 1938



Plano Catastral de 1911 – L. Montenegro de Arévalo





Río San Javier en la zona

13-3 - 1878 INUNDACION EN STA. FE

Los destrozos más terribles han sido producidos por las grandes crecientes de los Saladillos Amargo y Dulce que corren también paralelos a dos leguas uno de otro, y legua y media del San Javier. De manera pues que las aguas de estos caudalosos arroyos, completamente unidos, se han precipitado sobre las colonias Malabrigo y Alejandra o Pájaro Blanco. La [primera pertenece al Dr. **Romang** y la segunda al banquero inglés Bonar, cuyo hijo fue muerto por los indios ahora dos años. Las colonias que más han sufrido son: Cnia. Eloísa, San Javier (Reducción de Indios),

Estancia Grande (o Colonia Cullen), y Cnia. Helvecia. Es probable asimismo, que la Cnia. Reconquista, Comandancia Gral. de la Frontera Norte del Interior, dada su situación topográfica, se encuentre también inundada. Esta colonia, aunque está en las nacientes de los Saladillos, la rodean grandes cañadas y el correntoso Ao. del Rey. Las colonias más valiosas bajo el punto de vista de la agric. , son la Helvecita y la parte norte de la Alejandra. El Gbno. Nac. ha tomado varias medidas para socorrer a los colonos que han sufrido en estas inundaciones.



A° Saladillo en la zona - WEB



Casa de colono de la zona - BNA

13 - 03 - 1878 - INUNDACIONES EN SANTA. FE

Los destrozos más temibles han sido producidos por las grandes crecientes de los Saladillos Amargo y Dulce que corren también paralelos a dos leguas uno de otro, y legua y media del San Javier. De manera pues que las aguas de estos caudalosos arroyos, completamente unidos, se han precipitado sobre las colonias Malabrigo y Alejandra o Pájaro Blanco. La [primera pertenece al Dr. Romang y la segunda al banquero inglés Bonar, cuyo hijo fue muerto por los indios ahora dos años. Las colonias que más han

sufrido son: Cnia. Eloísa, San Javier (Reducción de Indios), Estancia Grande (o Colonia Cullen), y Cnia. Helvecia. Es probable asimismo, que la Cnia. Reconquista, Comandancia Gral. de la Frontera Norte del Interior, dada su situación topográfica, se encuentre también inundada. Esta colonia, aunque está en las nacientes de los Saladillos, la rodean grandes cañadas y el correntoso A° del Rey. Las colonias más valiosas bajo el punto de vista de la agricultura, son la Helvecita y la parte norte de la Alejandra. El Gobierno Nacional ha tomado varias medidas para socorrer a los colonos que han sufrido en estas inundaciones.



Para 1875 de un informe general sobre el estado de las colonias en Santa. Fe, se extrae que *“la Sección Norte, o sea la costa del río San Javier, se compone de las siguientes colonias: Cayastá, Helvecia, Cullen, Francesa, California, Galense, Eloísa y Alejandra. A más La Emilia, Cayastacito y San Justo.*

Cerrando este párrafo, a riesgo de repetir algunos conceptos, no podemos dejar de expresar lo que manifestáramos en el 2013 respecto de Colonia Eloísa en nuestra *“Colonia California y Galencia, en el Pájaro Blanco”*:

*“La aventura colonizadora en la zona, había comenzado tiempo antes en la región. Helvecia, Colonia Francesa, fueron algunas de las empresas llevadas adelante para rescatar del monte prácticamente despoblado, salvo por unos pocos aborígenes nómades ajenos a la reducción de San Javier. Antes del arribo de los norteamericanos a Colonia California, el gobierno santafesino había otorgado tierras al noroeste de Galencia a la empresa colonizadora de **Wilken y Vernet (Carlos)**, con el apoyo económico del ex gerente del Banco de Londres y Río de la Plata, **J. C. Rubing.***

La prensa nacional en Setiembre de 1865, informaba a sus lectores respecto de ello que: “Hemos hablado varias

veces de esa importante empresa. La cooperación del Sr. **J.C. Rubing** antes gerente del Banco de Londres y Río de la Plata y que ha ido a Europa, ya debe tener el resultado del crédito del mercado monetario. Es una de las pocas empresas de esta naturaleza que lleva un carácter serio y sólido. No es meramente una especulación de tierras la concesión adquirida para traficar con ella. Es un “bone fides” contrato para poblar una parte del desierto del Chaco, hermosísimos y valiosos terrenos de verdad, pero no menos desiertos en lo que toca a sus provechos para los objetos de la civilización. La colonia que los señores **Wilken, Vernet y Rubing** van a establecer en esos terrenos valdrá a la provincia ni más ni menos que los títulos de propiedad de mil leguas cuadradas de ricos terrenos, ahora sin dueños, puede decirse. El señor **Rubing** antes de emprender su viaje a Europa, visitó la parte norte de Santa Fe y el señor **Vernet** acaba de explorar minuciosamente el el mismo terreno de la concesión – según hemos oído, un paraíso – pastos riquísimos, tierras de superior calidad – muchos bosques de lindos árboles y abundancia de agua. Ciertamente estos son elementos de un paraíso terrestre. Hemos visto preciosas muestras de las maderas de esa región. Son muy variadas y algunas de ellas susceptibles de servir para los muebles de los más ricos. Deseamos un pronto y brillante éxito para la empresa, pues ese éxito

será aún más importante para la provincia que para los empresarios”. (El Eco de Córdoba-22-09-1865).

*Se impone aclarar que el señor **Vernet** para la época, residía en la ciudad de Buenos Aires y continuaba allí en Agosto de 1866, conforme lo prueba la carta que enviara a la redacción de “El Standard” con fecha 06-08-1866, respecto del informe que sobre su viaje al Chaco publicara **Perkins** en el número 1344 de ese periódico.*

Esta empresa supuestamente no habría prosperado. Sí lo hizo en principio la sociedad Warnes, Herbert y Cía que el 26 de Abril de 1869 denunció para sí las tierra ubicadas inmediatamente al norte de Galencia, en una superficie de dos

*leguas sobre el río San Javier y diez de fondo hacia el oeste, conforme lo destaca el conocido y prestigioso investigador de la historia regional, doctor **Guido Tourn Pavillón**, quien en comunicación personal sacó al autor del equívoco de confundir un emprendimiento por otro.*

*Al año siguiente solicitaron la mensura del predio, la que quedó a cargo del agrimensor **César Fantoli**, comenzando el 5 de Febrero de 1870 con la presencia de los señores **Ovidio Warnes, José Hebert, Cayetano Orrego y John William Davies**, último lindero de Galencia; delimitándose así la que sería la poco feliz Colonia Eloísa. El propio agrimensor destacó en su informe que el terreno no era*

apto para los propósitos de explotación agrícola esgrimidos por los empresarios.

El Inspector de Colonias Guillermo Wilcken ponderó que “la Colonia Eloísa es un árbol mal plantado por decirlo así; se secó sin alcanzar a prender” (Tourn).

*El 25 de Mayo de 1869 arribaron los primeros colonos al lugar y al año siguiente ya eran 180 las personal allí radicadas. Estaban constituídas en un comienzo por las familias de **José Hebert, Juan Luis Dumont, Simón Lebarvert, Catalina Framang; Enrique César; Luis Henriet, Augusto Deise, Francisco Fargnie y Ramón Stevano.***

*En Enero de 1871 la empresa abandona el lugar y a sus pobladores. Para 1872 solo quedaban allí 14 personas encabezadas por **César Henriet y Juan Grobet.***

*En 1874 son **César Henriet y Arsene Vernet** quienes reclaman para sí la propiedad de las tierras, ahora en su poder.*

*En 1874 el Inspector de Colonias señor **Coelho** informa que la colonia no existe ya como tal, pues se reducía a una sola familia constituída por **César Henriet** y su ahora socio **Arsene Vernet**. La denomina “Centinela del Desierto” pues hasta Alexandra Colony (Alejandra) no había una sola casa habitada.*

*En el interín, ese frustrado asentamiento sirvió de soporte a los traslados de **William Moore** y su gente en sus campañas en la zona y viajes con vituallas para Alejandra que le consignaban desde Inglaterra con ese destino, por ser Colonia California el último sitio confiable en la región.*

Un poeta en Colona Eloísa

Un hecho curioso – **Alejo Peyret (Alexis Pierre Louis Édouard Peyret)** – ese francés nombrado por **Juárez Celman** inspector de las Colonias - en su recorrido por todas las colonias nacionales en 1889 encontró en Las Toscas al poeta francés **Juan Luis Erard**, respecto del cual y confirmando lo aseverado precedentemente manifestó en sus memorias de viaje (¿Será familiar de los famosos luthiers franceses de ese apellido?):

*“En la colonia Las Toscas he encontrado á un poeta francés, el señor **Juan Luis Erard**, que vino .hace mas de veinte años, á establecerse en la colonia «Eloisa», en la provincia de Santa Fé. Fracasó la colonia por falta de fondos, como han fracasado no pocas otras, y también por la hostilidad de los indios y la falta de protección del gobierno; los pobladores engaña-*

dos se desparramaron; éste vino á parar finalmente á Las Toscas, donde sigue haciendo versos y cultivando la tierra al mismo tiempo, recordando, sin duda, que las geórgicas son la obra maestra del gran poeta latino, y al mismo tiempo un tratado modelo de agricultura.”



Alejo Peyret en la época – WKP.

Curiosamente y respecto del mismo tema que nos ocupa, al describir su recorrido por Reconquista expone en las memorias que escribió en español con el título “Una visita a las colonias de la República Argentina”, dos tomos, y presentada por el gobierno en la Exposición Universal en París, donde fue publicada simultáneamente en francés bajo

el título “Une visite aux colonies de la République Argentine”:

*“Visité seguidamente al señor **Henriet**: este señor es un ciudadano francés, que vino á América hace unos veinte años; primeramente estuvo en la colonia de San José (Entre-Rios); allí conoció á un señor francés **José***

- 67 —

***Hébert**, francés también, quien habia proyectado en sociedad con los señores **Warnes**, la fundación en el Chaco de una colonia que debía llamarse «Heloisa». El nombre no podia ser mas simpático; pero esto no basta para llevar adelante una empresa colonizadora. La nueva colonia tenía el inconveniente de estar ubicada fuera de la frontera, expuesta, por consiguiente á los ataques de los indios; pero este no era su mayor defecto; hubiese superado esa dificultad porque los colonos, aunque poco numerosos, eran nombres decididos, arrojados; pero faltaba también otro elemento primordial, el dinero que es el nervio de la colonización como es el nervio de la guerra; careciendo de recursos, los colonos tuvieron que dispersarse. El señor **Henriet** se quedó con*

*algunos compañeros, y siguió luchando contra la naturaleza y contra los indios; pero todo fué en vano; finalmente tuvo que abandonar el campo de batalla, que se convirtió de colonia en terreno de pastoreo, cuya transformación se ha verificada también en otras partes, lo que no indica precisamente un progreso. Perdiendo, pues, el fruto de sus trabajos, **Henriet** se vino á Reconquista. Entre tanto, habia expedicionado varias veces contra los indios con el famoso **Guillermo Moore**, el norte-americano, **Gaspardo Kauffman**, el futuro fundador de la colonia «Las Toscas», el mayor **Oroño** y otros, y siempre con buenos resultados.*

*En Reconquista puso un molino de moler trigo é introdujo máquinas; pero el cultivo del trigo no daba utilidades; los colonos tuvieron que abandonarlo; el clima del Chaco no le convenia; el molino quedó inutilizado. **Henriet** puso entonces un aserradero á vapor y practica esta industria hasta la fecha. Su casa se distingue por una hermosa quinta de árboles frutales y de ornato, y también un tajamar que surte un canal.*

*Al otro lado de la calle está la casa de habitación y de negocio de otro francés, el señor **Rousal**, rodeada igualmente de una vegetación*

exuberante: paraisos, moreras, eucaliptus, etc., etc., todos los árboles se desarrollan allí de un modo admirable.”

Para finalizar esta breve crónica, casi como un apartado, se impone la necesidad de recordar el Fuerte Higueritas, que emplazaron el Estado conjuntamente con los colonos de Galencia y California, en el límite sur de la primera, conforme la posición geográfica brindada por los archivos militares y plano obtenido en Gotha. Hablemos de ello con detalle, vale la pena, antes que los injustos vientos del olvido, se lleven sus últimos recuerdos, ya que al autor, autoridades en la materia le aseguraron que el fuerte solo estuvo “en los papeles”; otra expresión más del rechazo a ciertos aspectos de la historia por grupos interesados por razones étnicas o religiosas.”

Resumiendo:

El 25 de Mayo de 1869 arribaron los primeros colonos al lugar y al año siguiente ya eran 180 las personal allí radicadas. Estaban constituídas en un comienzo por las familias de **José Hebert, Juan Luis Dumont, Simón Lebarvert, Catalina Framang; Enrique César; Luis Henriet, Augusto Deise, Francisco Fargnie y Ramón Stevano.**

En Enero de 1871 la empresa abandona el lugar y a sus pobladores. Para 1872 solo quedaban allí 14 personas encabezadas por **César Henriet** y **Juan Grobet**.

En 1874 son **César Henriet** y **Arsene Vernet** quienes reclaman para sí la propiedad de las tierras, ahora en su poder.

En 1874 el Inspector de Colonias señor **Coelho** informa que la colonia no existe ya como tal, pues se reducía a una sola familia constituída por **César Henriet** y su ahora socio **Arsene Vernet**. La denomina “Centinela del Desierto” pues hasta Alexandra Colony (Alejandra) no había una sola casa habitada.

En el interín, ese frustrado asentamiento sirvió de soporte a los traslados de **William Moore** y su gente en sus campañas en la zona y viajes con vituallas para Alejandra que le consignaban desde Inglaterra con ese destino, por ser Colonia California el último sitio confiable en la región.

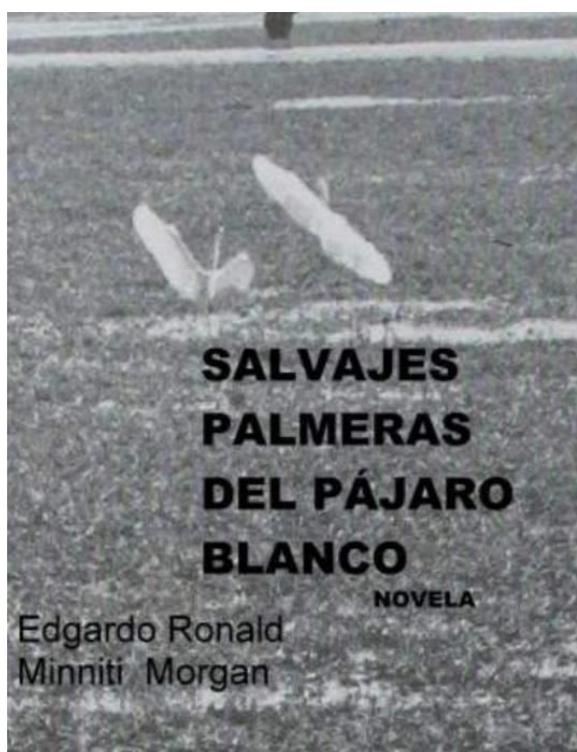
Para finalizar esta breve crónica, casi como un apartado, se impone la necesidad de recordar el Fuerte Higuieritas, que emplazaron el Estado conjuntamente con los colonos de Galencia y California, en el límite sur de la primera, conforme la posición geográfica brindada por los archivos militares y plano obtenido en Gotha. Hablemos de ello con detalle, vale la pena, antes que los injustos vientos del olvido, se lleven sus últimos recuerdos, ya que al autor,

autoridades en la materia le aseguraron que el fuerte solo estuvo “en los papeles”; otra expresión más del rechazo a ciertos aspectos de la historia por grupos interesados por razones étnicas o religiosas.



Símbolo de la Logia Masónica uruguaya a la que pertenecían los Warnes

Apéndice:



La historia de Colonia Eloísa influenció bastante en el autor al momento de encarar una parte de la novela histórica “Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco”, de la que sus habitantes resultaran también algunos de sus personajes. Como Apéndice, se incluyen los capítulos correspondientes, para dar – de alguna manera – fuerza vivencial a este atípico trabajo sobre esa colonia fronteriza, como se hubo hechos con otras historias regionales; permitiéndole así caracterizar personajes y situaciones.

CAPITULO XXVII

LOS HERMANOS NO SON UNIDOS

La reacción se organiza y la respuesta no se hace esperar. La lucha fue encarnizada. La Triple Alianza amplió los frentes. Argentina, Brasil y Uruguay desplegaron toda su capacidad bélica para aplastar a Solano López el dictador paraguayo, que contaba con la simpatía del mundo. Se trataba de un David enfrentando a un Goliat.

El Regimiento de Blandengues de Belgrano, integra a ciento cincuenta indios de pelea “voluntarios”, bajo el mando del cacique Patricio Hernández, que hace honor a

su nombre. “Los indios tienen más patriotismo que ciertos hombres que se jactan de haber nacido en el seno de una civilización” destaca ácidamente el periódico “El Ferrocarril”, con propiedad.

No son los únicos, poco después en el vapor Lindoya embarcarán con destino a la escuadra varios caciques e intérpretes, entre los que se destaca Leoncito, para desencadenar ciertas escaramuzas a retaguardia de los paraguayos. Se planifica una acción en la que intervendrán directamente los indígenas, quienes tomaron odio a los guaraníes como consecuencia de la humillación y carnicería de que fueron objeto en calles de Corrientes cuando la ocupación. Fueron muertos por los paraguayos más de treinta de los mismos de una sola vez, ante la mirada atónita de los vecinos. Eran tobas, o sea "los de enfrente".

Como siempre, "los salvajes" en su mayoría reducidos de Calchines y San Javier que vivían bajo la sombra - casi siempre gris - del estado, son impudicamente utilizados como carne de cañón.

La mancha de aceite de la civilización va extendiendo sus falanges en procura de colonizar tierras Chaco adentro. El gobierno santafesino reclama de su par nacional que los vapores que remontan el río Paraná hagan una escala en Cayastá y en Helvecia, para permitir comunicar estos puntos fronteriles directamente con Rosario, Buenos Aires y Montevideo.

El gobernador Oroño ha ordenado al Departamento Topográfico que seleccione un local en la boca del río San Javier con el fin de convertir a Cayastá en sitio de bajada de las naves en tránsito.

Las concesiones hechas por el gobierno a Wilken y Vernet, para poblar Colonia Eloísa en pleno paraje del Pájaro Blanco, a pocos kilómetros al norte de San Javier, hablan de la agresividad del impulso que se pretende dar a la ocupación, con miras al progreso de esas feraces tierras de nadie.

Vernet es acompañado por fuerzas provinciales para explorar el territorio asignado. La seguridad es una pariente pobre en la región.

La tensión de la guerra no detiene los ambiciosos planes trazados. Se pugna por forzar la inmigración y usarla también allí de punta de lanza. Los liberales hacen suya la fiesta.

El gobernador de Santa Fe se pasea nervioso por su despacho. Cada tanto mira por la ventana hacia la plaza Mayor, donde el viento juega con las hojas de los naranjos.

- Fijate Pizarro, la cosa se está complicando - le dice a uno de sus ministros.- Acabo de recibir un despacho del comandante Olmedo desde Cayastacito. Tomá, leé. Es serio. Si los paraguayos nos invaden por el norte, se van

al diablo nuestros planes de progreso para la zona. Tomá. – dice alcanzándole el parte.

El ministro toma la nota y con concentrada atención repasa su contenido. Así se entera del paso de los paraguayos a la costa oeste del Paraná en territorio aún santafesino, gracias a la exploración del cacique Teotí, mocoví amigo de Olmedo.

-¿Será seguro el dato? Es serio que los paraguayos hayan venido para este lado.

- Hasta ahora no ha fallado en la información brindada. Saben esos caciques que si no cumplen “con los compromisos amistosos”, no les llega la mensualidad, ni la carne de yegua que les arrimamos.

-¿Qué haremos para frenar el peligro?

- Nosotros nada. Que se ocupen los nacionales. Eso sí, tomá los recaudos para que movilicen los indios de San Javier que pide Olmedo. De paso, nos sacamos algunas espinas del talón. Ayudaremos con algo a parar los guaraníes. ¡Hijos de puta!, venirse hasta el norte de Santa Fe. ¡¿Quién lo diría?!

La reducción jesuítica de San Javier desde un comienzo constituyó una suerte de “mangrullo” de observación de lo que acontece no solo en la región del Pájaro Blanco, de la que era límite sur, sino del norte de Entre Ríos al frente y sur de Corrientes. No en vano se instalaron allí regularmente personeros con rango militar de distinta graduación. Inclusive el cacique estaba incorporado al

escalafón militar con un rango y una asignación mensual. Era utilizado con desenfado para todos los fines políticos que fuere menester.

Así concluyó el año de gracia de 1865. Con las intrincadas vueltas y revueltas de la política cortesana en la ciudad de Santa Fe, donde primaban las escaramuzas con los clericales, enemigos acérrimos de la política liberal expansionista del gobierno, que ayudaba con la colonización agresiva a acotar las oscuras vaquerías de los señores, las más de las veces parientes, con feudos en estancias de límites indefinidos; además de los avatares de incursiones indígenas que, cada tanto en malones venidos del norte, pegaba un tarascón a tales posesiones.

- Aldao, ¿Que te traés entre cejas que venís tan sonriente y sin hacerte anunciar? - preguntó el gobernador Oroño a su amigo recién ingresado al despacho, como Pancho a su casa.

- Azcuénaga me contó anoche, ni bien arribó, del triunfo de los nuestros sobre los indios. Lamentablemente hubo algunos inconvenientes, pero la acción los parará por un tiempo.

- Esperemos que así sea - respondió el mandatario - Entre curones y salvajes, que poco se diferencian, me tienen a maltraer. Menos mal que la nación nos autorizó a invadir el desierto y atacarlos en sus tolderías, para mantenerlos a raya. A ambos, ese malón permanente, tenemos que ponerle coto.

- Fuera de decirlo, no es fácil. - replicó Aldao

- Seguro que no, che. Pero no se la van a llevar de arriba. Ni ellos, ni los que los empujan contra nosotros para

hacernos la vida imposible. El director de colonias, Perkins, está organizando una campaña al Espín, donde los paicos se reúnen una vez al año para pagar sus promesas sagradas. El sitio es venerado todavía por los salvajes, en recuerdo de los discípulos de Loyola, en particular Florian Paucke.

En la confitería de Merengo, un parroquiano recién venido de la catedral, sonrío de oreja a oreja mientras exclama a los circunstantes, esgrimiendo el periódico que sacude al aire con el brazo levantado.

- ¡Vieron, ya no saben a quien dársela! Se castigan entre ellos. ¡Es la providencia que interviene para frenar a estos infames ateos; Si los santafesinos no somos capaces de removerlos, el cielo se hará cargo y los mandará al infierno. ¡Sí señor! Ese Manzanares es de ellos. ¡Merece las llamas!

- Está bien Gómez. Él siempre provee.

Así fue, excepto que en la ocasión siguiente, el cielo dispuso otra cosa. Posteriormente las acciones se desarrollaron en favor del gobierno y de un atribulado padre que, con sus hijos cautivos, recorría la frontera con las fuerzas de línea tratando de hallarlos. La historia, difundida por Ignacio Vélez mediante su prestigioso diario “El Eco de Córdoba”, conmovió a los mediterráneos y santiagueños. La crónica contaba que el coronel Matías Olmedo emprendió marcha al Chaco - dejando encargado interinamente de la Línea de Frontera al Jefe del Detall Tte. Cnel. D. José Jauregue - llevando 248 individuos de tropas; de ellos 148 con sus Jefes y Oficiales, pertenecientes a la

guarnición de frontera; 100 tiradores del Regimiento 1ro. de Mayo de Guardias Nacionales, también con la dotación de sus Jefes y Oficiales. Después de describir las acciones, daba el nombre de los cautivos rescatados: Tomás y Felisa Orellano, entregados a su legítimo padre José Hilario Orellano - que se había incorporado a la división como voluntario en su afán por hallarlos; también Cruz Orellano, hijo Pantaleón Orellano y de Juana Lencina, entregados a su tío carnal, el mencionado José Hilario; Tránsito Peralta, hija de Rodolfo Peralta y de Narcisa Gallegos, entregada también a dicho Sr. Orellano, los cuatro del Dpto. del Tío, de la provincia de Córdoba; las otras cautivas de Santiago del Estero, una llamada María que no hablaba una palabra en castellano, por haber sido cautivada muy chica. Esta no se acuerda quienes son sus padres, sí se recuerda que es cautiva, tendrá de edad como 34 años. La otra se llama Tránsito Coria: hija de Mariano Coria y de Narcisa Coria; fue confiada al capitán Esteban Romero, hasta que comparezcan sus padres.

- Che Campillo, preparame los papeles para felicitarlos y disponer que los de la chusma prisionera traída ayer a Santa Fe, sean educados como personas libres. ¡Que los vuelvan gente! Debemos extender a su favor los provechos de la civilización – ordenó el gobernador al leer satisfecho la correspondiente comunicación oficial de tales hechos.

- ¿Quién se hará cargo de ellos? - interrogó su ministro.

- No los curas, ¡ni loco! Basta de carne de confesionario. Me parece prudente designar a Dermidio Luna, Carlos Aldao y Carlos Gómez para que se ocupen de su adecuada distribución entre las buenas familias de la ciudad.

- ¿De las nuestras?

- ¿Quienes si no? Las otras no resultan convenientes. Cundirán sus pésimos ejemplos. Ocupate también para que algún destacado grupo del Rosario, se haga cargo de los que mandamos para allá.

- Quede tranquilo gobernador. En el transcurso de la mañana firmará las órdenes.

- Gracias Campillo.

- Voy a ocuparme de eso, si le parece.

- Andá nomás. Dá trabajo a los escribientes. Es necesario movilizar sus muñecas para que no se les herrumbren.

La sirena del pequeño vapor se hizo escuchar tres veces, antes de despegarse del embarcadero de la ciudad. Rosario fue quedando detrás aguas arriba, mientras tomaba velocidad y bordeaba un banco de arena que se hacía isla, sito en la mitad de la corriente. En un extremo sobresalía lo que aparentaba ser el macho del palo mayor de una embarcación hundida. Los arbustos que fueron creciendo a su alrededor se dejaban despeinar por los

vientos constantes del cauce. Dejado atrás el banco, la embarcación viró y comenzó a trepar la corriente por el canal este, buscando la ruta a Santa Fe.

En manos del práctico, el Meteor se deslizaba pequeño, frente a las imponentes barrancas del gran río. Los inmigrantes, en la cubierta superior, contemplaron asombrados esa maravillosa vía de aguas, apostando que habrá de ser la llave del futuro promisorio de la región. Nuevas cosas alimentaban su asombro, mientras miraban por última vez la ciudad que desfilaba enfrente.

En un momento dado, un miembro de la tripulación les indicó:

- Allí tienen un buen ejemplar de ombú. Es el ombú de Urquiza.

Y así a partir de San Lorenzo, fueron contemplando el viejo convento y las distintas alternativas de la costa atrayente, mientras el pasaje gustaba del mate, frente a sus atónitas miradas. No comprendían aún el rito de aquella infusión. Los comentarios en inglés despertaron la sonrisa de una persona que aparentaba ser criolla por la vestimenta. Sonriendo se les acercó para brindarles una explicación fluida en el mismo idioma, respecto de tal hábito. El paisaje, comenzó a ganar en familiaridad y se disolvió en una noche nubosa que entregaba luna en hebras y suaves murmullos insectales.

Temprano se retrajeron a los camarotes. Conforme les anticiparon, con las primeras horas del día siguiente arribarían a Santa Fe.

Pasadas las tres, la sirena del vapor despertó a todo el mundo, anunciando el inminente arribo. El perfil negro de la costa, era cortado por un collar de rojizas luces de petróleo. Señalaban el emplazamiento de la ciudad.

Lentamente se fueron acercando. Las sombras confusas tomaron forma. Figuras humanas se movían nerviosamente preparando el arribo.

Se amuraron sordamente al tablestacado irregular que constituía el muelle, apoyado en la gredosa y corta barranca, erosionada por las lluvias y las crecientes. Se dejaba oír la queja de las llantas de madera de los vehículos, desplazándose en un ir y venir despacioso, entre las embarcaciones de distinto porte mezcladas sin concierto. Los gritos estentóreos se enredaban en los cabos.

El día fue envolviendo las calles que caían al lugar, como dedos de una mano. La ciudad los esperaba con sus palmas abiertas. Lentamente, desorientados, desembarcaron.

- Buenos días señor - dijo William al caballero que se paseaba curioso en el extremo del precario embarcadero - por favor, ¿podría indicarme como llegar hasta el Hotel de Londres? Me lo apuntaron como conveniente.

- Con mucho gusto señor - le respondió el hombre. Quitándose el sombrero, comenzó a brindarle las referencias necesarias. Casi sin darse cuenta, pasaron a conversar en el idioma propio. Así se enteraron que él también era extranjero y se alojaba en ese lugar.

- Me apellido Gordeau. Se hallan a mi cargo los negocios de una empresa marítima. Volveremos a vernos, de seguro.

- Gracias señor. Téngalo por descontado. Máxime si nos albergamos en el hotel aludido - le respondió mientras concluía con el apretón de manos. Los restantes miembros de la comitiva, saludaron con sonrisas y cabeceos, comenzando a dirigirse al carruaje convocado por el servicial parroquiano.

Ya en el hall del hotel, la mezcla rara de personas y bártulos, de a poco fue ocupando las respectivas habitaciones asignadas. Se dispusieron a romper, por fin, la larga marcha.

Al día siguiente, mientras los restantes miembros de la comitiva deambulaban por los alrededores de la Plaza Progreso, William, Thomas y Alexander treparon la calle central, previo pasaje por una casa de cambios anexa al hotel, en la que transformaron parte de sus dólares en pesos bolivianos, para hacer frente a los gastos inmediatos. Luego buscaron la sucursal del Banco de Londres, donde depositaron el resto. Sin embargo no se desprendieron de todas las bolsitas que secretamente los acompañaban desde su salida como un apéndice, conservando con celo el precioso metal remanente de la dura lucha californiana, disimuladas en los cofres.

Por contactos establecidos en el hotel, que era la confluencia de todas las lenguas, corrillos y actividad que

desplegaba la inquieta ciudad nueva, saturada de italianos, en particular genoveses, entre otros europeos dispersos, separada a cizalla por la calle Rioja de la otra, la gentil, establecieron relación con el señor William Perkins, Secretario de la Comisión de Inmigración con asiento en el Rosario y, a la sazón, de paso por Santa Fe.

Grande fue la alegría de ese encuentro. Aquél también era del norte. Se pudieron entender directamente en el idioma propio, sin rodeos, ni errores.

- Sí mis amigos - adelantó Perkins - pasando la calle Rioja hacia el sur está la ciudad “noble”, ya rancia, con su cabildo recién terminado, sus templos católicos agostados, el hotel de Echagüe, y su señoría clásica, producto del mantenimiento de viejas costumbres por el aislamiento a que se ven sometidas esas añejas familias que con pocas excepciones y salvo los jóvenes, no cambian de aire “por falta de oxígeno”.

- Mi estimado señor, es evidente la falta de recursos. Debe ser endémica, pues se nota en sus vestimentas que, aunque de buen corte y limpias, están muy marcadas por el uso. Me recuerda a mi tierra, o mejor la nuestra, con la diferencia de que aquí el transcurrir es apacible, muy tranquilo, por lo que he podido apreciar desde nuestra llegada - respondió Alexander.

- Así es. A veces demasiado. Salvo por alguna escaramuza política. Ya están enterados de cuáles son los programas del Gobernador, producto de la presión por las incursiones de los indios. Por un cacique de San Javier

sabemos que se están reuniendo salvajes en el Mistolar y el Espín; no es ajeno a ello el tristemente célebre Cacique Inglés.

- ¿Inglés?

- Sí, así es apodado. Es uno de los más fieros cacique mocovíes bajo el mando de Nailalerí. Nadie conoce su origen, solo su prosapia bélica que es de temer.

- ¿Por eso el apuro del gobernador?

- Es una de las razones. La otra la fortaleza del estado. Tiene planes de desarrollo muy particulares. Creo conveniente que nos entrevistemos con él, para asegurarles su apoyo. De ahí para abajo, excepto los problemas de familia y de poder palaciego, nadie se atreve a poner en dudas su autoridad. No se engañen, arrecian las críticas por la resistencia de esta ciudad tradicionalista en parte, que rechaza y pretende no darse cuenta del crecimiento de la otra, la “ciudad baja”, de gran estatura a esta altura de los tiempos. Pero antes, pasaremos por la Escuela del Puerto, en la calle Cortada, es aquí cerca; debo recibir de su maestro, el señor Jose Villegas unos datos que habría recogido para mí ayer. Hacen a la expedición que estamos organizando, conforme les anticipara - concluyó poniéndose de pie, invitándolos a acompañarlo hacia la puerta.

El aire frío, húmedo, del sudeste, los acogió con su cachetada destemplada, llevando hacia las desaparejas veredas el polvo que levantaban los pocos vehículos y jinetes circulantes. Algunas curiosa asomaba parte de su

rostro por entre las cortinas blancas, en su interés por registrar el inusual deambular de esos desconocidos de extraña indumentaria.

- El señor Gobernador, Don Nicasio Oroño - presentó Perkins que se movía en los despachos oficiales como por su casa.

-Mucho gusto, su excelencia - respondió William todo protocolar con mucho acento; apreciando el cordial apretón de manos de la máxima autoridad provincial.

- Es un placer, señor gobernador - agregó Alexander del mismo modo, reconociendo en la figura del estadista, su talento y arrogancia franca, sin artificios.

Luego de escuchar el relato de la odisea y sus pretensiones, pocas pero firmes, el gobernador aflojó su actitud. Con aire familiar les comentó:

- Reitero lo que ya Perkins les habrá adelantado, respecto de las intenciones de mi gobierno. La provincia está jaqueada por los continuos malones de los indios alzados en el Chaco. Traen zozobra a los habitantes de la frontera, bastante cerca de aquí, demasiado diría, para nuestro gusto.

-Efectivamente, tenemos conocimiento de ello, gracias a la buena disposición del señor Perkins - agregó Mac Lean. - Hemos acordado acompañarlo en la expedición que organiza a instancia suya, para valorar el estado de cosas; la aprovecharemos para ayudar precisar nuestras

apetencias, en lo que a tierras y emplazamiento refiere. Detrás, señor, es seguro que vendrán más colonos que allá se sienten asfixiados, por la presión tributaria después de la contienda y las inclementes persecuciones de que son objeto detrás de la fachada, por la dirección de sus simpatías; siempre que nuestra experiencia resulte positiva. Con ellos viene el trabajo que esta tierra necesita y enseres, para multiplicar el producto de ese esfuerzo. Creo que la instalación de Evans, otro compatriota, en la colonia Esperanza conforme me fue relatado, es índice elocuente de lo que puede lograrse con la ayuda de la técnica que se desarrolla velozmente y no podemos desconocer, sin correr los riesgos serios que importa quedar atrás. Perder el carro de la historia.

- ¡Celebro que pensemos de la misma forma! Justamente mis planes pasan por ahí. Tenemos que subirnos francamente al progreso sin perder más tiempo en discusiones bizantinas - respondió el mandatario, agregando - eso sí, debo advertirles, en honor de la verdad, que no es fácil a los extraños, no por la lengua, sino por la religión, incorporarse a la comunidad santafesina. Los conflictos se han desarrollado sin pausa y en creciente, en San Carlos por ejemplo, han logrado quitarme el sueño. No estoy dispuesto a tolerar eso ¡Me indigna el prejuicio! - exclamó con vehemencia - pero mis posibilidades están limitadas al poder real con que cuento, que es el de la provincia y que ustedes ayudarán a acrecentar - afirmó con convicción plena.

-Veremos señor, de este viaje saldrá la decisión al respecto. Casi hemos recorrido el país entero a lo ancho. Antes de tomar una determinación, queremos explorar el terreno. Es lo menos que podemos hacer por la seguridad de nuestras mujeres, hijos y la propia - remató William.

- No habrá problemas. Tienen el gobierno de su parte. Lo he afirmado públicamente. Estamos todos los días apelando al ejemplo de Estados Unidos. Invocamos a los hombres de leyes y estadistas destacados de allá, para dirimir las cuestiones de derecho constitucional que nos aquejan y son foco de violencia. La legislatura acordó la conveniencia de propiciar el emplazamiento de colonos de su país, señores, hay una ley que me respalda en ese sentido. Pero en materia religiosa, la tolerancia es un asunto muy débil. Es una señora que no por declamada, deja de llevar una existencia paupérrima.

- Tendremos en cuenta ese aspecto. De parte nuestra, estamos acostumbrados. Facciones de nuestra propia iglesia, se han trezado en franco enfrentamiento con no pocos incidentes incalificables - dijo Alexander, dejando escapar su pensamiento en dirección al norte.

- Me he propuesto firmemente rehabilitar la “Ruta de los Chipiacas”, no pararé en el intento. ¡Sí señor, volveremos al Perú por ahí... con el correr del tiempo! Nuestras ambiciones no terminan en Asunción. Aunque esto deba callarse en aras de una supuesta razonabilidad, creo que nadie debe desconocer que contamos con vías de agua que acercan Chuquisaca a Santa Fe, sea hacia el norte por el Salado como lo intenta Esteban Rams y Rubert o por

el litoral mediante el Paraná y sus afluentes, el Pilcomayo y el Bermejo. Nos apoyan los inversores, en particular la banca Mauá. Solo en esta parte del mundo no se aprovechan los caminos naturales en beneficio del progreso común. Sembraremos puertos señores, ¡ténganlo por seguro!

Los ojos del mandatario, por encima de sus hombros escapaban más allá del horizonte de bajas terrazas que delimitaban la plaza principal.

La fría madrugada albergó en su seno las diecisiete personas que en columna, marchaban por la margen de la Laguna Setúbal, alejándose Santa Fe. Con las armas en banderola y una decisión única, constituían la vulnerable oruga de la civilización caminando hacia la frontera en labor exploratoria.

El sol era franco ya. Les brindaba su calidez mezquina por la estación, cuando transitaban entre los densos naranjales de San José del Rincón, que se destacaba a lo lejos por su blanca iglesia. Les fue imposible evitar el elogio a la feracidad de la tierra. No se apearon, torcieron a la izquierda y continuaron hacia Calchines, donde toparon por primera vez con el río San Javier. Detuvieron la marcha y contemplaron largo rato el paisaje pleno de casas, cultivos y montes que facilitaba a su gente lo necesario para la comodidad y bonanza. El primer fortín de la línea que se tendía vacilante hacia el oeste, buscando la

provincia de Córdoba sin lograrlo, brindó cobijo a los norteamericanos asombrados por tanta tierra, por tanto verde. El cálido humo de la carne al asador los reunió bajo el cobijo también asombrado del grupo de indios militarizados que constituían la dotación del fortín Calchines, un precario recinto de palo a pique.

Por entre plantaciones esqueléticas de maíz, llegaron a la pulpería de Cayastá que miseraba en la costa del San Javier. Era el emplazamiento de sólo una veintena de ranchos indígenas, posesionados como silente venganza de Santa Fe La Vieja, reivindicando la tenencia de una tierra que se les iba de las manos como el agua de sus arroyos. Detienen su escasa actividad para contemplar con indiferencia el cruce de los jinetes. Siguen su marcha al norte, como si el destino inconsciente fuere la estrella polar, guardada aún en el fondo de sus memorias.

No bien pasaron, uno de los salvajes montó en pelo. Dirigió prestamente su cabalgadura en dirección a una laguna próxima, con evidente funciones de “bombero”. La labor de zapa, era moneda corriente en la región.

Finalizaba Mayo de 1866 su residencia anual, cuando arribaron a Helvecia. Parado en la ribera, Perkins contempló con sus acompañantes el pintoresco paisaje. Entre sí comentaron la belleza del lugar, de sus montes de ubajay y otras especies, en las que no era ajeno algún viraró, que hicieron conocer a los nortños, ponderando sus

cualidades. Regodeaban el espíritu con la verde presencia. Las aguas tranquilas del San Javier, mansamente llegaban en olitas hasta una veintena de yacarés, que sorbían placenteramente el sol avaro de la mañana.

En la colonia, a menos de un año de su fundación, se habían diversificado los cultivos. No le eran extraños el maíz y una intrincada red de manisales. Se criaban cerdos, preparándose las instalaciones para la elaboración de jamones tipo “Westphalia”. Europa hundió su clavija en el lugar, acuñando su presencia.

Los inmigrantes pudieron comprobar que no restaban ya tierras fiscales aptas para sus fines, hasta San Javier, a donde arribaron entrado el 4 de Junio. Fecha que Perkins cuidó de consignar en el diario de viajes, para destacar el punto de inflexión entre civilización y barbarie, aun cuando la tierra, ajena a tales tensiones, o contradicciones, o caprichos, proseguía dándose de igual manera, indiferente de toda humana leyenda o ponderación. Estaban en el límite del Chaco gualamba. A partir de allí, traspuesto el débil tapial de paja y barro, o el minúsculo recinto rodeado de palo a pique del otro fortín aislado, como avanzada tentativa del corrimiento de aquella línea que solo existía en el papel, pero que tercamente pugnaba por consolidarse con otros firmemente propuestos al oeste a esa altura, sobre el arroyo Saladillo y el Caraguatá, el Pájaro Blanco reinaba salvaje, premonitorio, invicto.

La vieja reducción les abrió sus puertas misérrimas y les brindó el grueso de sus habitantes, unos seiscientos aborígenes que vivían en ranchos entre el tunal y unos

ceibos, en los aledaños de una pobrísima iglesia encalada y un débil fuerte enfrente.. Cabalgaron sobre los restos de adobe del asentamiento anterior. Uno más en el collar de intentos infructuosos por clavar permanentemente la estaca con la bandera de la paz y el progreso en el lugar, que iniciara el Teniente General Vera Mujica trayendo los valientes jesuitas con Núñez Burges en la avanzada y Florian Paucke en el espíritu unos años después; los que no solo su sudor sembraron en la región.

Oprime sus corazones la indigencia reinante, la falta de medios en el fortín, cuyo titular ruega nervioso para que intercedan ante el gobierno. Procura mayor apoyo y el emplazamiento de una colonia de extranjeros en la zona. Sus relatos de la situación imperante conmueven a todos, propios y extraños. Admiran esa solitaria personalidad, su valor, al que el aislamiento no hace mella. Un hijo que apenas camina, se prende terco de sus pantalones intentando mantenerse erguido. Opta por gatear hasta la habitación próxima en busca de su madre, despertando la sonrisa en el rostros de los cansados expedicionarios.

Repuestos, partieron nuevamente hacia su norte, esta vez ya en tierras del Pájaro Blanco, que les abrió sus alas en pleno territorio de los indios montaraces. Siguieron el rastro que dejaban las carretas al internarse en el monte, buscando madera, después solo la arena ribereña les facilitaba el avance por el monte. De a ratos, la senda los aleja de la cinta plateada del Quiloazas de los indios, ese río San Javier aparentemente indiferente, que continúa desandando sus pasos, custodiado por yacarés, garzas y

gallitos del agua. Un crespín emite su agudo reclamo, imponiendo respetuoso silencio. Perkins les va nombrando las especies vegetales y animales, con ayuda de su guía. Los norteamericanos están abrumados por la riqueza animal y forestal de la zona. De los indios, solo alguno que otro destello inquisitivo, huidizo, entre las hojas. Evitan el monte cerrado. Cuando no es posible transitar por la playa, envían adelantados para evitar sorpresas.

Recalca el conductor las precauciones con el yaguareté que, fuera de las víboras, es el único animal realmente de temer, más aún que el puma o los yacarés cansinos, cuando no están en el agua. Recorre el grupo la narración de la muerte de dos clérigos en la iglesia de San Francisco en Santa Fe y el ataque a un capitán de barco en Bajada. Al regresar a su nave por la noche, en la cubierta lo atacó un yaguareté. Perdió un brazo en el encuentro.

- ¡Tuvo suerte el hombre! - recalcó Perkins.

Después de diecinueve días de ininterrumpida marcha, con las armas siempre prestas, arribaron a los parajes del arroyo El Rey, donde encuentran a quienes los precedieron por río y por tierra. Mardoqueo Navarro y Comandante Olmedo, respectivamente. Grandes expresiones de alegría brindan calor humano a la culminación de la marcha. El asado ata su moño final.

Luego de recorrer la zona y determinar sus características y posibilidades que brinda, concretaron las rectificaciones del mapa que elaborara el ingeniero

Aguirre, aprovechando la experiencia recogida por Navarro en su excursión fluvial.

De la vieja reducción jesuítica de San Jerónimo, solo quedan algunos naranjos y unas escuálidas higueras cargadas de centenaria tristeza, la mayoría cubiertas por “flores del aire”, que asoman orgullosas entre lianas y enredaderas. Aún así los indios vienen anualmente a este lugar a pagar sus promesas sagradas a los discípulos de Loyola. Es una especie de Jerusalem salvaje.

- Si ustedes hubieran leído el artículo que publicó El Ferrocarril a fines de Enero, comprenderían muchas de estas extrañas cosas. - explicaba Perkins a sus acompañantes. Guardan silencio frente a los escasos restos. Se sumen en profundas cavilaciones respecto de la suerte que habría de tocarles, de venir a parar a ese primitivo paraíso.

No se les escapa que el esfuerzo habrá que ser intenso y sin solución de continuidad, si optan por domar ese encaje verdiazul.

- Habría que drenar los terrenos y construir defensas en zonas bajas, como se hubo hecho en San Francisco - concluyó Perkins, ante las objeciones críticas de Alexander.

- Puede ser - agregó Mac Lean sin mucha convicción - pero no olvide que los resultados son aleatorios. No se conoce el comportamiento de esta cuenca, en el largo plazo. La existencia de arboledas de porte en zonas altas determinadas, su ausencia en otros niveles, muestra que las

crecientes son frecuentes y con permanencia suficiente para impedir el desarrollo de esas especies en los alrededores, más bajos.

- Es cierto ¡Ahora que lo dice!

- Fíjese en la desproporción de tamaños entre este grupo de “lapachous” y aquél otro vecino, más abajo. Puede indicar crecientes esporádicas, suficientemente perdurables. No hay gradación en el tamaño de los ejemplares. - insistió Mac Lean.

Entrada la noche, aún seguían discutiendo respecto de la conveniencia de sentar los reales en ese paraje, conforme la sugerencia oficial.

Las opiniones estaban divididas. Los más entusiastas y sin mayor experiencia previa, pintaban un vergel que la oscuridad y el silencio circundante, solo roto por algún grito montaraz áspero, no desmentían. Sin embargo, los otros, más cautos, desandaban el trayecto y se inclinaban por tierras de aguas abajo. Seguras y más cercanas a los centros de población en desarrollo.

A eso de la una de la madrugada, el rugido del yagüareté y el relinchar nervioso de los caballos, quitó abruptamente a todos el sueño.

Miraron a los baquianos que semblantearon los animales a la luz de la lámpara china encendida apresuradamente.

- Están nerviosos, pero no hay pánico en ellos, jefe - dijo el baquiano. -Anda el bicho por los alrededores, no

muy cerca como para ser peligroso por el momento. Convendría estar alerta.

Nadie durmió en el resto de la noche. El infierno negro de la incertidumbre los cubrió, descorriendo las cortinas del sueño.

A la mañana siguiente dieron la última vuelta por el lugar y emprendieron el regreso. La decisión estaba tomada.

- Ve a tocayo - dijo William - La decisión está tomada. Hemos venido por voluntad propia. Aprecio los esfuerzos que hace para mostrarnos las bondades de estos lugares, pero ese celo debe emplearse por igual para destacar los riesgos que se corren, en caso de una decisión favorable. Estamos cerca del albardón despoblado que rodea el San Javier, antes del poblado. El esfuerzo de transporte y obtención de vitualla se reduciría a la mitad. Existe una vía de aguas permanente y segura ya conocida, frente a los imponderables que ocultan estos lugares aún inexplorados, de más al norte. Además estamos lejos de toda escuela. Los hijos nuestros no tendrán muchas posibilidades de crecer. La ciudad está al alcance de las manos. A tiro de caballo. Es otra cosa.

- A cualquier lugar que vayan en estas dilatadas planicies, estarán lejos de toda escuela. No imaginan los esfuerzos que hacemos para crearlas. Por eso los necesitamos a ustedes. No solo para poblar, sino para exigir. A fines del año anterior la prensa dio a conocer una

anécdota brindada por Sarmiento en una carta desde Estados Unidos...

- ¿Sarmiento dijo Usted? - preguntó Moore. El asombro desbordaba su persona.

- Sí. De cuando estuvo en Santa Fe. Un vecino acomodado e inteligente le recordó la fiesta de las escuelas en Buenos Aires. " Manos a la obra" le respondió el sanjuanino, agregando: "Vamos a fundar una escuela en memoria de la Convención Nacional. Preparen ustedes el entablado de un salón y yo les mando un maestro de la Escuela Normal de Versalles, bancos, mapas, libros, todo lo demás necesario. Corremos una suscripción y como están presentes setenta convencionales y los Ministros del Paraná, con \$ 50.- que cada uno de ellos contribuya, tenemos el capital necesario." Fueron a ver al gobernador que los llevó a un mercado cuyo salón les ofreció como aporte y con los arreglos necesarios, podía servir. No pasó de ahí la cosa. No extendieron la mano para tomar un tributo al progreso. Ese es el espíritu que campea en muchos pobladores de la región, lamentablemente. Solamente los colonos...- no terminó su pensamiento.

- Con mayor razón - aseveró Mac Lean terciando en mitad de la frase.

- Tal vez tengan razón. Esta "terra incognita" que se extiende a partir de aquí puede esconder sorpresas. No lo dudo. Como no dudo que ustedes tienen capacidad más que suficiente para enfrentarla. - agregó Perkins girando la conversación para volver a los carriles de su interés.

-No es el temor - apuró Alexander dolido en contestar - Están en juego demasiadas cosas, como le anticipamos en la reunión con el gobernador. Sabemos que la ayuda que nos pueden prestar es poca. Pedimos solo lo que a ustedes les sobra: tierras. No aspiramos a más. La seguridad es un problema estrictamente nuestro, como siempre lo fue. No pretendemos tregua, pero ante la diferencia de condiciones de un lugar y otro, comparto la opinión de William. Además no olvide, no somos nosotros solos. Allá esperan noticias nuestras, para venir algunos parientes y amigos. Si esto marcha, pueden seguir otros. Estados Unidos está como la fortaleza sitiada. Los de afuera se apretujan por entrar y los de adentro no saben como salir - concluyó amigablemente, sonriendo.

- En parte es verdad. La situación allá no es promisoría. Ocurre que lo es mucho menos en Europa, donde al hambre hace que vengan en bandada por aquí - le respondió Perkins - ¡Allí sí que hay hambre!, no solo dificultades políticas o religiosas. Los ingleses no saben cómo parar la afluencia de irlandeses hambrientos. Por otra parte, recuerden lo que les comenté que había publicado “El Tiempo” a comienzos de este año, respecto de la situación de la frontera y de los indios. No los engañaré. Ustedes son necesarios y cuentan con el máximo apoyo de las autoridades.

- Esperamos eso y que concreten la decisión a que alude. Las concesiones no pueden demorarse por mucho tiempo. Tenemos planes, debemos cumplirlos. Aquí o en cualquier otro lugar. La familia lo exige perentoriamente.

- Cuentan con mi ayuda para ello y, estoy seguro, del mismísimo gobernador. Les pido un compás de espera hasta que regresemos y brinde el informe que debo elevarle. Por supuesto, será favorable. A la luz de la lámpara esa noche Perkins escribió: ...”los norteamericanos no quedaron conformes con los terrenos anegadizos de El Rey, pero vieron la posibilidad de establecer una gran colonia en terrenos fiscales que el gobierno cedería gratuitamente en “Pájaro Blanco”, donde fundarían una gran colonia, llamando a otros compatriotas”...

A su mente llegaban las dos míticas cigüeñas blancas que habitaban el lugar y que nadie, supuestamente, se atrevía a tocar...

CAPITULO XL

TRAS LA RECUA

Por esas cosas del destino, la suerte quiso que el envío de implementos agrícolas ingleses para la flamante Alexandra Colony, también en tierras del Pájaro Blanco, fuera desembarcado en San Javier, consignado por Gordeau a William Moore. Con eso se aseguraba un destino cierto para la mercadería que había despachado Thompson, Bonar & Co, la fundadora de esa colonia. Will tuvo que convenir con gente de la empresa radicada en la zona lo necesario para el traslado y posterior pago del servicio.

Diez carros en caravana, reptaban por entre los espartillos y aromitos, tratando de alcanzar la "Centinela del desierto", como llamaban a Colonia Eloísa, primera etapa de la marcha. Hicieron alto en lo de Juan Grobet, antes de lanzarse al tramo largo hasta la Villa Santa Catalina, lugar de asentamiento de la Administración de la colonia Alejandra.

Se enteraron de algunas partidas de indios que estuvieron merodeando por el lugar y fueron ahuyentadas hacia los montes, en una rápida escaramuza de la que participó el anfitrión, Henriet y Vernet, sus vecinos.

Con tal anticipo, continuaron la marcha nerviosos. Los conductores seguían atentamente la vegetación que bordeaba la precaria senda por la que transitaban. Sabían que se internaban en tierra de nadie. No era el miedo, sino la certidumbre del acecho que se estiraba ininterrumpidamente como integrante del paisaje, lesionando los nervios tensos por la prevención.

Los ataques indígenas eran rápidos, como tormentas de verano. Sin aviso previo se lanzaban arrolladores. Hasta un centenar de salvajes lanzas en mano en algunas ocasiones. Solo la rapidez y contundencia de la respuesta permitía frenar a veces, con no pocas pérdidas.

El restallar del látigo de Hildreyds, que comandaba uno de los carros, rompía como un estampido el silencio sepulcral instalado donde pasaban. Además de los ojos animales, llenos de curiosidad y temor a lo

desconocido, algunos pares de otros, seguían el convoy desde las sombras, evaluando su potencial.

Eran los norteamericanos. Para ellos no existían las sorpresas. Así que fueron reprimidas las ansias de ataque inmediato, a la espera del momento oportuno.

Pero llegaba Alejandra y aún no se había presentado. A las reconvenciones de sus camaradas por el reto del látigo, seguían las carcajadas de Hildreyds, mientras aseveraba que con él alejaría no solo a los indios, sino al gran espíritu del Chaco que de seguro, estaría preparando sus bártulos para adentrarse aún más en su morada, seguido por el propio Juan el Raí. La pareja de mulas preferidas por William, Pete y Dolly, encabezaba la marcha seguida de Nolly y Jimmy. En su asnal terquedad, hacían caso omiso de los obstáculos e imprimían buen ritmo a la marcha.

Al caer la tarde, arribaron a la Colonia Alejandra, donde fueron recibidos con grandes muestras de alegría por parte de sus integrantes.

Arturo Powys, el administrador, los interiorizó de los sucesos en la misma y les requirió información de la de ellos.. Así, haciendo el honor a una succulenta cena en el amplio local iluminado por lámparas chinas, dejaron que la distensión los ganara junto con el sueño. Santa Catalina fue dominada también por otra de sus tranquilas noches, tras el cerco de palo a pique. El mangrullo también descansaba.

A la mañana siguiente despidieron a los que regresaban en los vehículos vacíos. Cinco decidieron

quedarse ante la propuesta de una changa inesperada: distribuir entre los colonos la mercadería que colmaba el depósito ubicado detrás de la palizada.

- ¡Hola! - saludó un joven rubio a Charles, cuando éste arribó con su plantel de mulas, para la carga - Soy David Morgan. Me encargaron facilitarles la tarea.

- Mucho gusto, soy Charles Heindryds. Trataremos de hacer buena letra. El Capitán me amenazó con despellejarme por haber transgredido una de sus normas, el trabajo organizado. Ayer me corté sólo y llegué antes. Me valió una buena reprimenda - agregó sonriendo. El galés le resultaba simpático. Congeniaron bastante durante los muchos viajes realizados a los asentamientos de los colonos. El propio Morgan era uno de ellos, a la vez que atendía cosas de la administración bajo las órdenes de Powys; llevaba adelante, con sus hermanos, un varón y una mujer, un buen lote de tierras al oeste de la población.

- ¿De que parte de Gales es oriundo, precisamente? - preguntó.

- De Llandeifeilog, cerca de Carmarthein. Un cruce de caminos a éste y a Carmarthein desde la capital de la región.

- Debe ser hermoso como toda Gales, ¿verdad? - comentó inquisitivamente.

- ¡Oh sí! Tanto como esta tierra, aunque más húmeda. Muy húmeda y muy verde, más que ésta. Lamentablemente, no propicia. La vida no es fácil ahora.

La dificultan los ingleses, ¡por supuesto! ¡Perdone, ¿acaso usted?

- No, no tema, no hay problemas por ello. Conozco el paño ¿Quedó alguien allá? - inquirió Richard.

David mirando lejos, hacia el río que bordeaba la Administración, le dijo casi como para él solo: - Sí, nuestra hermana Margareth, las lápidas y algún pariente fuera del lugar. Mi padre James y mi madre Lydia, ya se fueron, como así James, Maryanne y Mery, que murieron jóvenes. Tengo noticias de un primo, John, que anda por el país, más precisamente en Buenos Aires. No he tenido suerte, no lo pude ubicar. Sé que vino recientemente. Me hubiera dado noticias de aquellos lugares. No imagina cuanto lo recuerdo; aunque siento que mi vida está echando raíces aquí. Esto se hace querer. No consigue uno allá la libertad y las posibilidades que se brindan aquí.

- ¿Tan duro es aquello?

- No imagina lo que es ser casi esclavo en su propia tierra. Esclavo de la miseria que le va corroyendo a uno las carnes. Esclavo del poder religioso que no le deja tranquilo en su forma de pensar o de sentir. Del poder político que quiere que usted se alíe a él y sirva a sus intereses. De la enfermedad que va liquidando los pulmones. En cambio aquí comenzamos a ser alguien, aunque mal no fuere con uno mismo. No tenemos competencia. Esta es tierra de nadie. A nadie se la quitamos. El salvaje no la posee, la transita apenas. Todo esto es virgen. Pudo ser pisada, pero no hollada. Ellos son depredadores exclusivamente. Con su

economía parásita, no favorecen el crecimiento y la producción. Sinceramente, creo que están condenados. No pueden sobrevivir con sus asentamientos acosados por el hambre, las enfermedades o las plagas. Para colmo no se avienen a vivir y a trabajar con constancia. Pescan y cazan. Sus cotos son exclusivos para ellos, no nos interesan a nosotros. Ríos y lagunas constituyen su ámbito natural. Repudian la tierra apta, buscan los bañados, los cursos de agua, en fin, ¡qué vamos a hacer con los dueños de las flechas y las chuzas... - no terminó su conversación. William, con voz tonante, ordenaba concentrarse, llamando a los dispersos ayudantes para el regreso.

Richard, a modo de despedida, le preguntó:

- ¿Nos veremos de nuevo David?

- De seguro - respondió David - espero estar por California en los próximos días.

- ¿Negocios?

- ¡No precisamente! - respondió con énfasis, ruborizándose.

Su interlocutor no se percató de ello. Ya volvía y trepaba al carro sin efectuar otro comentario.

Convenientemente enjaezados, Pete, Dolly, Nolly y Jimmy, se aprestaron a desandar las leguas que los separaban de su residencia habitual.

David los miró partir. Con ellos, fue su pensamiento hacia los Mac Lean. O mejor, hacia una de ellas, Susana.

- Susan, mo gradh – murmuró ese “mi amor” al viento en su lejana lengua natal, saboreando el goce que le producía el recuerdo de aquellos luminosos ojos verdes. Lo inundaron de dicha, con la primera sonrisa que le brindó en el último encuentro, en oportunidad de su viaje al lugar para acordar el traslado, hacía ya un mes. Sabía que pasaría por lo menos otro, antes de volver a verla; pero el tiempo no contaba, tenían todo el del mundo para sus sueños.

CAPITULO LI

BORDEANDO

El día se ha hecho. Los últimos bártulos son asegurados para continuar la marcha. De nuevo el andar recomienza, esta vez de frente al sol otra vez solo, que los obliga a bajar la cabeza para proteger sus ojos con el ala del sombrero. El rastro comienza a ser claro. Por entre la marca

de los vasos, se lee nítida la huella de pies humanos descalzos, caminando rápido.

Lo que les pareció bruma en un comienzo, los envolvió atacándoles la cara con sus alas y las patas serradas. El cielo se puso marrón El chirrido del vuelo aumentó aún más el asco y la rabia que les producía la langosta que volaba hacia sus posesiones. Extrañaban la época, pero allí estaba, adelantándose. Nada podían hacer. En otra oportunidad, hubieran prendido fuego al campo para desviar la manga. Ahora no podían denunciar su presencia ¡Se la tenían que aguantar estoicamente! El indio estaba cerca. Así que agacharon más la cabeza y continuaron la marcha, mirando fugazmente a su alrededor, cada tanto.

La manga pasó en una hora. No tenían seguridad de su extensión. Debía ser el extremo de una mayor. La preocupación era otra. Pronto quedó detrás, en el pasado, como otra contingencia menor para contar al regreso. Fue el día de la langosta. El de otro ataque.

Blazy que marchaba a la derecha del grupo, gritó indicando la distancia.

- ¡Miren, miren allá, indios!

- ¡Vamos, al galope! - ordenó Moore espoleando su caballo. Todos le siguieron, tratando de alcanzar las pequeñas figuritas de bronce que corrían hacia el monte.

La redada no fue buena. Sólo dos mujeres, un hombre que había tropezado en un raigón, y siete niños

que los observaban temerosos. La mujer no era de arrear. Con una mazo de quebracho aplastado en su extremo, usado para desenterrar raíces y extraer el cogollo de los caranday, hizo frente a Moore, tratando de asestarle un golpe en la cabeza, mientras lanzaba un rosario de expresiones duras en lengua mocoví. Resbalaban incomprendidas por la pechera sudada. Apenas, entremezcladas, podían separarse alguna que otra expresión en un español deformado y , varias veces el : - ¡gringo! - repetido con desprecio, en medio de esa barahúnda gutural.

- ¡No le tiren! - gritó tomándola de la muñeca y haciéndole arrojar el garrote.

Un par de brazos presurosos, concurren en su ayuda. Hubo que voltearla para amansar su furia.

- ¡Brava la india! - , exclamó Sager riendo por el revolcón del jefe, que cayó con la misma, rodando.

El indio, neutro, había cerrado filas con sus hijos. Contemplaba sin decir nada la escena. Ella se levantó y se le acercó con mirada furiosa. La expresión de enojo imponía respeto.

- No indio malo. Indio bueno, señó. - manifestó haciendo caso omiso a la dura mirada de la mujer que escupió el piso a sus pies.

- ¿Cómo te llamás? - preguntó Perico, que se convirtió en su interlocutor por dominar mejor el español.

- Naikin. Indio ser Naikin, compagre de Mateo Viyalba, del Rey. Indio no malo señó - insistió dirigiéndose a él pero mirando a Moore.

Mientras ello ocurría, doce hombres salieron a campear la descubierta para tratar de encontrar otros. Fue inútil la excursión. A las cuatro de la tarde regresaron con las manos vacías.

- Vamos - ordenó Moore. No conviene que nos agarre la noche en estos parajes. Hay salvajes cerca. Corremos el riesgo que nos dejen de a pie. Estamos fritos si nos roban los caballos por la noche.

-Tienes razón - dijo Sager para matizar la marcha que había ya emprendido la columna con los prisioneros montados de a tres en cada caballo - ¡son sigilosos estos malditos! Hay quien dice que de noche cabalgan en las raíces de los yuyos, ¡para arrimarse a depredar!

Una sonrisa recorrió el grupo por la salida.

Caía la tarde cuando se acercaron al monte de palmeras en el que decidieron hacer campamento. Había pastos tiernos pero no agua.

Perico, luego de hablar con Moore, convocó al indio de nuevo, que se acercó mirándolos medio de soslayo. Les llamó la atención unos objetos metálicos en su cintura, que se les habían escapado al principio.

- ¿Qué tenés ahí Naikin? - preguntó Perico indicándoselos.

- Nada. Chuzas nomás - fue la respuesta. Eran una lima y un trozo de acero afilados, terribles en el extremo de una tacuara. Lo miran pensativos. Moore le hace señas de continuar, después de quitárselas.

- El capitán Moore quiere que nos guíes hasta la toldería.

El hombre levantó la cabeza, asombrado.

- ¿Capitan Mur? - dijo. En ese momento se arrimó a la tropilla un caballo con la clásica montura india, un cuero solo. Comenzó a pastar tranquilamente con el resto de los animales.

- Cabayo mío - dijo el paico sonriendo, con los ojos brillantes ante la posibilidad de hacerse de una cabalgadura.

- ¿De dónde lo sacaste? - preguntó Perico. El indio lo miró y vaciló.

- Bueno, no mío, de unoj de lojotroj. Ahora mío - respondió ladino.

- ¿Y dónde lo consiguió tu amigo? - le preguntó esta vez, poniendo un gesto adusto y un acento duro, para forzarlo a desenredar la mentira que entreveía.

- No sé. Escapando de la toldería de Juan Gregorio. Ta pa yá - agregó señalando al oeste.

- ¡Juan Gregorio! - exclamó Moore con fiereza. - El cacique de los indios de San Javier que apresamos después

del robo de caballos ¡Lo llevaban a Martín García y le abrieron las puertas en el camino!

- ¡Linda piedra para la honda! - exclamó Ayulo que conocía las correrías del sangriento salvaje, que hasta se permitió burlar la ley por el respeto que imponía su ascendencia sobre los mocovíes, a la que los políticos temían por todos aquellos escabrosos manejos, surgidos de oscuras alianzas que recorrían la región, ¡torciendo los vientos políticos contrarios a punta de lanza! Los había utilizado el Brigadier y lo seguían haciendo sus sucesores. Juan Gregorio fue el instigador de los asaltos a Colonia California, Eloísa y de los crímenes de la Galense, Alejandra y Eloísa. Pero, como otras tantas veces, la "falta de pruebas suficientes", había hecho de las suyas en la parodia judicial donde la balanza comparaba otro tipo de fuerzas. Otra espina de la rama de el Raí

- ¡Carajo!; ¡tan cerca e impedidos de ir a brindarle nuestros saludos! ¡Si no fuera por el mal estado de los caballos y la falta de agua! - exclamó Moore que seguía atentamente el diálogo entre Perico y el indígena - Ya le haremos pagar sus cuentas. Debe devolvernos los dos holandesitos que aún conserva ¡Lo verá! - gritó con el puño cerrado levantado en dirección al lugar que indicara el tape; no con odio, ni tan siquiera rencor. Sólo con un natural sentido de la justicia burlada, de la vida burlada, del dolor y las penas desatadas.

Después de un día de marcha, acamparon en la ribera de una lagunita que parecía permanente, donde a cada momento los caballos volvían para gozar el placentero

fresco del agua. Eran lo único que se movía en la inmensidad del paraje. El azul infinito y el verde amplio, se abrían en abanico desbordando los sentidos. El murmullo de la brisa en los pastos y los puntos de alguna distante bandada, que parecía dibujada estática sobre ese azul pleno, radiante, sin manchas ni nubes, colmaban el espíritu. Con esos puntos suspensivos, la imaginación volaba lejos, hacia los lejanos hogares.

Los diecinueve cautivos se agruparon al pie de una palma. Apenas si dialogaban entre sí. Los niños correteaban nerviosos ante la mirada vigilante de los guardias puestos a cuidarlos para evitar sorpresas. Así, no eran peligrosos. Pero libres, ¡no de fiar!

Con la otra mañana, reiniciaron la marcha, esta vez hacia el sureste. Anduvieron todo el día.

Fort, Schneider y Nicolatti, se cruzan cada tanto en los minutos que dura el paseo alrededor del campamento, en las tres horas de guardia que les tocó en suerte a eso de la medianoche, cuando relevaron a Blazy, Valory y Salezan.

- La noche es magnífica, ¿verdad? - dijo el primero a Alex, que fuera a su encuentro estirando las piernas.

- Bárbara, pero fijate, allá abajo al oeste, vi varias veces destellos de relámpagos. El viento ha cesado ¡Me parece que se prepara una tormenta pampa!

- Es probable - respondió - Noté esta tarde gran actividad en los hormigueros levantando barreras en sus bocas.

- Mirá - le indicó.

Sobre el monte de enfrente, pasando el claro, el cielo se rasgó violentamente. Al instante el sordo restallar del trueno llegó blando a sus oídos.

- Se viene nomás.

Cuando la mañana ató su presencia, ya la tormenta era cierta en el sudoeste. Su pañuelo gris acerado, recorrido por culebras brillantes, ceñía su cuello.

Savomin, con Inocencio, se internaron un poco para buscar leña. Era necesaria por si volvían los cielos a descargarse. No querían estar desprevenidos, se hallaban en zona baja y llana; aunque lo avanzado de la primavera no hacía temer el frío, sino las mojaduras prolongadas.

El machete descargaba su filoso beso en las ramas de un algarrobo caído. Al levantarlo para un nuevo golpe, el ruido atenuado de unas hojas secas aplastadas lo sorprendió. Sin mirar para atrás, lo arrojó y tomó el fusil dándose vuelta listo a disparar. A no más de quince pasos de él, Savomín vio un salvaje con la lanza presta a ser descargada en su espalda. Se arrojó al suelo de media vuelta y girando, descerrajó un tiro torpe. Erró. Al menos, como un felino, el indio se perdió en silencio. No encontró rastros de sangre, solo quebradas las ramas terminales de algunos arbustos, en dirección de la precipitada huida. Fue

vana la batida. El rastrillaje no arrojó resultados. Ni a nivel del suelo, ni sobre los árboles, hallaron a nadie. Aquellas hojas secas le habían salvado la vida.

La partida se vio así demorada. El camino recorrido aquella mañana bastante menor que en los días precedentes, se hizo en vigilante silencio.

Con la noche, el nuevo campamento, aunque malo por falta de pastos, se instaló ante la posibilidad de otras condiciones peores adelante; imposibles de anticipar con la oscuridad que se instaló de golpe, cuajada de relámpagos y estampidos sordos. No se veía la punta de la nariz de cerrada que estaba. Se confiaba en que con todo ese furor celeste, el temor atávico indígena los mantuviese en sus apostaderos, dejándolos tranquilos.

La voz de Mac Lean alertó claramente a todos cuando impuso silencio.

El golpe regular de los cascos de un caballo se escuchó claramente entre los truenos, como así el relincho que diera el animal al olfatear a los del grupo, que de inmediato respondieron. Venía del sur este y continuó su galope, sin detener la marcha, pese a que el jinete debió percatarse de la presencia humana por el reclamo repetido que le brindaran los animales.

- Por la velocidad, es un correo. Pero, ¿a dónde? -
inquirió Mac Lean.

- ¡Al infierno! - acotó Moore - Debe ser un bombero del Inglés. Nadie se interna en esa dirección, ¡sino tiene asegurada la existencia con el propio diablo! - agregó.

- No solo eso. Sabía que nos hallamos aquí y quienes somos. De otro modo, hubiera variado el ritmo de marcha, por mera curiosidad, o se hubiese acercado, ante el saludo de relinchos. - agregó Alexander Mac Lean. Las armas se relajaron nuevamente. El misterio continuó.

Así, con esa sola alternativa, la marcha prosiguió al clarear. Tuvieron que matar un par de animales agotados, como tributo a las naturales deidades telúricas, ávidas de sangre, que habían venido reclamando sacrificios desde el comienzo. La partida se desarrollaba a fuerza de voluntad, bajo una fina llovizna fresca.

Como el aire, las cosas cambiaron con el día vigésimo de marcha entre montes y esteros. El arribo de un carro con víveres de refuerzo, cambió abruptamente el tono de la jornada.

Por los informes recogidos de los recién llegados y de los prisioneros utilizados para obtener las referencias que permitieran diferenciar los parajes, determinaron que la columna se hallaba a la altura de la comandancia del Rey.

Moore levantó la mano en señal de alto. Los jinetes se cerraron .

- El Rey debe quedar para allá - dijo señalando al oeste. No muy lejos. Les ruego no levantar la perdiz. No quiero

que se percaten de nuestra presencia. Parece que nuestra campaña no ha caído muy bien a las fuerzas de línea. No tienen ni tenemos la culpa de su incapacidad para responder a las demandas ¡Están huérfanos de todo! ¡Menos de gente, por cierto! - recalcó otra vez. Obligado y Jobson están en la otra margen - en Entre Ríos - y son la única garantía nuestra. Así que no vale la pena explicar nada a sus subordinados.

- ¡Já!, cada vez tienen más, con las campañas políticas y las revoluciones, hora a hora es mayor el número de opositores movilizados, ¡para que no participen en esas lides! ¡Después de lo de Oroño! ¡Querer despojarlo de sus fueros! - agregó Sager, evidentemente furioso por esos manejos tan comunes.

Dejaron a un costado aquella comandancia. El leve cambio de rumbo los alejaba de San Gerónimo del Rey.

-Leonhart, vaya con cuatro hombres hacia La Vanguardia y por favor, infórmele a Vattray de nuestro cambio de rumbo y sus causas. Agradézcale su atención. Asegúrele y asegúrese que lo comprenda, que estamos felices por su aporte ¡Ah!, destaque que le devolvemos a Andrieux sano y salvo, todo enterito, ¡con su conocimiento completo! - dijo Moore mientras abrazaba al valeroso francés que, a lo largo de los días, no terminó de disculparse por el comportamiento de los indígenas que trajo. También el criollo Frutos se despidió de todos con un fuerte apretón de manos, anticipando estar dispuesto a

participar nuevamente de cualquier incursión que se organizara.

- ¡La vida en el obraje no tiene ni el atractivo ni la gracia de una partida como ésta! - aseguró aquel valiente. - Debo cobrarme el rapto de una hija hace dos años - aseveró tristemente.

Las manos levantadas fueron por largo rato la despedida sentida que esos hombres brindaban a sus pares, mientras se perdían en el polvo del galope.

Los prisioneros, en el carro, cuchicheaban admirados mientras se entrechocaban por las características del vehículo en que viajaban. Era la primera vez que dejaban de hacerlo sobre sus propios pies, o a lomo de caballo.

La risa hacía aparecer festiva aquella caravana que con magros resultados, volvía a sus lares.

- Me hubiera gustado visitar la Vanguardia - acotó Kauffmann. - Tengo noticias de su progreso. Se dedica a la explotación forestal. Cuenta con algunas máquinas a vapor recién instaladas y varias sierras circulares y verticales.

Inocencio lo miraba asombrado. Le parecía mentira que a esa altura de la frontera, pudiese mantenerse alguien a fuerza de coraje y trabajo organizado.

- ¿Será posible? - interrogó.

- Sí. Bajo la férrea dirección de Vattray. Le contestó Kauffmann, mientras repasaba mentalmente la descripción

de Andrieux, en sus reiteradas conversaciones del tema, en los días pasados. En las que no dejó de recalcar las muchas veces que debieron romper el cerco tendido por los indios, con ayuda del legendario Coronel Obligado.

El día abrió su abanico azul, amplio, de horizonte a horizonte. Les sonreía en las flores que empezaban a mostrarse en aquella temprana primavera que, si bien fresca aún, casi fría, les brindaba por fin la caricia de sus días soleados.

Dejaron atrás la casa de Vernet y buscaron la de Thomas Moore para dejarlo junto con los prisioneros. Sus galpones eran seguros.

- Tu casa ofrece menos peligro para las personas. Es adecuada. Podrán en ella permanecer un par de días estos salvajes. Creo que no ofrecerán resistencia. Han demostrado en el trayecto un placer inesperado. Viajaron "en primera" - decía Will a su sobrino que cabalgaba a la par. - Ayúdale a tu padre. Ustedes y los peones se las arreglarán.

- ¡Vaya regalo, tío! - exclamó el hombre joven orgulloso por la misión.

- No queda otro remedio. Viste como son las mujeres. Por aguerridas que fueren, no saben tratar con salvajes y, mucho menos, cuando se trata de un grupo mayoritario femenino y sus crías. Las otras casas tienen demasiadas polleras.

- ¿Estas cansado, tío? - inquirió el otro.

- No es cansancio Med. Agobia la frustración. Haber tenido cerca al causante de nuestros males y a su banda y no haber podido darles su merecido. Pero ya verá. En pocos días, antes que el entusiasmo se enfríe, les volveremos a caer. Esta vez sobre seguro y con la sorpresa...

- ¿Viste tío el daño que hicieron a las colonias en nuestra ausencia?

- Fue menor. Sólo sustos y unos pocos animales robados en Mal Abrigo, Alejandra y Galencia. Eso de última y por que se enteraron de nuestra ausencia. Pero lo pagarán pronto. La misión no está totalmente cumplida. Y la terminaremos, Med ¡Volverán con nosotros los pequeños!

La comitiva detuvo su marcha frente a la elegante casa de dos plantas que se erguía orgullosa, con sus ladrillos rojos de molde y su techo de tejas a dos aguas, casi sobre el río, con una magnífica vista a la curva que el mismo daba antes de perderse detrás del monte situado a unos dos mil metros al sur este. Un poco a la derecha, la casa de Mac Lean se dejaba ver también rojiza, contrastando con el lujuriente verde florecido del paisaje.

El único que desmontó fue Grobet. Los demás esperaron pacientemente a la sombra del gigantesco jacarandá que bordeaba la huella doble que venía de Alejandra.

- ¡Adelante Juan! - le dijo William, que se apartó de la puerta para recibirlos. - Los esperaba ¿No se apean?

- No Will. Pretendemos seguir viaje de inmediato. Se va a hacer tarde y queremos estar en Helvecia a una hora prudente por razones de seguridad. ¡No sabemos qué sorpresa pueden depararnos estos en el monte! - le respondió mirando el carro repleto de caras que observaban curiosas la construcción y aquellas mujeres rubias, que empezaron a salir despacio por la puerta principal. También con la curiosidad pintada en el rostro.

Dio un beso a Winnie, a sus hijas y comenzó a cabalgar a la par de Grobet que ya había iniciado la marcha.

- Llevarás la voz cantante, Juan. Ya que estás a cargo del diario de la expedición. Tendrá que servir de informe a las autoridades del gobierno. ¡Estarás a cargo también de las cosas menores hasta cerrar las cuentas! Estoy cansado de todo.

- ¿Hasta cerrarlas?

- ¡Bueno, es una forma de decir! No lo tomes literalmente. Ya lo lograremos en su momento. Lo verás. ¡Lo haremos! - respondió Will, riendo.

El carro marchaba precedido por tres jinetes vigilantes para evitar sorpresas y antecedido por dos, también alertas.

Will y Grobet, cabalgaban ora con uno, ora con otros, para tratar de mantener el ánimo en la poco grata tarea de entregar el saldo y rendir cuentas.

- Las cosas están poniéndose difíciles. Ha llegado a mis oídos, que el gobierno está siendo presionado para que nos retire su apoyo - comentó Grobet.

- ¡No puede ser! ¡Les hemos dado más de lo que esperaron nunca! - le respondió Will.

-¿Y..? Nos hemos convertido en una espina. Empiezan a no tolerar nuestro éxito, aún con cosechas malas por la sequía y la langosta. Helvecía está pujante. Ni que hablar de California, Galense y Alejandra. Hasta la misma Eloísa marcha a pleno pese a su poca gente. La Francesa se está organizando y comienza a producir también ¡Eso molesta!, principalmente por que somos extranjeros, con otras lenguas y otros credos.

- Ellos no son nativos tampoco. Han tenido que pelear fuerte. No olvides que, si no fuera por nosotros, tendrían la frontera hostil a pocas leguas de la ciudad.

- No les importa, salvo a unos pocos hacendados que tienen sus campos por aquí y les conviene que mantengamos lejos al indio, mientras estemos en el límite. A los otros les calientan los agricultores, el alambrado, el juego político implacable en que encuentran sumergidos, que se les va de las manos.

- ¿Será?

- La sed del poder los enceguece, haciéndoles perder la perspectiva de la situación y el sentido de sus consecuencias.

- ¡No es fácil la cosa! - agregó Grobet.

- ¡Claro que no! - afirmó Will. Pero no se puede vivir así. Por eso voy a Santa Fe. Quiero hablar con los responsables de tanto desatino. No ven lo evidente. Desconocen el jardín por tratar de mantener los cardos.

- Están acosados por las luchas intestinas.

- ¡Insisto! No se puede vivir en un país desgarrado por el odio. Y aquí lo hay, ¡y mucho!

- ¿No exageras?

- Se maman viejas rencillas familiares desde la teta materna. Se las acuna en las ruedas de mate y se las aviva con los romances despechados y negocios frustrados. Es el ocio del poder, la siesta descansada, todo ese tiempo hueco a la sombra de los naranjos, de los paraísos, de las magnolias, lo que lo alienta.

- ¿No será que la sangre arde y mata en un juego vano de caballeros fuera del tiempo? - preguntó Grobet a su vehemente interlocutor.

- Las ideas solo visten ese odio. Lo disfrazan de madurez, lo blanquean de razón. Lo dejan bruñido para el consumo común, mientras lo oscuro se abre en las entrañas, campeando en esos espíritus, ¡poseídos por quién sabe qué atávico legado indomable de señorío ofendido!

- Creo que tienes razón. He estado leyendo algunos ejemplares aislados de La Capital, que han llegado a mis manos. En los cuales me sumergí, más para familiarizarme con el idioma que para seguir los vericuetos de esos intrincados dimes y diretes de Santa Fe y Rosario, o de Rosario y Santa Fe, en este caso. Te puedo asegurar que es cierto. Resuman veneno entre líneas si es sobre la oposición y ambrosía, cuando del grupo de ellos se trata.

- No hay dudas. Son de temer los parlamentos convocantes. No por lo que traen en sí, sino por lo que esconden, o tuercen, o callan.

- No te extrañe. La verdad violada corre en susurros por estos lares y, a veces, no muchos están alertas o se hacen los distraídos.

Avanzada la tarde, comenzaron a transitar por los campos de Helvecia. La actividad era notable. En varias oportunidades hubieron de detener la marcha para saludar a algún conocido, o brindar una rápida explicación sobre la razón de ese cortejo extraño, marchando al sur, empujado por el norte que no cejaba, como atado al carro.

Se les arrimó un sulky, cuyo conductor se quitó el sombrero y saludó a Grobet:

- ¿Cómo le va don Juan?

- ¡Pero caramba!, si es don Manuel Luvi - respondió éste sorprendido. ¿Qué hace por aquí, lejos de su escuela?

- Estoy haciendo proselitismo; proselitismo pedagógico, ¡por supuesto! - le respondió el nombrado sonriendo.

- Le presento al capitán Moore, aunque creo que lo conoce, ¿verdad?

- Sí. Alguna vez nos hemos visto en algún cruce.

- Es un placer saludarlo, señor - dijo aquél extendiéndole la mano. El saludo fue prontamente retribuido con un fuerte apretón por parte del maestro.

- ¿Qué tal la escuela?

- ¡Oh..! ¡La escuela es una bolsa de gatitos que gruñen en alemán, italiano, inglés y español! Para colmo de males, mixta. Así que, de seguir esto, ¡tendremos rubios de ojos negros y negros de ojos azules! - exclamó el maestro contento por la oportunidad que se le brindaba, de explayarse con alguien de afuera de la colonia - ¿Siguen viaje a caballo? Por qué no toman el barco que sale en un rato cargado de granos, para Santa Fe? Es el Teresa.

- No con esta carga - respondió Moore - No podemos agregar una preocupación más a la gente. Para colmo, nadan como peces los salvajes. Se han criado en el monte, a la ribera de bañados y lagunas. No olvide que cazan patos tirándole de las patas, sumergiéndolos ¡Mire si nadan! No, ¡con ellos no!

- Es cierto, no se me había ocurrido. Bueno, ¡hasta la vista! Saludos a su gente - dijo dando marcha a su vehículo

que se perdió por entre las chacras, mientras ellos también avanzaron.

Se encaminaron a lo de Kauffmann. La casa grande ahora habitada por su madre. Sabían que los esperaban y habría de acogerlos por esa noche.

La mano levantada de los colonos que se erguían en el sembrado o detenían su arado y saludaban en distintas lenguas, era cálidamente respondida con un agitar de sombreros y una sonrisa amplia, afectuosa, llena de fe y esperanzas.

Bordearon Cayastá, el primitivo lugar de fundación de Santa Fe. El viaje se les hizo pesado en la monotonía de las tierras bajas que los separaba de Santa Rosa de Calchines. Nada a la vista. Solo los montes del otro lado del zanjón, hacia el valle del Paraná. A veces, por los caprichos meandrosos del viejo río, del San Javier, la marcha los va aplastando contra el terreno blando de su margen derecha; tierra arenosa, sin árboles en los alrededores. Las repetidas inundaciones que cobijan su baja altura, no permiten el ciclo de ejemplares destacados, salvo alguno que otro en las pocas lomadas que se sugieren hacia el oeste. O unos contados ceibos jóvenes que verdean intensamente.

A las dos reinician la marcha y siguen tercamente la Cruz del Sur que juega adelante escondida por el Sol.

Las primeras arboledas de la zona rural de Santa Rosa de Calchines se insinúan lejos, desdibujadas por la resolana. El fresco y el descanso quieren forzar la marcha. Deben realizar un esfuerzo para no salir al galope en su búsqueda. Los animales, después de la cabalgata, no lo soportarían. Toman su tiempo, entregan un trote lento. Para colmo, deben eludir las cuevas de los angullaces, esos ratones quejosos que hacen escuchar su grito particular en la arena. Como si la entraña de la tierra gimiera ásperamente por ser hollada. El "tucutú" grave, los acompaña por un tiempo.

El rito solar les marca las marchas y descansos. Con la caída de esa tarde, enfilan a las tierras del comandante Romero, donde también tendrán acogida. La última, antes de arribar a Santa Fe y cerrar un ciclo que ya lleva demasiado tiempo.

- A esos llévenlos al galpón - ordenó el dueño de casa, agregando - Los muchachos cuidarán de que estén seguros y no les falte lo necesario.

Los no comprometidos con la maniobra fueron invitados a ingresar a la galería en sombras, donde los esperaban con vasos de limonada fresca y alguna ginebra traviesa. Hasta ese lugar, llegaba el acre olor de la madera quemándose. De las ramas de un algarrobo, colgaban dos medios corderos, que habrían de brindárseles como cena.

- Así que no les ha ido muy bien que digamos - dijo Romero.

- En verdad, no, comandante. - respondió Grobet, celoso de su provisional cacicazgo - ¡Las cosas se han dado de nalgas!

De esa manera comenzó de nuevo otra relación de lo acontecido; que ya comenzaba a cristalizar en la memoria de cada uno, como acusación permanente por las faltas y excesos, por lo actuado y lo dejado de hacer. Pero eran corrientes interiores y las palabras, no dejaban que aflorasen los sentimientos encontrados que los embargaban.

Otro día, otra marcha. Ya los naranjales de San José del Rincón van quedando a un costado.

La nube de polvo del grupo de milicianos que los alcanzó se disipó de a poco. Al ver de quienes se trataba, la curiosidad hizo que los acompañasen un buen trecho. Esa noche, en las ruedas del lugar, se comentaría el paso de ellos, los valientes expedicionarios al Gran Chaco.

No debían ser mucho menos de las siete, cuando arribaron a Santa Fe, bordeando la laguna. Tomaron por un costado, tratando de evitar la calle al centro, bastante transitada. Los jóvenes y los niños, que aún podían permitirse un último juego, se iban turnando para hacerles de séquito, mientras corrían en torno del carro con su humana carga cobriza.

- ¡Mirá abuela! - gritó uno asombrado. - ¡Indios, abuela! Son indios del norte ¡Mirá!

Arribaron a la casa de Patricio Cullen, donde los pusieron a buen recaudo para su entrega a las autoridades al día siguiente.

Los aborígenes están atemorizados por tanta gente. Mareados, se dejan conducir mansamente por sus captores, a dos piezas del fondo de la mansión, donde son encerrados. Serán posteriormente distribuidos entre familias de Santa Fe y Rosario "para una civilizada reeducación". Engrosarán así el nutrido grupo de servicio doméstico barato con que cuentan las mismas que amparará muchas maternidades mestizas.

El fresco, traído por una suave brisa del río plena de aromas y murmullos insectales, envolvió la ansiosa reunión armada a su alrededor.

- Bueno mi amigo - le dijo Patricio Cullen a Grobet - Afuera está mi gente para acompañarlos hasta la Jefatura, donde serán recibidos. Yo no voy. No tengo posibilidades de hacerlo. Lamentablemente me esperan en la estancia y debo partir enseguida ¡Negocios son negocios! Me hubiera gustado hacerlo pero, ¿¿qué se le va a hacer?!

- No importa don Patricio. Es una lástima pero no importa - Gracias por su ayuda. Contamos con usted para que nos apoye en nuestras gestiones. En el Pájaro Blanco la cosa es difícil y las cosechas no siempre son buenas ¡Se nos ha venido la langosta!

- No se preocupen ¡Cuenten conmigo! - insistió. El apretón de manos marcó la separación y aquel hombre tan particular, emprendió la marcha por la calle polvorienta.

-Monseñor- decía el gobernador al prelado que lo apuraba, promoviendo decisiones drásticas contra los herejes que se estaban posesionando del país - es imposible. No podemos retornar a la Iglesia su potestad de inmiscuirse en las cuestiones civiles. Ocasionaríamos un daño terrible a la sociedad en general que se ha organizado así y a la propia Iglesia en particular. Usted mismo me decía que han proliferado los templos de otros cultos en todo el territorio. Ellos tendrían también ese derecho. Vienen, se instalan y adquirirían esa potestad. Todos clamábamos por que las cosas fueren así ¡Es el precio del progreso!

- No, ¡de ninguna manera! ¡Es la suerte del anticristo! - respondió - ¿No me diga que se ha vuelto Oroñista ahora?

- Por favor, Eminencia, no ofenda - insistió Bayo tratando de calmar la figura de rostro congestionado. La pasión lo dominaba. Lo infructuoso de su nueva gestión en procura del retorno al estado de cosas anterior, lo sacaba de quicio. La ley del matrimonio civil era un puñal clavado hondo, producía heridas imposibles de restañar. Pero era la ley y no durante su gobierno ¡Que le pidiera cuentas a Oroño por eso y a Sarmiento por las maestras extranjeras!

- ¡La potestad es divina!

- En el cielo, señor ¡En el cielo! Aquí en la tierra, tendremos que seguir viéndonos con todos esos. En favor no solo de ellos, sino de ustedes, de nosotros, para una paz duradera, tendremos que contemporizar. - insistió el estadista.

- ¿Con el diablo? ¡Nunca! - expresó evidentemente molesto.

- No, por favor, ¡comprenda! Son otros hombres igualmente débiles al fin. Otras costumbres. Han colmado de tranquilidad estas tierras. Trajeron progreso. Amasarán riquezas que también compartiremos. Ya lo verá ¡Nuestras arcas se robustecen!

- ¡Treinta monedas! Usted me da penas ¡Siento un dolor profundo por su alma! No lo permitiré ¡Mañana mismo enviaré otro despacho al Primado poniéndolo nuevamente en antecedentes de esta situación intolerable! ¡Nos van a gobernar los protestantes! ¡Insólito!

-Vea. Tranquilícese. Imagine qué sería de nosotros si se multiplicaran los conflictos como en San Carlos. Piénselo. Hubo que dividir los hijos, para dar satisfacción a dos madres ¡No puede ser! ¡Los salvajes terminarán reinando!

El prelado lo miró furioso. Un rictus particular se dibujó en sus labios, fue reprimido de inmediato. Demasiada experiencia tenía en política de altura, para dar a conocer sus reales sentimientos.

- Gracias, señor Gobernador - dijo sarcásticamente parándose y dándole la mano. Salió del recinto sin mirarlo.

Cruzó sin saludar por entre los dos extranjeros rubios que aguardaban en la antesala.

El propio gobernador se asomó y, suspirando, los enfrentó.

- Pasen por favor. Pasen.

- Es un placer señor - dijo Grobet.

- De igual modo - agregó Moore, dando la mano al mandatario. La figura corpulenta, señorial, del mismo era digna y siempre sorprendía a las personas que lo entrevistaban. Sus ojos firmes y su frente ancha, inspiraban una natural confianza. Había que mantenerla a raya para evitar pasarse, dado su bien ganado prestigio de habilidad para manejarse en los negocios de la política, no siempre favorables a sus interlocutores.

- Veamos, cuenten. Cuenten, por favor - decía sonriéndoles e invitándolos a ubicarse en sendos sillones que enfrentaban el escritorio lleno de papeles, ornado con un inmenso tintero de cristal con el escudo de la provincia. Pese a lo que aseguraban los opositores, la sagacidad y la seguridad de ese viejo zorro político, imponían respeto, mal les pesara a los amigos de Rosario que no paraban en medios para tratar de desplazarlo. En particular Oroño. De él surgieron las ingentes gestiones para obtener su desafuero. La lucha sorda continuaba sin pausa y aquí, o en aquella ciudad del sur, de tanto en tanto algún simpatizante de una u otra línea, aparecía cruzado en la acera. No durmiendo la mona, precisamente. Fueron planteados los problemas y renovadas las promesas y buenas intenciones.

Pero los colonos salieron del despacho, con la misma carga de incertidumbre con que ingresaron. Eran conscientes de que la situación por distintas razones, ya nacionales, ya lugareñas, era difícil para todos. Fuera del apoyo y alguna ley especial que prometió impulsar, el gobernador se ciñó a las condiciones de siempre. No pudieron avanzar un paso. De nada valieron los argumentos del éxito de la campaña al Chaco, la riqueza y el tributo al fisco.

- El estado es un herido serio. Sangra por todos lados. No le infligré una lastimadura más ¡Aunque fuere pequeña! La presencia de Santa Fe se hace sentir en todas las provincias, para bien o para mal. Ello no por mera conversación. No nos olvidamos de ustedes. Acabo de defender su causa ante el tribunal divino - dijo sonriendo, mientras los acompañaba hasta el despacho del secretario. - No imaginan el esfuerzo que hacemos por ustedes. Ya vendrán tiempos mejores. San Javier y el Pájaro Blanco habrán de cambiar. Si resultan las gestiones que efectuamos para radicar un nuevo y nutrido contingente en la zona, lo hará. Esta vez de italianos.

- ¿Italianos? - inquirió Grobet.

- Sí. Católicos - respondió el gobernador sonriendo maliciosamente - ¡Debemos equilibrar la balanza! Si no lo hacemos, se nos va a venir el Vaticano encima.

Todos sonrieron y se despidieron de igual modo.

- Viejo ladino - decía Grobet a Moore mientras bordeaban la plaza por la vereda del Cabildo, hacia la calle

Comercio. En el Registro los esperaban unas gestiones de tierras fiscales. En particular por una isla que interesaba incluir en el patrimonio de California para seguridad de la colonia. Era alta, cubierta de montes y seguro refugio hasta entonces del salvaje. A ella volaban los pensamientos, mientras la Santa Fe en primavera, tenía un algo especial que la distinguía de todas las ciudades virreynales que perduraban en espíritu, pese a los cambios de época y de regímenes.

Alguna dama donosa, el tránsito cansino de los jinetes para no ser multados por la velocidad que levantaba polvo y molestaba a los vecinos, rompía esa bella y luminosa majestad de postal, que la caracterizaba. El olor dulzón a leche, azúcar y vainilla cocidas en cobre, que salía de una panadería, les llenó las fosas nasales, haciéndoles desear un buen café con alfajores. Apuraron el paso...

CAPITULO LIII

DE PALACIO

- Pero señor gobernador, no puede darle a los cullistas una herramienta poderosa, como la que se propone

otorgar usted haciendo lugar al pedido que le formularan los norteamericanos, para establecer una colonia militar en el Pájaro Blanco, entre el Saladillo Dulce y el Amargo ¡Piénselo!

- No Pizarro. No es así. Le falta mucho aprender a Usted - decía Bayo a su Ministro - Las cosas no son lo que parecen ser, y menos en política. Eso no tiene importancia. Lo gravitante aquí es lo que realmente puedan hacer, hacia donde nos lleva su acción ¡Usémoslos!

- Pero señor. Usted bien sabe que ellos están metidos con patas y todo con los liberales. Basta que Oroño les diga que se tiren al río...

- Espere. Espere, ¡no se apure! Tendrán nada más que una ley. Un trozo de papel que no agregará nada de poder en sus manos. Sí, un eslabón fuerte a la cadena que los ata al gobierno constituido, a éste. No debe olvidar que han respondido a nuestra requisitoria; prácticamente sin mayores erogaciones para el tesoro, ya hemos concretado tres incursiones al corazón de la tierra de nadie, al Gran Chaco maldito. Ellos asumieron los riesgos. Jugaron su pellejo. No tomaron venganza por sí. Entregaron los prisioneros al gobierno. Ya se distribuyeron entre familias de Santa Fe y Rosario, para facilitar su inserción en la vida civilizada. De los interrogatorios surgió que no fueron maltratados durante su cautiverio. Se portaron mejor que lo esperado de una tropa irregular, sin la disciplina de las milicias ¡No quiero ni pensar que hubiese sido de esas indias jóvenes y bellas, en manos de los regulares! - acotó sonriendo.

- Pero...

- ¡Nada de peros!, caramba. Traiga ese mensaje a la Cámara, que se lo firmo de una vez - ordenó categóricamente, sin lugar a otra respuesta. Le fueron alcanzados los papeles. Tomó la pluma, asentó la rúbrica y los devolvió para que hiciese lo propio el contrariado ministro.

- Firme Pizarro ¡Cualquiera diría que nos va la cabeza!
- exclamó riendo.

Cuando lo hubo hecho, tomó nuevamente los papeles en su mano y guardó silencio. Miraba por la ventana la mañana que transcurría aparentemente tranquila, derramándose sobre los naranjos de la plaza de enfrente.

- Dígale a Foster que no haga nada sobre esto sin que la ley esté dictada. Aunque ello ocurrirá pronto, veré que así sea. Y por supuesto, sin previamente comunicarme cualquier cosas antes de concretarla. En particular la cesión de las tres leguas de tierras fiscales para esa supuesta colonia ¡Colonia militar les voy a dar yo a esos!

Los chasquis entre los despachos iban y venían trayendo y llevando papeles. Aquellas eran las agujas con que diligentemente se tejía la trama del acontecer burocrático y echaban a volar las sucias palomas de los chismes, que nutrían las ruedas de mate y las mesas de café. Uno de los temas obligados fue el celo del gobernador por crear una colonia militar en el norte. Y hasta no faltó

quien pretendiendo hilar fino, aseverara que bien podría tratarse del paso del mismo a las fuerzas de los liberales. Temprano, uno de ellos particularmente agitado por el apresuramiento, ingresó a la Secretaría gubernamental. Enfrentado al Oficial Mayor le entregó un mensaje lleno de sellos y firmas.

- Señor Pérez - dijo entrecortadamente por la agitación, haciendo evidente que su corazón no respondía en forma. Aquí traigo la ley que le preocupaba al señor Gobernador. La Sala de Representantes de la Provincia acaba de sancionarla. Sírvese la copia oficial.

-Gracias. La haré llegar de inmediato - le respondió el secretario mientras lo acompañaba hasta la puerta. En ese instante ingresó a la oficina un señor vestido de gris, que muy serio inquirió por el mandatario, acomodándose el moño.

- Buenos días señor Ministro. El señor Gobernador está reunido con el doctor Pizarro ¿Quiere ingresar?

- No, ¡por favor! No mezclemos las aguas ¡Avísele nomás que aguardo! - respondió sentándose en uno de los amplios sillones que bordeaban la pared. No quería interferir el accionar de su colega, en quien confiaba por ser amigo personal.

- ¡Pase de la Torre, pase! - dijo el propio Bayo asomándose por la puerta entreabierta de su despacho - ¡No se quede ahí hombre!. - Le reclamó, agregando una vez que hubo ingresado: - ¿Vio mi estimado? ¡La cosa empieza a marchar! Les hemos dado nada más que intenciones, y ya

comienzan a efectuar los ajustes en el balance de fuerzas. Como si esta hoja - decía agitando los papeles al aire - tuviese la virtud de materializarse en fuerzas organizadas y combatientes ¡Tontos, reverendamente tontos! - exclamó riendo gozoso. ¡Qué jugada! ¡Como deben sentirse los partidarios de Oroño!

La situación no era fácil. El timón estaba comprometido por corrientes de las más encontradas y fuertes. Pero no vaciló. Quería debilitar a sus propios adversarios, apoyando abiertamente a quienes tenían un cierto grado de peligrosidad y ascendiente en el pueblo, para desorientar y aprovecharse de los distraídos. Se restregó las manos. El diario La Capital había estado especialmente virulento. Llamaba a la rebelión desembozadamente. Cerró el periódico y se dirigió a quien en ese momento compartía el café con él:

- Vio González. ¡Se están mordiendo la cola! Ante la imposibilidad de dar el cuartelazo, ya que la Milicia es nuestra, promueven la rebelión abierta. ¡Pobres diablos, la que les espera si se largan!

- Tiene razón señor - fue la respuesta provocada más por la necesidad de atemperar el miedo, que por la convicción. No podía desconocer el potencial de los adversarios políticos.

- ¡Y pobres de los que los sigan! - Insistió el Gobernador, ordenando: - Haga llamar al coronel Hernández, a Carrasco y a Rodríguez. Nos reuniremos

mañana en mi despacho, con Leopoldo Nelson. Vea también si puede hacer venir a Pascual Rosas y a los Comandantes Ramírez. No importa en lo que anden. Que vengan mañana. ¡No!, mejor pasado, así tengo el tiempo suficiente para reunir los otros elementos y pensar con tranquilidad la estrategia futura.

- Sí señor Gobernador, ¡ya mismo me ocupo!.-

-Bien, ¡vaya nomás!

El hombre salió dejando la taza a medio terminar. Bayo se paseó por el centro de la estancia con pasos nerviosos. Su otro Ministro, que había seguido la escena en silencio, continuó observando ese deambular satisfecho.

- Vio Pizarro. Hicimos bien en concentrar en San José del Rincón la Guardia Nacional de Helvecia y Santa Rosa. No las íbamos a dejar al alcance de las manos de los liberales. Ellos son fuertes en esos distritos. Tienen ascendencia con los colonos ¡Pobre gente! Mientras tanto, dejémoslos ir, ya que no podemos frenarlos todavía ¡Se van a poner solos la soga al cuello!

Fueron interrumpidos por el oficial mayor que les anunció la presencia de los negociadores del Banco de Londres.

- Dígalos que aguarden o hágalos atender por la gente de Hacienda. Ahora estoy muy ocupado. Ellos tienen precisas instrucciones sobre como actuar en la emergencia, sabrán recibirlos ¡Malditos tramposos! - exclamó indignado, no pudiendo contener su ira al recordar las

veces que se dio contra la pared tratando poner en caja el manejo discrecional que de las finanzas hacía ese banco, con su emisión en moneda boliviana. Al punto que, casi desencadenó un conflicto militar de proporciones. - ¡No, no los atenderé, que diablos! Se han volcado de lleno al lado liberal, financiándoles sus escaramuzas. Nos volvieron la espalda en créditos, obligándonos a crear nuestro propio banco. No se van a salir con la suya. Santa Fe cuenta ahora con banco propio ¡En eso tiene razón Iriondo!

- Como usted disponga, señor gobernador- respondió el diligente empleado.

- ¡Un momentito..! A propósito, que esté presente la gente del Banco Provincial en las reuniones que se realicen. Les haré morder el freno. ¡Aprenderán la lección de una vez! Pizarro, por favor vea que así se haga. Que asistan personas duchas en refriegas palaciegas. No entregaremos el fuerte, ¡y menos a ellos! - recomendó visiblemente alterado. No pocos dolores de cabeza le había dado la cuestión económica y el cambio de moneda en marcha.

Por si fuera poco, a los múltiples problemas, se agregaba hoy en el despacho el informe perentorio de Antonino Alzugaray, planteando la crítica situación en la Comandancia de San Javier, para la que pedía gente, fondos, armas y la pronta instalación de los italianos en la localidad. Le preocupaba el avance vertiginoso de las colonias de los alrededores, mientras que la población de la antigua reducción, moría de muerte natural, arrastrando

consigo a la toldería que la asfixiaba. El pobre comercio de cueros de yacaré y plumas de garza, no podía constituir factor de progreso para el mísero villorrio polvoriento, base cierta de prosperidad para dos o tres bolicheros inescrupulosos, que se aprovechaban del indígena, malpagándole el esfuerzo que hacían los pocos que querían vivir de su trabajo.

Las cuestiones de la frontera le preocupaban. Sabía que constituían un factor desestabilizante que era necesario conjurar, si deseaba seguir el programa de poblamiento en que se había embarcado la provincia buscando neutralizar la acción negativa de los indios montaraces y los gauchos alzados, que compartían el territorio con ellos ¡Esos matreros también contaban y mucho! La milicia no daba a basto. El manejo político la comprometía por entero, más allá de las fuerzas propias y sus fines naturales.

- Dígame - preguntó a su ayudante - ¿fué Alzugaray el que pidió el nombramiento del español Manuel Argüelles como Teniente Juez en San Javier?

- Sí señor - le respondió. Ahora requiere el cambio de residencia de ese funcionario. Pasar el Juzgado desde la Colonia Francesa, donde se desempeña, a San Javier, dado que las colonias del norte son más ricas, pobladas e importantes.

- ¿Qué opina usted?

- Comparto ese criterio, señor Gobernador. La atención de sus obligaciones a distancia, atenta contra el normal movimiento de la gente del lugar. Evita el progreso de ese pueblo de indios. Habría que atenderlo. Estaría la oficina en un punto equidistante.

- ¡Está bien! Haga lo necesario y tráigamelo a firmar. Hombre extraño este Alzugaray. Lo conocí cuando lo hice apersonar en oportunidad de un viaje a esta ciudad.

- Creo que fue a comienzos de año, señor.

- ¡Tiene razón! Ahora lo recuerdo. Me sorprendió su actitud. Venía de desembarcar del "Quinto de la Helvecia", cuando al enterarse de mi requisitoria, con su hijo y su equipaje ligero, ¡se vino directamente para mi despacho!

- Así es. Nos reímos en su momento de su servicial diligencia.

- ¡No era para eso! Me conmovió el esfuerzo que hacía para darle una educación al muchacho. Lo desarraigó de la toldería para injertarlo en el Colegio Inmaculada. Confieso que me sorprendió su persona, ¡y eso que estoy acostumbrado a ver gente de toda laya! Sin embargo, debo confesarle que me produjo un sentimiento especial su integridad. Vea de hacer algo por él, lo que se pueda. Piense que hasta le paga el sueldo a sus cuatro pobres milicos, cuando nuestro exprimido tesoro se demora en hacerse ver por allá ¡Vaya hombre! ¡Necesitamos de muchos Alzugaray para sacar esto del pantano!

- ¡Sí, señor!

- De paso, trate también que venga en el transcurso de la semana próxima. Quiero entrevistarlo para interiorizarme de la situación con los colonos. Ahora que lo pienso, es el único en quien puedo confiar allí. A los otros los conozco bien, como para confiar totalmente en ellos.

- Bien señor. Enviaré por él en el próximo barco a Helvecia, con el correo habitual.

- Eso es todo. Gracias, ocúpese nomás. - dijo el gobernador. Volvió a la ventana para entretenerse por unos minutos con las hojas que eran sacudidas por una falda floreada que se desplazaba hacia calle San Jerónimo, agitada rítmicamente por una dama bella, majestuosa. Desvió la mirada. Temía que ella sintiera su vista en la nuca.

- ¡No tener veinte años menos!, se dijo suspirando resignado.

La mañana cómplice, descorrió una nube para colocar un aura luminosa en el contorno sugestivo de la cintura que se alejaba. Otro suspiro silencioso abrochó el rato en su mente.

En Colonia California, las reuniones se sucedían.

-Alex, ayer estuvo Kauffmann en casa de paso para el sur. Almorzamos juntos y nos anticipó que es inevitable la revuelta. Que el partido de Oroño está siendo traicionado con un fraude muy bien urdido, que se viene tejiendo

desde hace tiempo con la intervención directa de la milicia. Evidentemente, así don Ignacio Crespo, el candidato del partido liberal, no tiene posibilidad alguna.

- ¡Me lo imagino! Cosas propias de toda esta sucia política que los lleva y los trae !Además el candidato de los autonomistas, Simón de Iriondo, está muy arraigado en Santa Fe.

-Sí, en Santa Fe, pero no en el resto de la provincia. Sin embargo van a ganar ¡Han organizado bien la cosa!

- Y bueno, ¡que se las arreglen!; ya te dije que debemos mantenernos al margen de estas rencillas de entrecasa; ¡nada tienen que ver con nosotros!

-No, no es así. Esa gente a la que debemos todo, ha pedido nuestra ayuda para romper con la confabulación electoral. Particularmente, no puedo negársela. Les debo mucho.

- Espera un poco. Creo que el planteo es equivocado. A la política que nos benefició la habían fijado antes y nosotros llegamos en el momento justo para llenar un hueco. No nos esperaban. Iban a convocarnos porque nos necesitaban. Jamás contaron con nosotros. Iban a buscar norteamericanos y justo caímos, ¡como venidos del cielo!. No te olvides que lo pedía la legislatura por presión de la gente y la prensa se hizo pleno eco de ello en largos editoriales.

- Sería una gran deslealtad de nuestra parte no responder al pedido de apoyo que nos hicieron.

- De ninguna manera. Creo que la razón tuya es la simple sed de aventura, que ha llegado a enraizarse en nosotros después de tanto; constituye el motor de ese criterio.

- ¡Por favor! , sabes bien que no podemos negarnos a un pedido de ellos.

- ¿Y nuestras familias? No olvides que somos extranjeros, estamos en tierra extraña pese a todo. Así nos consideran.

- ¡Cuando no nos necesitan! Además, ya somos de aquí. He hablado con los otros y muchos apoyan mi iniciativa. ¡Marcharemos en su ayuda!

- Allá ustedes. Pero creo que cometen un error. Juegan demasiado fuerte a una mano en una partida ajena. Son otros los que barajan, dan las cartas ¡y éstas están marcadas!

El aire se había ido enrareciendo entre ambos y, si bien como siempre que habían discutido con Alexander, no pasaría nada, Will , que lo conocía, prefirió retirarse y dejar que las cosas hablaran por sí. Sabía de antemano que sería apoyado. El espíritu de aquél le impediría apartarse de los cánones de la normalidad. Entendió que él también sentía un gran respeto y admiración por Oroño. Pero no se movería en el sentido propuesto. Se despidió y emprendió el regreso cabizbajo.

Lamentaba que Mac Lean, el Director de la Colonia, no los acompañara.

Conforme lo comprometido, la columna con un grupo de los voluntarios de California, Galense, Alejandra y Romang, marchó el 18 de Marzo hacia San Javier, presidida por Patricio Cullen. Eran las cinco y media de la mañana cuando desmontaron frente al Juzgado, Comisaría y lugar de residencia de Antonino Alzugaray. Golpearon fuertemente la puerta.

- ¡Vamos, vamos Alzugaray..!, gritó uno de los voluntarios mientras asestaba golpes que conmovían la tranquilidad secular del poblado.

El convocado se asomó con preocupación por el escándalo.

- ¿Qué pasa, qué pasa ahora? ¡Ah..!, son ustedes ¿Qué diablos quieren tan temprano? exclamó sorprendido al ver toda esa gente. Aunque en el fondo preveía el origen de la situación, trataba de ganar tiempo, haciéndose el desconcertado. Vio que nada podía lograr solamente acompañado por el Teniente Juez y cuatro milicos que asomaban por detrás, inquisitivos.

- ¡En nombre de la revolución popular tomamos la plaza y exigimos su rendición! - expresó Patricio Cullen de manera contundente.

El hombre hizo un cómico gesto de impotencia y, con cierto desenfado, ingresó a la propiedad seguido por sus captores, para entregarles el armamento

con que contaba para la defensa de la extensa zona a su cargo.

- ¡Oh miren..! - exclamó Sager más que asombrado - Cuatro carabinas, cinco lanzas y cuatro sables ¡Que parque magnífico! ¡Tenemos asegurado el éxito! - manifestó socarronamente.

La carcajada general se hizo una sola recorriendo la fila de los revoltosos. A una seña de Cullen, Ramón García se adelantó.

- En nombre de esta revolución y por disposición de sus jefes, me constituyo en Comandante de las fuerzas de San Javier. Los demás asintieron sonrientes. La tragicómica situación por las circunstancias particulares del lugar, la cantidad de personas comprometidas y las consecuencias de esa acción, convertían al hecho, más en una opereta que en una acción guerrera real.

Hizo subir al comandante Alzugaray a la volanta que los acompañaba y emprendieron galope por el costado de la plaza donde el yuyal reinaba, para dirigirse hacia el oeste. A unos cuatrocientos metros del poblado detuvieron la marcha, acampando a la espera de que se les reuniera el resto de la gente de esas Colonias, comprometido en la partida.

Mientras vivaqueaban, los corrillos cruzaban el grupo con las más diversas versiones de lo acontecido o por ocurrir en otros lugares. Solo con la palabra autorizada de Cullen, se hacía silencio, cesaban las discusiones y todos prestaban atención.

-En estos momentos, la comisaría de Manzanares debe estar en manos de Luciano Leiva. Se nos reunirá pasando Helvecia, del otro lado del Saladillo. Viene con una nutrida columna. Desde allí, marcharemos sobre Santa Fe - decía el caudillo dando ánimos a sus compañeros de aventura.

Se fueron agregando personas al contingente. Algunos criollos y un nutrido grupo de indios capitalizados por sus ayudantes. Los colonos los miraban con un recelo no disimulado. Habían aprendido a no confiar en ellos.

- No se preocupe - le decía García a Moore - Son útiles. Los necesitamos por su número. No son muy efectivos cuando no pelean entregándose por entero, pero están reclutados por dinero y promesas. Servirán de miembros de número, para distracción. No sabemos cómo van a responder los oficiales. Tenemos que estar prevenidos. A ellos los lanzaremos por los costados y abrirán cualquier columna . Serán los primeros . Ya verá qué efectivos son para esa tarea de distracción, ¡como que son buenos jinetes lanza en mano!

-No estoy seguro - respondió Moore, adelantando la marcha para ponerse a la par de la volante que se encaminaba con el grupo hacia la administración de la Colonia Cullen.

Pasado el mediodía arribaron al lugar y se distribuyeron alrededor de los asadores que los aguardaban humeantes, a la sombra de los árboles generosos; abrían su sombrilla fresca.

Desatadas las botas, algunas cananas y dejados de lados los sombreros, se dieron a la tarea de reponer o desechar aguas, mientras los más nerviosos, caminaban en círculos.

El convidado de piedra de ese grupo casi dominguero por su comportamiento tan poco profesional, don Antonino Alzugaray, rumiaba sus pensamientos cuando se le acercó Moore, que también preocupado miraba cada tanto a su alrededor.

- ¿Qué opina Usted, don Antonino - le preguntó.

- ¡Que están locos, irremediablemente locos! - le respondió con profunda convicción. Se van a enfrentar con tropas regulares. Me llama la atención que usted se haya metido en esto, don Moore.

- No pude evitarlo. No es mi negocio, pero eludir el compromiso hubiera sido poco perdonable para mí. Esa gente nos ayudó y pide nuestra colaboración para arreglar sus diferencias.

- ¡Me lo imagino! Es propio de estos lugares actuar de ese modo ¡La extorsión forma parte indivisible de la política criolla! Los dos bandos actúan así. Lo supe de boca del propio gobernador la semana pasada.

Lo miró extrañado. Era la primera vez que aquel hombre se sinceraba con él de esa manera. Le había parecido incapaz de tal vehemencia.

- ¿Está asombrado?

- No, pero...

- Vea mi amigo. Usted es de afuera y no conoce lo que es esto. Salvo muy pocas, no tenemos otras armas que la perfidia, el engaño, las alianzas sospechosas, la traición. No imagina cuanta gente de esta zona fue llevada con artimañas a Santa Fe, ¡con promesas de bienestar! - exclamó riendo, para continuar: - y de allí, movilizada, ¡fue a dejar sus huesos en la lucha con el Paraguay! Se vaciaron las tolдерías.

- No piense que no me he dado cuenta de ello. El manejo es de lo más torcido ¡Pero no creo que llegue a tanto!

- ¡Ya lo verá, mi amigo! ¡Ya lo verá! Lamento que ustedes se hayan metido en esto. No se lo merecían. Esos otros, del fondo del tarro, son los mismos de siempre, partícipes de piedra que solo pretenden vivir conforme sus costumbres, sus prácticas y su leal saber y entender, como en todos los tiempos. A veces, sirviendo a unos o a otros por la fuerza, por convicción, por necesidad, o por mero aburrimento, como lo hubieron hecho anónimamente desde el fondo de la historia. Es el barro que dio de comer a tales y cuales. El soporte real de la casa, ¡pero ustedes en esto!

- ¡¿Qué se le va a hacer?! Cada uno es responsable de su suerte . Lo cierto es que aquí estamos y téngalo por seguro, no aflojaremos.

- Lo sé, ni lo diga. Los conozco y lo lamento! Los de aquí sabemos bien de qué son capaces los políticos.

Cambian las leyes conforme sus intereses, y la justicia, esa justicia tan declamada, es una ficción al servicio del poder. Me refiero a la mayor, de la que dependen ellos y los jueces. Parientes y amigos. A veces alguien de prestigio. Casualidad nomás... Eso sí, ¡la hacen a su medida en nombre nuestro! Moore lo miró un momento e iba a volverse para cambiar de interlocutor, cuando éste nuevamente le habló:

- Mírelos, ahí están éstos con aguerrida lanza en mano, se hacen los distraídos. Pero algunos de los que ve, fueron capturados por mí por ser desertores del Ejército. Son asesinos natos. En su huida para la toldería, se cargaron un grupo de obrajeros en Calchines. No confíe en ellos, Moore. Hágame caso, ¡son traicioneros!

- Está bien , le agradezco su prevención.; pero no se preocupe. Los conozco.

El olor a carne asada convocó hasta a los más remisos. Solo el canto de los pájaros se escuchaba en el grupo masticador, estimulado por el vino refrescante.

Pasado el rigor de la siesta. Cullen dio la orden de marchar. La extraña figura de Alzugaray desarmado, cabalgaba flanqueada por dos guardias; acompañaba ausente a la columna con la frente erguida.

Al atardecer arribaron a Helvecia, donde las fuerzas se vieron grandemente engrosadas con el aporte de muchos colonos de la zona; criollos y también un fuerte contingente de indios. En la emergencia, los suizo

alemanes dejaron de lado sus entredichos con los italianos y marchaban juntos.

Alzugaray ya no estaba solo. Se incorporaron el Juez de Paz, el Secretario y seis policías del lugar, a la rueda de cautivos que se disponían pernoctar.

Con la madrugada a cuestas, partieron en dirección a Cayastá donde, al arribar, se carnearon cuatro reses para el obligado culto a los asadores y se dio descanso a los caballos..

Caída la tarde, tomaron la estancia del comandante Francisco Romero y Esquivel y dispusieron un alto, sin alcanzar Santa Rosa hasta la mañana siguiente. Allí liberaron a los presos, excepto Alzugaray. García se negaba a ello por el particular enojo que le causó no haber podido obtener el tobiano y la montura del nombrado.

- Cullen - dijo Moore acercándosele. - No tiene sentido mantenerlo con nosotros. Distraemos hombres en su custodia y no significa ningún peligro su libertad. Ya nadie ignora nuestra marcha ¡A nadie ha de alertar! El interpelado lo miró un momento y sonriendo dijo:

- ¡Tiene razón! ¡Comandante García, libere a Alzugaray también!

Así , como había venido , en silencio se alejó esa figura fronteriza, curvada en la grupa como si soportara el castigo por la rebelión. La de ahí, entremezclada con la otra que se entrecruzaba en su espíritu agobiado. Un profundo dolor de montes y caminos polvorientos

recorridos hizo nido en sus articulaciones, aplastando su persona hasta hacerla pequeña en la distancia.

El galope largo del grupo de jinetes en dirección a Santa Fe, denunciaba la existencia de algo inusual bajo ese sol que todavía castigaba bastante. El Gobernador había cabalgado toda la mañana y a las trece estaba instalado en su despacho, sudoroso, cansado, con la irritación propia de los sucesos, que se fueron acelerando. No por inesperados, sino porque simplemente molestaba todo aquello que cambiara ese ritmo propio del acontecer tranquilo provinciano. En el ajedrez político, solo estaba en juego el mate de la partida. Pero era una cuestión de honor y sabía, aunque le doliera, que no les aflojaría un ápice, ni a sus parientes equivocados con quienes discutía con cordialidad.

El mecanismo preparado hacía tiempo trabajaba bien, estaba convenientemente aceitado. La cadena de pulperías de "amigos" de Iriondo, alertó a tiempo del movimiento iniciado por los rebeldes.

De la Torre fue el primero en concurrir a la sede del gobierno. A poco un chasqui partió raudo hacia las comandancias de cuya lealtad no se dudaba, con instrucciones precisas. La noche del 18 de Marzo, fue una noche cargada de rumores perfumados, que recorrían las desiertas calles de Santa Fe, como fantasmas convocantes del nerviosismo y la curiosidad.

Las reuniones en los diversos centros de cotilleo

obligado, fueron preparando el ambiente hasta llevarlo a ese momento en el que los calmosos habitantes esperaban sólo el estampido de los disparos, el rechinar de los aceros encontrados o los gritos de dolor de los heridos. Y las pasiones afloraban. Por el hijo, el hermano, el novio o el amigo, comprometidos en esa lid generada por los dioses guerreros sempiternos, exigiendo que la danza ritual continuara en ese contradictorio escenario de ladrillos gastados y robos de besos a escondidas en los zaguanes.

- ¡No pasarán, téngalo por seguro! - repetía Servando Bayo a De la Torre, en el instante mismo en que ingresaba Pizarro. - Me habían prevenido, por eso las tropas están preparadas convenientemente.

- Los rumores hablan de un importante contingente de revoltosos.

- Es posible - decía Bayo - Pero aún así no tendrán suerte. Ya había dado antes de partir para San Carlos, instrucciones al Departamento de Policía, a los Comisarios de Sección, a algunos Jefes de la Guardia Nacional y a los Jefes de Guardiacárceles, para que estén alertas y no se dejen sorprender desde adentro. Aquí, Santa Fe está controlada. Hubo francos convenientes a cierta oficialidad. Creo que los otros no habrán de fallarme. Si lo hacen, saben que la pasarán peor que los levantados en armas ¡La traición es algo que no puedo tolerar a ningún precio! - exclamó, agregando: - Esta noche dormiré tranquilo. Ya salieron directivas para las restantes comandancias de campaña; de la zona comprometida ¡Aventureros!.- exclamó golpeando en el escritorio.

El correo no esperó que el caballo se detuviera. Corrió hacia el grupo de oficiales, distinguido por ser de su conocimiento, no por su vestimenta que era heterogénea. Se cuadró delante del Comandante Francisco Romero, a quien apodaban "Manzaneros".

- ¡Mensaje para el señor Comandante. ¡Permiso señor para su entrega! - exclamó cansado y con las nalgas doloridas, pero contento por ser el portador de cosas importantes. El ceño y el sello de sus emisores lo habían denotado y le imprimieron particular ritmo a su galope.

- ¡Déle nomás! ¡Venga eso! - exclamó el nombrado adelantándose. Tomó el papel, rompió el sello y leyó la orden de movilizarse ante la insurrección nacida en Colonia Cullen y nutrida por las restantes poblaciones de la costa santafesina.

- ¡Malaya! ¡García, aliste la tropa, salimos en una hora.

- ¡¿Pero comandante, esta noche...?!

- Nada, adelante o lo relevo! Los minutos son preciosos en esta emergencia ¡Les daremos una sorpresa a esos infelices!

- ¡Comprendido señor! - expresó el subordinado corriendo a cumplir con la orden. De inmediato un nervioso trajín empujó hasta a los mas remisos.

- ¡Gutiérrez! - convocó Manzanares.

- ¡Presente señor!

- ¡Prepárese! Habrá que empapelar la caminata con vales. No esperaremos la provista que debe arribar esta noche. Que nos siga. Partimos de inmediato en campaña. Así que junte a los de la tropa que conocen la zona, para que ayuden a que no nos escondan los vecinos lo que necesitamos. A los remisos, ¡movilícelos! Ya pagarán las cuentas especiales los platos rotos. Eso, ¡si son los nuestros!

El nombrado se cuadró, dio media vuelta y se encaminó hacia el grupo de la derecha, que estaba ramoneando.

El dispar destacamento empezó a cabalgar, los oficiales con gorras, el resto con sombreros diversos y chupayas de paja, quienes las tenían. El fragante airecillo nocturno despeinaba aún más las revueltas melenas que cubría sus cabezas. Los pies, calzados o sin nada, taloneaban los caballos para hacerles rendir un trote más a esos sufridos patrios.

El veinte al mediodía, arribaron a la costa del arroyo Saladillo y la exploraron un par de kilómetros aguas arriba y abajo del paso de los Cachos. Estaba crecido y los caballos en malas condiciones para vadearlo sin riesgos. Encima, no conocían la situación precisa de los revoltosos adelante. Manzanares ordenó replegarse hasta el monte y apostar guardias montadas cada doscientos metros, relevables cada dos horas, para que vigilaran las tierras de enfrente, ocultas entre los árboles ¡El agua

trabajaría a su favor! Sabía que de no forzar ellos la marcha por ahí, al sur los bañados del Mocoetá les impediría a los rebeldes todo encuentro con Pancho Romero y Esquivel, que comandaba el Regimiento 7 de Abril, camino a Calchines a la sazón, por esa suerte de embudo natural que conformaba el albardón costero; la topografía los arrojaría directamente a sus brazos.

Apenas unos mates y galleta permitió a la tropa. Nada de humo de asado. Unas brasas "frías" para calentar las morochas que la cebada requería y nada más. No se podían dar el lujo de anticipar su posición.

- ¡Si esto sigue así, llegaremos a Buenos Aires! - decía Kauffmann a Sager, mientras seguía con la vista, atentamente, las indicaciones de Francisco Iturraspe sobre la mejor manera de acercarse al Saladillo, sin caer en los bajos o los pajonales que dificultaban la marcha.

La cinta de plata del arroyo se les mostró hinchada en el horizonte quebrado por aromos y chañaritos. Estaba muy crecido el arroyo. Desembocaron en el bolsón que formaba uno de los meandros, virando su trayecto de Oeste a Este en ese punto.

Se acercaron a la ribera. Esperan cruzarlo algo más arriba, en el paso "de los Cachos" propiamente, para encontrar a las fuerzas gubernamentales y sorprenderlas mediante una maniobra de pinzas antes de Cayastacito,

lugar donde suponían se hallaban, por los informes de los llegados recientemente.

Un relincho distante, a la izquierda, los hizo desmontar y prepararse para buscar refugio desde donde hacer frente a cualquier situación que se planteara. Así los irregulares fueron distribuyéndose a lo largo de la curva amplia de aquella vena fría que recorría buena parte de la Provincia con trazo irregular, como corte de cuchillo hecho por mano inexperta.

- Escuchame Sager - decía Moore al hombre situado a su izquierda - no se oye ni se ven pájaros. Aquel monte de enfrente, en vez de los habitantes naturales, temo que esconda otra cosa. Hay demasiado silencio.

- Es cierto. Nada, ningún pájaro por esa parte, no es natural aquí, en estas soledades. ¡Oh! - exclamó de pronto - Allá, al fondo, la bandada de bandurrias que viene para este lado, desvió su marcha súbitamente y se elevó! Algo hay. ¡Cuidado! - exclamó.

- ¡A cubierto! - gritó Moore al grupo a su cargo, que de inmediato se dispersó por el lugar buscando cobijo. Fue de inmediato imitado por la tropa restante. Las cabezas de los hombres cuerpo en tierra, se levantaban inquisitivas por la sorpresa.

- Hay alguien allí enfrente, entre los dos aromos bajos, al costado del laurel negro.

- No veo nada - le respondió Sager.

- Ahora lo verás! - aseveró Moore afinando la puntería.

El dedo presionó la cola del gatillo y el agujero del infierno lanzó su grito. Una figura humana uniformada rodó por la pendiente suave, bañada por las hasta ahora tranquilas aguas. Una descarga cerrada proveniente de todas las bocas del monte que se abría como una pared; les respondió en decenas de ecos no menos elocuentes que el estampido inicial.

Algunos rodaron heridos o muertos, pagando la imprevisión inicial. No se enfrentaban ya con las chuzas indígenas, sino con la fusilería organizada, aunque no por ello sentían temor. Por el contrario. Los acicateaba más el peligro.

El tiroteo se generalizó. La certera puntería de aquellos que a diario probaban su destreza mientras araban, para llevar el sustento alternativo, demostró su eficacia.

Cabeza que se asomaba, vaciaba su contenido vital. A la hora, los diligentes milicos se habían dado cuenta que tales colonos no eran pasto fácil. Así que, casi sin asomarse, o sin hacer mucha puntería, disparaban. La afinaban algunos, los que habían conseguido el franco refugio de un tronco caído, o el montículo de un tacurú. Los ayes de los que se escondieron en las matas de paja brava o colas de zorro, marcó el error de elegir el refugio equivocado. Los de enfrente, disparaban directamente al bulto, sabiendo que ese colador vegetal, no detendría los proyectiles.

El fuego intenso se generalizó. Kauffmann mandó un grupo a tomar las canoas que se encontraban a la

derecha del paso, aguas abajo, pertenecientes al poblador cuya humilde vivienda se mostraba quieta.

- ¡Fuego de apoyo! - gritó Moore ante la maniobra. Y las descargas se sucedían implacables mientras los embarcados precariamente, trataban de alcanzar la otra costa. Sobrecargada, una se dio vuelta con el empujón inicial. Sus ocupantes, mojados y a los saltos, trataron de ganar las líneas nuevamente. Algunos no lo lograron. En la mitad de la corriente, el que llevaba la pala de la otra, cayó por un certero disparo en la frente. La canoa sin control, comenzó a derivar aguas abajo.

- ¡Fuego, fuego a discreción! - gritaba Moore tratando de provocar una cortina que cubriera a los improvisados navegantes. Fue en vano. De a uno se desprendieron como uvas maduras hasta que no quedaron sino dos heridos, con sus cabezas colgando por la borda. Las aguas se iban tiñendo de rojo. La canoa bailaba su macabra danza en círculos.

El silencio se hizo por un momento. Fue el homenaje dado a esos valientes que, bajo fuego, quisieron tomar la fortaleza vegetal. No duró mucho. Los disparos se sucedieron otra vez sin solución de continuidad.

Iturre, herido en su intento de llegar hasta la embarcación con otro de sus pares, fue atendido en la retaguardia y llevado al rancho del cazador lugareño.

- Sargento, ubique al Comandante Romero y Esquivel,

que debe estar marchando para aquí y déle nuestra posición. Dígale que apure la marcha. Nosotros nos aguantaremos mientras el parque dure. Después, no sé que pasará. Desconozco la capacidad de fuego total de esos diablos. Aunque no debe ser mucha más que la nuestra. Por los datos, la columna no llevaba vituallas extras, sólo lo que cada portaba para sí. Eso me alienta. Explíqueselo bien. La lucha cuerpo a cuerpo es aleatoria con esa gente, más si nos lanzan los indios - ordenaba Manzanares al correo preparado, que partió raudo con el cese de las palabras de su jefe.

La noche cubrió el lugar con su manto de duelo. El cielo de la tarde, sucio con la sangre derramada, se diluía a medida que la paz nocturna imponía una tregua. El grupo rebelde afianzó su posición en esta margen, mientras, del otro lado, las escasas fuerzas y con no más de diez o quince disparos por hombre, esperaban el arribo del magro contingente de Cayastacito, convocado también con urgencia por Manzanares, que veía poco fácil la partida y necesitaba un respiro.

- ¿Qué hora tiene Ramírez? - preguntó Pancho Ramírez y Esquivel a su segundo que franqueaba la derecha.

- ¡La una mi comandante! - dijo leyendo el cuadrante de su inmenso reloj de acero sujeto con una cadena que cruzaba el abultado abdomen.

- ¡Ya la una! ¡Que bárbaro, como corre el tiempo! Se nos va Ramírez, ¡se nos va!. Piense que ya estamos a veintiuno. Otro otoño a cuestas, y van muchos ¡Quien

podiera llegar a ver el novecientos! - exclamó suspirando mientras escudriñaba el oscuro perfil del monte bajo que estaba a pocos metros adelante, pasando el arroyo Leyes.

- Mande que un grupo lo cruce y explore el terreno. No quiero sorpresas y menos de noche. Con esta gente supersticiosa y la sorpresa. No, no les daré esa oportunidad!

La cinta del Leyes era un trozo de luna estirado sobre el negro terreno por el que cabalgaban a marcha forzada. Las descubiertas le habían informado del encuentro en la ribera del Saladillo. Corría a prestar ayuda a su amigo y tocayo Manzanares.

Les caería por la retaguardia. Con la señal de que nada se interponía adelante, levantó el brazo y lo bajó extendido. La tropa comenzó a cinchar contra la corriente con el agua en las verijas de los animales. Algún grito no contenido, fue prontamente acallado. Y así, en silencio, fueron saliendo hombres y animales del agua que corría su suerte mansa, serena, hacia la plata de la laguna que se abría a la noche gigantesca, un par de kilómetros aguas abajo. Las estrellas reflejadas aguas arriba del cruce, prolongaban el cielo hasta las patas de los caballos que las rompían implacables, pisoteándolas en cumplimiento de la orden impuesta.

- Señor, señor - decía el jinete agitado, con la respiración entrecortada por el esfuerzo que realizara - adelante hay gente desplegada, esperándonos - Con detalles

brindó el informe de lo que había visto hacia el noroeste de donde se hallaban en ese momento.

- ¡Alto! - ordenó con voz estentórea y la tropa frenó la marcha - ¡Ordene desmontar y desplegarse en posición defensiva!

- ¡Comprendido mi comandante!

La orden fue cumplida. La máquina militar del regimiento 7 de Abril comenzaba a funcionar a la perfección. Se sentía orgulloso de su mando. Si bien era un grupo heterogéneo en cuanto a la composición de la tropa, había perfeccionado a fuerza de instrucción y simulacros su capacidad ofensiva, atemperando las pasiones y divisiones internas con el empuje de su liderazgo y defensa de sus subordinados, toda vez que lo requirieran por algún problema. Se había ganado la lealtad de esa gente humilde, dura, producto de otra gente más sufrida y dura aún. Ellos comían dos veces la mayoría de los días .

- Que Fermín "el tano" y el tape Rosales salgan ya para los Cachos. Deben vadear el Saladillo antes de ese lugar y ponerse en contacto con el Comandante "Manzanares" Quiero que entreguen este mensaje. Es necesario coordinar el ataque. Así, con presión por dos flancos, debilitaremos su capacidad operativa y facilitaremos nuestra victoria. ¡Ya, vamos! Los jinetes partieron raudos hacia el peligro.

Mientras aguardaban noticias, demandó que otro grupo de exploradores estudiara las fuerzas que se le oponían y su distribución precisa.

Las horas de la espera pasaron lentas. Con el arribo del primero de los emisarios, se enteró de que en Los Cachos ya no quedaban fuerzas leales. Se habían replegado o algo peor.

Una furia sorda fue embargándolo. Nervioso, el animal que lo soportaba, oliendo el peligro, dio una vuelta en redondo, caracoleando. El ceño fruncido era el único indicio del entremezclarse en su mente las varias tácticas posibles para concretar la estrategia que se había propuesto emplear, madurada a lo largo de esa prolongada noche.

- ¡Ramírez! - convocó nuevamente a su asistente - ¡Que vengan el mayor Machado, el comandante Leiva, Reyes y los otros oficiales cabeceras de grupo!

- ¡A la orden, mi comandante! - replicó aquél, firme sobre la grupa, girando para cumplirla.

- Vean - decía mientras con un palo trazaba las posiciones en el suelo arenoso - estamos aquí. Ellos han desplegado sus fuerzas pensando que nos moveremos por los bajos del Mocoetá, para acortar camino. Evidentemente se proponen atacarnos por el flanco derecho ¡No les daremos el gusto!

- ¿Son muchos? - interrogó Leiva tratando de obtener la información que necesitaba para armar un cuadro correcto de la situación.

- El grueso de sus fuerzas, al menos en número.

Conforme me fue informado, los ingleses están todavía en el Saladillo, cuidándoles las espaldas, de Manzaneros.

- ¡Ah, mejor! - exclamó aliviado el aludido oficial.

- La caballería se dividirá en dos flanqueando a la infantería que avanzará al centro como punta de lanza, para comprometerlos desde el vamos. A mi señal atacarán por los costados. Los encerraremos sin posibilidad de escape. No se confíen. Es una fuerza nutrida. Su fuerte es el refuerzo del casi centenar de extranjeros que los apoya, bien armados.

Se discutieron detalles menores respecto de las ubicaciones a adoptar y tuvo él que imponerlas, para evitar que el celo por ser los primeros, desordenara el tablero que había armado en su cabeza con nombres y todo. En ella ya empezaban a cargar contra el enemigo.

- ¡A la carga valientes del 7 de Abril! - ordenó con esa alegría feroz del profesional de la muerte, que se ve por fin convocado para lo que su vocación le mandó ser. Y la infantería, ansiosa, con el nerviosismo de la incertidumbre y el empuje del poco valor individual que se iba sumando, prestándose hasta desbordar con la marcha la capacidad de contención de cada uno, fue marchando pisoteando el miedo inicial. Quedó mezclado en la retaguardia con la densa nube de polvo que levantaban.

- ¡A paso de trote! ¡Cargar! - ordenó cuando tuvo a la vista las posiciones rebeldes. Y el clarín, ese animal de garganta de bronce, tocó a combate, haciendo hervir la sangre de la columna que avanzaba ahora más allá de sus

fuerzas naturales.

- Ya vienen! - gritó Bernardo a Francisco Iturraspe que lo acompañaba en su emplazamiento. - ¡Atención, vienen! - dijo indicando la dirección del frente de las tropas oficiales que se acercaban en plena carga.

Los primeros disparos causaron un efecto desbastador en la infantería. Los heridos rodaban ya en los atacantes, pese a que la distancia restaba contundencia y precisión a los tiros.

Hundieron más los codos en la tierra y se prepararon para repeler la infantería, cuando el sonido de los cascos de la caballería que cargaba por ambos flancos, introdujo la cuña del pánico en los bordes.

Patricio Cullen con su gente intentó cargar, pero fue abatido su caballo con un certero disparo. Rodó y fue ayudado a montar en la grupa de uno de los animales que conducía un peón de su estancia que, rápidamente se apeó y le cedió la cabalgadura corriendo a refugiarse entre unos espartillos.

Sus fuerzas se replegaban en desorden. El hizo lo propio e intentó poner distancia cuando, dado el galope disminuido por la mala monta, fue nuevamente alcanzado por un proyectil. Esta vez él rodó herido. Efectuó un disparo de fusil que no dio en el blanco. Un lanzazo certero se hundió en su cuerpo. Las últimas boqueadas fueron apuradas por otra lanza que se clavó también en su cuerpo.

Ya no escuchó el fuerte alarido dado por el salvaje soldado que separó su cabeza a cercén, colocándola chorreando sangre en la pica de su lanza. Fue enarbolada como macabro trofeo de triunfo. Esperaba que sus jefes aplaudieran su pasión y lo premiaran.

La derrota fue completa. Los rebeldes se dispersaron en desbandada. Algunos en su huida, dieron aviso a los norteamericanos y su gente que se aproximaban para apoyarlos.

“No”- repetía la cabeza de Romero y Esquivel mientras se movía de un lado al otro. Consternado por el espectáculo. ¡Hasta donde podía llegar la inculta fiereza del hombre, embargado por aquella primitiva pasión animal de muerte! No ya el enemigo derribado, vencido. Sino el regodeo en la muerte del mismo. El placer de la violencia en sus despojos.

Dio órdenes estrictas para frenar a la soldadesca que comenzaba a quebrar sus límites, para convertirse en horda.

Puso dos oficiales de confianza al mando del grupo que cuidaba los prisioneros heridos, entre los que estaban las preciosas personas de Pancho y Bernardo Iturraspe, Juan López, "El chipá" que le decían para distinguirlo de los demás López, entre otros.

- ¡Leiva ! Hágase cargo de la caballería y prosiga con la tarea de limpieza. Nos veremos en Helvecia, hacia donde

me dirigiré por río con Reyes. No perdonen a nadie y reponga caballos. Ramírez lo secundará. Cualquier cosa, ¡son órdenes mías!

- ¡Comprendido, mi comandante! Tenga la seguridad de que así se hará. No quedará ningún rebelde libre en el camino-

- ¡Bien carajo, pero ojo! No quiero violencia innecesaria. Constituimos un cuerpo disciplinado. No manchemos la victoria con bajezas. En especial la caballería no puede permitirse ciertas debilidades ¡Téngalo presente !

- ¡No se preocupe mi comandante! Sé lo que ha pasado y no me enorgullece. Lo lamento profundamente. Comparto con usted el sentimiento por lo ocurrido al vecino que muerto, ya no era un enemigo.

- ¡Vaya! ¡No es momento para discursos, la campaña continúa!

Las fuerzas de caballería venían pisándoles los talones y, después de lo acontecido, en particular con Patricio Cullen, no quedaban ganas de caer en manos de tan crueles adversarios; así que a galope tendido arribaron a la casa de uno de los franceses. Casi sin atender los gentiles reclamos de esas buenas personas, que pronto comprendieron la situación, cambiaron la mitad de los caballos y siguieron viaje en procura de las restantes monturas que permitieran el refresco necesario, para poder

internarse en el monte y desaparecer por un tiempo prudencial.

Pidieron a los colonos amigos que hiciesen saber a sus familias que se hallaban bien y en viaje al norte. No dieron un destino cierto para no comprometerlos. Evitaron denunciar por cualquier eventualidad su paradero que, aunque deducible, no era fácil de precisar en esa dilatada comarca salvaje.

Una gran nostalgia los embargó cuando rodearon California por el oeste. A su vista se ofreció en la distancia, en el límite de Colonia Galense, el molino harinero en plena tarea. Si hasta casi les parecía sentir el ruido continuo y sordo de las muelas de piedra triturando el grano de la esperanza. La imaginación les jugaba una mala pasada. Muchos ojos se humedecieron. El futuro pareció cerrarse de nuevo.

- No importa, ¡seguiremos adelante! - gritó Moore a quienes parecían rezagarse. No furioso, ni amargado, sólo triste. Con la pena profunda por el esfuerzo vano de tantos valientes. El ahuecó el brazo y observó los agujeros en el costado izquierdo de su camisa, donde una bala paso rozando las costillas a la altura de su axila. Sager notó el movimiento.

- ¡Te erraron por poco! - le dijo.

- Fue un buen tirador con mala suerte! - le respondió Will.

- ¡O un adversario con mucha suerte, creo en tu caso!- le contestó sonriendo, mientras cabalgaban a la par ya en los límites de Colonia Eloísa.

- Apuremos el paso, aunque sea lo último que hagan estas pobres bestias nobles. La remonta en lo de Vernet nos permitirá refrescar la marcha y poner más distancia. Alejandra estará más cerca y habremos ganado el tiempo requerido para reponer fuerzas y conseguir lo necesario para continuar andando.

- ¿Hacia dónde?- preguntó Sager, con cierta ironía.

- Hacia el mismo infierno, si es necesario ¡Les daremos batalla en su propio terreno, si no queda remedio! - contestó Moore .

La resignación por lo ocurrido había comenzado a echar sus raíces. Lo acontecido a la aventura fue tomando sus dimensiones propias con el corto tiempo transcurrido,; perdiendo el aura encantado que la envolviera, producto del puro entusiasmo y estímulo común. Y allí estaban, un grupo de hombres derrotados en una violenta aunque oscura batalla, al menos para ellos, que fueron voluntarios convidados, sin otro compromiso que con la acción misma, brillante, dorada, atrayente y caprichosa como mujer bonita.

Grobet facilitó el recambio Fue también el último en montar, entre el llanto de las mujeres de la casa que sacudían sus pañuelos en la galería cuando volvieron a

partir presurosos hacia el norte.

Cabalgaban abiertos en abanico, para evitar el polvo que levantaban; así que a los gritos se entendían con los de sus costados. Las idas y venidas de las charlas inconexas, demoraban más de lo habitual. Sin embargo no callaban. Se les hacía necesario hablar para llenar ese vacío dejado por la derrota. Lo hacían tanto, que parecían un grupo de gallinas en desbandada.

Will se percató de esa circunstancia y la sonrisa dibujada en sus labios se convirtió en carcajada.

- ¡Si nuestras mujeres nos escucharan! - le gritó a Kauffmann, a su derecha en ese momento - ¡Les tiramos lejos el cetro! ¡Vaya bandada de cotorras en que nos convertimos!.-

Esa aseveración fue imponiendo silencio y quien más, quien menos, comenzó también a sonreír ante la observación formulada.

- ¿Buscamos Mal Abrigo, verdad? - preguntó Sager que ansiaba visitar sus lares antes de perderse en el Gran Chaco, donde se sabían a salvo como los matreros, con la ventaja del apoyo logístico a lo largo y a lo ancho de las tierras del Pájaro Blanco, de familiares, novias y, ¿por qué no? amantes, que habrían de brindarse por entero para asegurarles la ayuda necesaria.

- Sí, será el último punto que tocaremos. Desviaremos al oeste e iremos al encuentro de los nacionales. El coronel Manuel Obligado habrá de brindarnos protección

transitoriamente. Cuenta con instrucciones del Ministro Alsina, que prometió su apoyo irrestricto a la campaña contra Bayo. Allí, en su comandancia, las milicias provinciales nada podrán hacer, excepto morder el polvo de la impotencia, mientras reponemos fuerza - contestó Leiva que cabalgaba a su lado y manejaba el aspecto político de la retirada, por sus vinculaciones con los factores de poder dominantes en la intrincada trama de acciones y reacciones palaciegas, con que se regodeaban los señorones capitalinos comprometidos con ellos desde Buenos Aires.

A la sazón en El Rey, las tropas federales prolongaban el receso del mediodía, para reponerse de la fatiga y de la somnolencia que le había provocado el succulento asado que les fuera servido para salvar el hiato de la frugal ración de campaña que los hubo acompañado durante la semana última.

El adormilado centinela que auscultaba el sur cada tanto, de a largos ratos cansinos, dio la alarma. Un jinete se acercaba a revienta caballo, levantando una prolongada pluma de polvo que se perdía en la resolana, quebrando sus contornos. La figura cenicienta se iba agrandando con los minutos. La bandera en lo alto de la tacuara que le servía de mástil, sobresaliendo del árbol en que la hubieron emplazado, guiaba su galopar. Ya no necesitaba conducir la cabalgadura. El relincho de algún caballo del grupo, orientó a la bestia sudorosa que corría

debajo. Un resoplido agónico fue apenas su respuesta. Solo le quedaban fuerzas para repetir mecánicamente ese trote rápido, llevado al límite de su capacidad.

El jinete sofrenó el animal a la sombra del árbol embanderado, desmontó precipitadamente y, cuadrándose, con la respiración agitada exclamó:

- ¡Correo para el señor Comandante Obligado!

- Acérquese soldado - dijo el militar mientras tendía la mano para recibir el despacho.

- Sírvase señor - expresó respetuosamente el joven mensajero entregando en manos propias el objeto de su misión.

- ¡Arce ! - convocó perentoriamente el fogueado militar, después de leer.

- ¡A la orden! - le respondió uno de sus oficiales de mayor rango.

- Vea por usted mismo - le dijo alcanzándole el papel bastante arrugado, que consignaba precisas instrucciones para que los refugiados que fueren llegando para ponerse bajo su protección, sean detenidos y entregados al gobierno provincial.

- Con esto se modifican sustancialmente las instrucciones verbales que recibiera personalmente del Ministro y fueran objeto de nuestra charla días pasados - recalcó, agregando: - Dé órdenes de marcha; regresamos a la Comandancia. No quisiera estar en el pellejo de estos

pobres desgraciados. Habrán de pagar los platos rotos ¡y con creces! Esta política de caudillejos y facciones acabará con la Nación en corto plazo, si no se refrenan las pasiones egoístas. En fin, debemos cumplir con nuestro deber; su majestad la obediencia lo exige. Por las dudas, envíe a alguien que se adelante mientras se prepara la tropa, para hacer conocer las nuevas. Veremos de morigerar los efectos de esta disposición tan extraña a la que campeaba en el Ministerio de Guerra y confunde las propias recibidas de la más alta autoridad. Démosles una oportunidad a aquellos que de buena fe se nos arriman para que desaparezcan... - concluyó sonriendo maliciosamente.

Entrecerró los párpados y miró lejos, hacia el poniente, al final de esa pampa próxima que se abría inmensa, bañada de luz y de tantas otras promesas de seguridad que, a fuerza de coraje y empeño, trataba de hacer realidad con poco éxito. Esa llanura estaba mucho, mucho más allá de la capacidad de comprensión de quienes ocupaban los vastos despachos en la capital y tomaban las decisiones, sin ver fuera del límite de sus estancias...

Los pastos genuflexos barrían de a ratos el suelo, con cada golpe del norte que no cesaba de arrojar sus vientos .

CAPITULO LI

BORDEANDO

El día se ha hecho. Los últimos bártulos son asegurados para continuar la marcha. De nuevo el andar recomienza, esta vez de frente al sol otra vez solo, que los obliga a bajar la cabeza para proteger sus ojos con el ala del sombrero. El rastro comienza a ser claro. Por entre la marca de los vasos, se lee nítida la huella de pies humanos descalzos, caminando rápido.

Lo que les pareció bruma en un comienzo, los envolvió atacándoles la cara con sus alas y las patas serradas. El cielo se puso marrón El chirrido del vuelo aumentó aún más el asco y la rabia que les producía la langosta que volaba hacia sus posesiones. Extrañaban la época, pero allí estaba, adelantándose. Nada podían hacer. En otra oportunidad, hubieran prendido fuego al campo para desviar la manga. Ahora no podían denunciar su presencia ¡Se la tenían que aguantar estoicamente! El indio estaba cerca. Así que agacharon más la cabeza y continuaron la marcha, mirando fugazmente a su alrededor, cada tanto.

La manga pasó en una hora. No tenían seguridad de su extensión. Debía ser el extremo de una mayor. La preocupación era otra. Pronto quedó detrás, en

el pasado, como otra contingencia menor para contar al regreso. Fue el día de la langosta. El de otro ataque.

Blazy que marchaba a la derecha del grupo, gritó indicando la distancia.

- ¡Miren, miren allá, indios!

- ¡Vamos, al galope! - ordenó Moore espoleando su caballo. Todos le siguieron, tratando de alcanzar las pequeñas figuritas de bronce que corrían hacia el monte.

La redada no fue buena. Sólo dos mujeres, un hombre que había tropezado en un raigón, y siete niños que los observaban temerosos. La mujer no era de arrear. Con una maza de quebracho aplastado en su extremo, usado para desenterrar raíces y extraer el cogollo de los caranday, hizo frente a Moore, tratando de asestarle un golpe en la cabeza, mientras lanzaba un rosario de expresiones duras en lengua mocoví. Resbalaban incomprendidas por la pechera sudada. Apenas, entremezcladas, podían separarse alguna que otra expresión en un español deformado y , varias veces el : - ¡gringo! - repetido con desprecio, en medio de esa barahúnda gutural.

- ¡No le tiren! - gritó tomándola de la muñeca y haciéndole arrojar el garrote.

Un par de brazos presurosos, concurren en su ayuda. Hubo que voltearla para amansar su furia.

- ¡Brava la india! - , exclamó Sager riendo por el revolcón del jefe, que cayó con la misma, rodando.

El indio, neutro, había cerrado filas con sus hijos. Contemplaba sin decir nada la escena. Ella se levantó y se le acercó con mirada furiosa. La expresión de enojo imponía respeto.

- No indio malo. Indio bueno, señó. - manifestó haciendo caso omiso a la dura mirada de la mujer que escupió el piso a sus pies.

- ¿Cómo te llamás? - preguntó Perico, que se convirtió en su interlocutor por dominar mejor el español.

- Naikin. Indio ser Naikin, compagre de Mateo Viyalba, del Rey. Indio no malo señó - insistió dirigiéndose a él pero mirando a Moore.

Mientras ello ocurría, doce hombres salieron a campear la descubierta para tratar de encontrar otros. Fue inútil la excursión. A las cuatro de la tarde regresaron con las manos vacías.

- Vamos - ordenó Moore. No conviene que nos agarre la noche en estos parajes. Hay salvajes cerca. Corremos el riesgo que nos dejen de a pie. Estamos fritos si nos roban los caballos por la noche.

-Tienes razón - dijo Sager para matizar la marcha que había ya emprendido la columna con los prisioneros montados de a tres en cada caballo - ¡son sigilosos estos malditos! Hay quien dice que de noche cabalgan en las raíces de los yuyos, ¡para arrimarse a depredar!

Una sonrisa recorrió el grupo por la salida.

Caía la tarde cuando se acercaron al monte de palmeras en el que decidieron hacer campamento. Había pastos tiernos pero no agua.

Perico, luego de hablar con Moore, convocó al indio de nuevo, que se acercó mirándolos medio de soslayo. Les llamó la atención unos objetos metálicos en su cintura, que se les habían escapado al principio.

- ¿Qué tenés ahí Naikin? - preguntó Perico indicándoselos.

- Nada. Chuzas nomás - fue la respuesta. Eran una lima y un trozo de acero afilados, terribles en el extremo de una tacuara. Lo miran pensativos. Moore le hace señas de continuar, después de quitárselas.

- El capitán Moore quiere que nos guíes hasta la toldería.

El hombre levantó la cabeza, asombrado.

- ¿Capitan Mur? - dijo. En ese momento se arrimó a la tropilla un caballo con la clásica montura india, un cuero solo. Comenzó a pastar tranquilamente con el resto de los animales.

- Cabayo mío - dijo el paico sonriendo, con los ojos brillantes ante la posibilidad de hacerse de una cabalgadura.

- ¿De dónde lo sacaste? - preguntó Perico. El indio lo miró y vaciló.

- Bueno, no mío, de unoj de lojotroj. Ahora mío - respondió ladino.

- ¿Y dónde lo consiguió tu amigo? - le preguntó esta vez, poniendo un gesto adusto y un acento duro, para forzarlo a desenredar la mentira que entreveía.

- No sé. Escapando de la toldería de Juan Gregorio. Ta pa yá - agregó señalando al oeste.

- ¡Juan Gregorio! - exclamó Moore con fiereza. - El cacique de los indios de San Javier que apresamos después del robo de caballos ¡Lo llevaban a Martín García y le abrieron las puertas en el camino!

- ¡Linda piedra para la honda! - exclamó Ayulo que conocía las correrías del sangriento salvaje, que hasta se permitió burlar la ley por el respeto que imponía su ascendencia sobre los mocovíes, a la que los políticos temían por todos aquellos escabrosos manejos, surgidos de oscuras alianzas que recorrían la región, ¡torciendo los vientos políticos contrarios a punta de lanza! Los había utilizado el Brigadier y lo seguían haciendo sus sucesores. Juan Gregorio fue el instigador de los asaltos a Colonia California, Eloísa y de los crímenes de la Galense, Alejandra y Eloísa. Pero, como otras tantas veces, la "falta de pruebas suficientes", había hecho de las suyas en la parodia judicial donde la balanza comparaba otro tipo de fuerzas. Otra espina de la rama de el Raí

- ¡Carajo!; ¡tan cerca e impedidos de ir a brindarle nuestros saludos! ¡Si no fuera por el mal estado de los caballos y la falta de agua! - exclamó Moore que seguía

atentamente el diálogo entre Perico y el indígena - Ya le haremos pagar sus cuentas. Debe devolvernos los dos holandesitos que aún conserva ¡Lo verá! - gritó con el puño cerrado levantado en dirección al lugar que indicara el tape; no con odio, ni tan siquiera rencor. Sólo con un natural sentido de la justicia burlada, de la vida burlada, del dolor y las penas desatadas.

Después de un día de marcha, acamparon en la ribera de una lagunita que parecía permanente, donde a cada momento los caballos volvían para gozar el placentero fresco del agua. Eran lo único que se movía en la inmensidad del paraje. El azul infinito y el verde amplio, se abrían en abanico desbordando los sentidos. El murmullo de la brisa en los pastos y los puntos de alguna distante bandada, que parecía dibujada estática sobre ese azul pleno, radiante, sin manchas ni nubes, colmaban el espíritu. Con esos puntos suspensivos, la imaginación volaba lejos, hacia los lejanos hogares.

Los diecinueve cautivos se agruparon al pie de una palma. Apenas si dialogaban entre sí. Los niños correteaban nerviosos ante la mirada vigilante de los guardias puestos a cuidarlos para evitar sorpresas. Así, no eran peligrosos. Pero libres, ¡no de fiar!

Con la otra mañana, reiniciaron la marcha, esta vez hacia el sureste. Anduvieron todo el día.

Fort, Schneider y Nicolatti, se cruzan cada tanto en los minutos que dura el paseo alrededor del campamento, en las tres horas de guardia que les tocó en

suerte a eso de la medianoche, cuando relevaron a Blazy, Valory y Salezan.

- La noche es magnífica, ¿verdad? - dijo el primero a Alex, que fuera a su encuentro estirando las piernas.

- Bárbara, pero fijate, allá abajo al oeste, vi varias veces destellos de relámpagos. El viento ha cesado ¡Me parece que se prepara una tormenta pampa!

- Es probable - respondió - Noté esta tarde gran actividad en los hormigueros levantando barreras en sus bocas.

- Mirá - le indicó.

Sobre el monte de enfrente, pasando el claro, el cielo se rasgó violentamente. Al instante el sordo restallar del trueno llegó blando a sus oídos.

- Se viene nomás.

Cuando la mañana ató su presencia, ya la tormenta era cierta en el sudoeste. Su pañuelo gris acerado, recorrido por culebras brillantes, ceñía su cuello.

Savomin, con Inocencio, se internaron un poco para buscar leña. Era necesaria por si volvían los cielos a descargarse. No querían estar desprevenidos, se hallaban en zona baja y llana; aunque lo avanzado de la primavera no hacía temer el frío, sino las mojaduras prolongadas.

El machete descargaba su filoso beso en las ramas de un algarrobo caído. Al levantarlo para un nuevo golpe, el ruido atenuado de unas hojas secas aplastadas lo

sorprendió. Sin mirar para atrás, lo arrojó y tomó el fusil dándose vuelta listo a disparar. A no más de quince pasos de él, Savomín vio un salvaje con la lanza presta a ser descargada en su espalda. Se arrojó al suelo de media vuelta y girando, descerrajó un tiro torpe. Erró. Al menos, como un felino, el indio se perdió en silencio. No encontró rastros de sangre, solo quebradas las ramas terminales de algunos arbustos, en dirección de la precipitada huida. Fue vana la batida. El rastrillaje no arrojó resultados. Ni a nivel del suelo, ni sobre los árboles, hallaron a nadie. Aquellas hojas secas le habían salvado la vida.

La partida se vio así demorada. El camino recorrido aquella mañana bastante menor que en los días precedentes, se hizo en vigilante silencio.

Con la noche, el nuevo campamento, aunque malo por falta de pastos, se instaló ante la posibilidad de otras condiciones peores adelante; imposibles de anticipar con la oscuridad que se instaló de golpe, cuajada de relámpagos y estampidos sordos. No se veía la punta de la nariz de cerrada que estaba. Se confiaba en que con todo ese furor celeste, el temor atávico indígena los mantuviese en sus apostaderos, dejándolos tranquilos.

La voz de Mac Lean alertó claramente a todos cuando impuso silencio.

El golpe regular de los cascos de un caballo se escuchó claramente entre los truenos, como así el relincho que diera el animal al olfatear a los del grupo, que de inmediato respondieron. Venía del sur este y continuó su galope, sin

detener la marcha, pese a que el jinete debió percatarse de la presencia humana por el reclamo repetido que le brindaran los animales.

- Por la velocidad, es un correo. Pero, ¿a dónde? - inquirió Mac Lean.

- ¡Al infierno! - acotó Moore - Debe ser un bombero del Inglés. Nadie se interna en esa dirección, ¡sino tiene asegurada la existencia con el propio diablo! - agregó.

- No solo eso. Sabía que nos hallamos aquí y quienes somos. De otro modo, hubiera variado el ritmo de marcha, por mera curiosidad, o se hubiese acercado, ante el saludo de relinchos. - agregó Alexander Mac Lean. Las armas se relajaron nuevamente. El misterio continuó.

Así, con esa sola alternativa, la marcha prosiguió al clarear. Tuvieron que matar un par de animales agotados, como tributo a las naturales deidades telúricas, ávidas de sangre, que habían venido reclamando sacrificios desde el comienzo. La partida se desarrollaba a fuerza de voluntad, bajo una fina llovizna fresca.

Como el aire, las cosas cambiaron con el día vigésimo de marcha entre montes y esteros. El arribo de un carro con víveres de refuerzo, cambió abruptamente el tono de la jornada.

Por los informes recogidos de los recién llegados y de los prisioneros utilizados para obtener las referencias que permitieran diferenciar los parajes,

determinaron que la columna se hallaba a la altura de la comandancia del Rey.

Moore levantó la mano en señal de alto. Los jinetes se cerraron .

- El Rey debe quedar para allá - dijo señalando al oeste. No muy lejos. Les ruego no levantar la perdiz. No quiero que se percaten de nuestra presencia. Parece que nuestra campaña no ha caído muy bien a las fuerzas de línea. No tienen ni tenemos la culpa de su incapacidad para responder a las demandas ¡Están huérfanos de todo! ¡Menos de gente, por cierto! - recalcó otra vez. Obligado y Jobson están en la otra margen - en Entre Ríos - y son la única garantía nuestra. Así que no vale la pena explicar nada a sus subordinados.

- ¡Já!, cada vez tienen más, con las campañas políticas y las revoluciones, hora a hora es mayor el número de opositores movilizados, ¡para que no participen en esas lides! ¡Después de lo de Oroño! ¡Querer despojarlo de sus fueros! - agregó Sager, evidentemente furioso por esos manejos tan comunes.

Dejaron a un costado aquella comandancia. El leve cambio de rumbo los alejaba de San Gerónimo del Rey.

-Leonhart, vaya con cuatro hombres hacia La Vanguardia y por favor, infórmele a Vattray de nuestro cambio de rumbo y sus causas. Agradézcale su atención. Asegúrele y asegúrese que lo comprenda, que estamos felices por su aporte ¡Ah!, destaque que le devolvemos a

Andrieux sano y salvo, todo enterito, ¡con su conocimiento completo! - dijo Moore mientras abrazaba al valeroso francés que, a lo largo de los días, no terminó de disculparse por el comportamiento de los indígenas que trajo. También el criollo Frutos se despidió de todos con un fuerte apretón de manos, anticipando estar dispuesto a participar nuevamente de cualquier incursión que se organizara.

- ¡La vida en el obraje no tiene ni el atractivo ni la gracia de una partida como ésta! - aseguró aquel valiente. - Debo cobrarme el rapto de una hija hace dos años - aseveró tristemente.

Las manos levantadas fueron por largo rato la despedida sentida que esos hombres brindaban a sus pares, mientras se perdían en el polvo del galope.

Los prisioneros, en el carro, cuchicheaban admirados mientras se entrechocaban por las características del vehículo en que viajaban. Era la primera vez que dejaban de hacerlo sobre sus propios pies, o a lomo de caballo.

La risa hacía aparecer festiva aquella caravana que con magros resultados, volvía a sus lares.

- Me hubiera gustado visitar la Vanguardia - acotó Kauffmann. - Tengo noticias de su progreso. Se dedica a la explotación forestal. Cuenta con algunas máquinas a vapor recién instaladas y varias sierras circulares y verticales.

Inocencio lo miraba asombrado. Le parecía mentira que a esa altura de la frontera, pudiese mantenerse alguien a fuerza de coraje y trabajo organizado.

- ¿Será posible? - interrogó.

- Sí. Bajo la férrea dirección de Vattry. Le contestó Kauffmann, mientras repasaba mentalmente la descripción de Andrieux, en sus reiteradas conversaciones del tema, en los días pasados. En las que no dejó de recalcar las muchas veces que debieron romper el cerco tendido por los indios, con ayuda del legendario Coronel Obligado.

El día abrió su abanico azul, amplio, de horizonte a horizonte. Les sonreía en las flores que empezaban a mostrarse en aquella temprana primavera que, si bien fresca aún, casi fría, les brindaba por fin la caricia de sus días soleados.

Dejaron atrás la casa de Vernet y buscaron la de Thomas Moore para dejarlo junto con los prisioneros. Sus galpones eran seguros.

- Tu casa ofrece menos peligro para las personas. Es adecuada. Podrán en ella permanecer un par de días estos salvajes. Creo que no ofrecerán resistencia. Han demostrado en el trayecto un placer inesperado. Viajaron "en primera" - decía Will a su sobrino que cabalgaba a la par. - Ayúdale a tu padre. Ustedes y los peones se las arreglarán.

- ¡Vaya regalo, tío! - exclamó el hombre joven orgulloso por la misión.

- No queda otro remedio. Viste como son las mujeres. Por aguerridas que fueren, no saben tratar con salvajes y, mucho menos, cuando se trata de un grupo mayoritario femenino y sus crías. Las otras casas tienen demasiadas polleras.

- ¿Estas cansado, tío? - inquirió el otro.

- No es cansancio Med. Agobia la frustración. Haber tenido cerca al causante de nuestros males y a su banda y no haber podido darles su merecido. Pero ya verá. En pocos días, antes que el entusiasmo se enfríe, les volveremos a caer. Esta vez sobre seguro y con la sorpresa...

- ¿Viste tío el daño que hicieron a las colonias en nuestra ausencia?

- Fue menor. Sólo sustos y unos pocos animales robados en Mal Abrigo, Alejandra y Galencia. Eso de última y por que se enteraron de nuestra ausencia. Pero lo pagarán pronto. La misión no está totalmente cumplida. Y la terminaremos, Med ¡Volverán con nosotros los pequeños!

La comitiva detuvo su marcha frente a la elegante casa de dos plantas que se erguía orgullosa, con sus ladrillos rojos de molde y su techo de tejas a dos aguas, casi sobre el río, con una magnífica vista a la curva que el mismo daba antes de perderse detrás del monte situado a unos dos mil metros al sur este. Un poco a la derecha, la

casa de Mac Lean se dejaba ver también rojiza, contrastando con el lujuriente verde florecido del paisaje.

El único que desmontó fue Grobet. Los demás esperaron pacientemente a la sombra del gigantesco jacarandá que bordeaba la huella doble que venía de Alejandra.

- ¡Adelante Juan! - le dijo William, que se apartó de la puerta para recibirlos. - Los esperaba ¿No se apean?

- No Will. Pretendemos seguir viaje de inmediato. Se va a hacer tarde y queremos estar en Helvecia a una hora prudente por razones de seguridad. ¡No sabemos qué sorpresa pueden depararnos estos en el monte! - le respondió mirando el carro repleto de caras que observaban curiosas la construcción y aquellas mujeres rubias, que empezaron a salir despacio por la puerta principal. También con la curiosidad pintada en el rostro.

Dio un beso a Winnie, a sus hijas y comenzó a cabalgar a la par de Grobet que ya había iniciado la marcha.

- Llevarás la voz cantante, Juan. Ya que estás a cargo del diario de la expedición. Tendrá que servir de informe a las autoridades del gobierno. ¡Estarás a cargo también de las cosas menores hasta cerrar las cuentas! Estoy cansado de todo.

- ¿Hasta cerrarlas?

- ¡Bueno, es una forma de decir! No lo tomes literalmente. Ya lo lograremos en su momento. Lo verás. ¡Lo haremos! - respondió Will, riendo.

El carro marchaba precedido por tres jinetes vigilantes para evitar sorpresas y antecedido por dos, también alertas.

Will y Grobet, cabalgaban ora con uno, ora con otros, para tratar de mantener el ánimo en la poco grata tarea de entregar el saldo y rendir cuentas.

- Las cosas están poniéndose difíciles. Ha llegado a mis oídos, que el gobierno está siendo presionado para que nos retire su apoyo - comentó Grobet.

- ¡No puede ser! ¡Les hemos dado más de lo que esperaron nunca! - le respondió Will.

-¿Y..? Nos hemos convertido en una espina. Empiezan a no tolerar nuestro éxito, aún con cosechas malas por la sequía y la langosta. Helvecía está pujante. Ni que hablar de California, Galense y Alejandra. Hasta la misma Eloísa marcha a pleno pese a su poca gente. La Francesa se está organizando y comienza a producir también ¡Eso molesta!, principalmente por que somos extranjeros, con otras lenguas y otros credos.

- Ellos no son nativos tampoco. Han tenido que pelear fuerte. No olvides que, si no fuera por nosotros, tendrían la frontera hostil a pocas leguas de la ciudad.

- No les importa, salvo a unos pocos hacendados que tienen sus campos por aquí y les conviene que

mantengamos lejos al indio, mientras estemos en el límite. A los otros les calientan los agricultores, el alambrado, el juego político implacable en que encuentran sumergidos, que se les va de las manos.

- ¿Será?

- La sed del poder los enceguece, haciéndoles perder la perspectiva de la situación y el sentido de sus consecuencias.

- ¡No es fácil la cosa! - agregó Grobet.

- ¡Claro que no! - afirmó Will. Pero no se puede vivir así. Por eso voy a Santa Fe. Quiero hablar con los responsables de tanto desatino. No ven lo evidente. Desconocen el jardín por tratar de mantener los cardos.

- Están acosados por las luchas intestinas.

- ¡Insisto! No se puede vivir en un país desgarrado por el odio. Y aquí lo hay, ¡y mucho!

- ¿No exageras?

- Se maman viejas rencillas familiares desde la teta materna. Se las acuna en las ruedas de mate y se las aviva con los romances despechados y negocios frustrados. Es el ocio del poder, la siesta descansada, todo ese tiempo hueco a la sombra de los naranjos, de los paraísos, de las magnolias, lo que lo alienta.

- ¿No será que la sangre arde y mata en un juego vano de caballeros fuera del tiempo? - preguntó Grobet a su vehemente interlocutor.

- Las ideas solo visten ese odio. Lo disfrazan de madurez, lo blanquean de razón. Lo dejan bruñido para el consumo común, mientras lo oscuro se abre en las entrañas, campeando en esos espíritus, ¡poseídos por quién sabe qué atávico legado indomable de señorío ofendido!

- Creo que tienes razón. He estado leyendo algunos ejemplares aislados de La Capital, que han llegado a mis manos. En los cuales me sumergí, más para familiarizarme con el idioma que para seguir los vericuetos de esos intrincados dimes y diretes de Santa Fe y Rosario, o de Rosario y Santa Fe, en este caso. Te puedo asegurar que es cierto. Resuman veneno entre líneas si es sobre la oposición y ambrosía, cuando del grupo de ellos se trata.

- No hay dudas. Son de temer los parlamentos convocantes. No por lo que traen en sí, sino por lo que esconden, o tuercen, o callan.

- No te extrañe. La verdad violada corre en susurros por estos lares y, a veces, no muchos están alertas o se hacen los distraídos.

Avanzada la tarde, comenzaron a transitar por los campos de Helvecia. La actividad era notable. En varias oportunidades hubieron de detener la marcha para saludar a algún conocido, o brindar una rápida explicación sobre la razón de ese cortejo extraño, marchando al sur, empujado por el norte que no cejaba, como atado al carro.

Se les arrimó un sulky, cuyo conductor se quitó el sombrero y saludó a Grobet:

- ¿Cómo le va don Juan?

- ¡Pero caramba!, si es don Manuel Luvi - respondió éste sorprendido. ¿Qué hace por aquí, lejos de su escuela?

- Estoy haciendo proselitismo; proselitismo pedagógico, ¡por supuesto! - le respondió el nombrado sonriendo.

- Le presento al capitán Moore, aunque creo que lo conoce, ¿verdad?

- Sí. Alguna vez nos hemos visto en algún cruce.

- Es un placer saludarlo, señor - dijo aquél extendiéndole la mano. El saludo fue prontamente retribuido con un fuerte apretón por parte del maestro.

- ¿Qué tal la escuela?

- ¡Oh..! ¡La escuela es una bolsa de gatitos que gruñen en alemán, italiano, inglés y español! Para colmo de males, mixta. Así que, de seguir esto, ¡tendremos rubios de ojos negros y negros de ojos azules! - exclamó el maestro contento por la oportunidad que se le brindaba, de explayarse con alguien de afuera de la colonia - ¿Siguen viaje a caballo? Por qué no toman el barco que sale en un rato cargado de granos, para Santa Fe? Es el Teresa.

- No con esta carga - respondió Moore - No podemos agregar una preocupación más a la gente. Para colmo, nadan como peces los salvajes. Se han criado en el monte,

a la ribera de bañados y lagunas. No olvide que cazan patos tirándole de las patas, sumergiéndolos ¡Mire si nadan! No, ¡con ellos no!

- Es cierto, no se me había ocurrido. Bueno, ¡hasta la vista! Saludos a su gente - dijo dando marcha a su vehículo que se perdió por entre las chacras, mientras ellos también avanzaron.

Se encaminaron a lo de Kauffmann. La casa grande ahora habitada por su madre. Sabían que los esperaban y habría de acogerlos por esa noche.

La mano levantada de los colonos que se erguían en el sembrado o detenían su arado y saludaban en distintas lenguas, era cálidamente respondida con un agitar de sombreros y una sonrisa amplia, afectuosa, llena de fe y esperanzas.

Bordearon Cayastá, el primitivo lugar de fundación de Santa Fe. El viaje se les hizo pesado en la monotonía de las tierras bajas que los separaba de Santa Rosa de Calchines. Nada a la vista. Solo los montes del otro lado del zanjón, hacia el valle del Paraná. A veces, por los caprichos meandrosos del viejo río, del San Javier, la marcha los va aplastando contra el terreno blando de su margen derecha; tierra arenosa, sin árboles en los alrededores. Las repetidas inundaciones que cobijan su baja altura, no permiten el ciclo de ejemplares destacados, salvo alguno que otro en las pocas lomadas que se sugieren

hacia el oeste. O unos contados ceibos jóvenes que verdean intensamente.

A las dos reinician la marcha y siguen tercamente la Cruz del Sur que juega adelante escondida por el Sol.

Las primeras arboledas de la zona rural de Santa Rosa de Calchines se insinúan lejos, desdibujadas por la resolana. El fresco y el descanso quieren forzar la marcha. Deben realizar un esfuerzo para no salir al galope en su búsqueda. Los animales, después de la cabalgata, no lo soportarían. Toman su tiempo, entregan un trote lento. Para colmo, deben eludir las cuevas de los angullaces, esos ratones quejosos que hacen escuchar su grito particular en la arena. Como si la entraña de la tierra gimiera ásperamente por ser hollada. El "tucutú" grave, los acompaña por un tiempo.

El rito solar les marca las marchas y descansos. Con la caída de esa tarde, enfilan a las tierras del comandante Romero, donde también tendrán acogida. La última, antes de arribar a Santa Fe y cerrar un ciclo que ya lleva demasiado tiempo.

- A esos llévenlos al galpón - ordenó el dueño de casa, agregando - Los muchachos cuidarán de que estén seguros y no les falte lo necesario.

Los no comprometidos con la maniobra fueron invitados a ingresar a la galería en sombras, donde los

esperaban con vasos de limonada fresca y alguna ginebra traviesa. Hasta ese lugar, llegaba el acre olor de la madera quemándose. De las ramas de un algarrobo, colgaban dos medios corderos, que habrían de brindárseles como cena.

- Así que no les ha ido muy bien que digamos - dijo Romero.

- En verdad, no, comandante. - respondió Grobet, celoso de su provisional cacicazgo - ¡Las cosas se han dado de nalgas!

De esa manera comenzó de nuevo otra relación de lo acontecido; que ya comenzaba a cristalizar en la memoria de cada uno, como acusación permanente por las faltas y excesos, por lo actuado y lo dejado de hacer. Pero eran corrientes interiores y las palabras, no dejaban que aflorasen los sentimientos encontrados que los embargaban.

Otro día, otra marcha. Ya los naranjales de San José del Rincón van quedando a un costado.

La nube de polvo del grupo de milicianos que los alcanzó se disipó de a poco. Al ver de quienes se trataba, la curiosidad hizo que los acompañasen un buen trecho. Esa noche, en las ruedas del lugar, se comentaría el paso de ellos, los valientes expedicionarios al Gran Chaco.

No debían ser mucho menos de las siete, cuando arribaron a Santa Fe, bordeando la laguna. Tomaron por un costado, tratando de evitar la calle al

centro, bastante transitada. Los jóvenes y los niños, que aún podían permitirse un último juego, se iban turnando para hacerles de séquito, mientras corrían en torno del carro con su humana carga cobriza.

- ¡Mirá abuela! - gritó uno asombrado. - ¡Indios, abuela! Son indios del norte ¡Mirá!

Arribaron a la casa de Patricio Cullen, donde los pusieron a buen recaudo para su entrega a las autoridades al día siguiente.

Los aborígenes están atemorizados por tanta gente. Mareados, se dejan conducir mansamente por sus captores, a dos piezas del fondo de la mansión, donde son encerrados. Serán posteriormente distribuidos entre familias de Santa Fe y Rosario "para una civilizada reeducación". Engrosarán así el nutrido grupo de servicio doméstico barato con que cuentan las mismas que amparará muchas maternidades mestizas.

El fresco, traído por una suave brisa del río plena de aromas y murmullos insectales, envolvió la ansiosa reunión armada a su alrededor.

- Bueno mi amigo - le dijo Patricio Cullen a Grobet - Afuera está mi gente para acompañarlos hasta la Jefatura, donde serán recibidos. Yo no voy. No tengo posibilidades de hacerlo. Lamentablemente me esperan en la estancia y debo partir enseguida ¡Negocios son negocios! Me hubiera gustado hacerlo pero, ¿¿qué se le va a hacer?!

- No importa don Patricio. Es una lástima pero no importa - Gracias por su ayuda. Contamos con usted para que nos apoye en nuestras gestiones. En el Pájaro Blanco la cosa es difícil y las cosechas no siempre son buenas ¡Se nos ha venido la langosta!

- No se preocupen ¡Cuenten conmigo! - insistió. El apretón de manos marcó la separación y aquel hombre tan particular, emprendió la marcha por la calle polvorienta.

-Monseñor- decía el gobernador al prelado que lo apuraba, promoviendo decisiones drásticas contra los herejes que se estaban posesionando del país - es imposible. No podemos retornar a la Iglesia su potestad de inmiscuirse en las cuestiones civiles. Ocasionaríamos un daño terrible a la sociedad en general que se ha organizado así y a la propia Iglesia en particular. Usted mismo me decía que han proliferado los templos de otros cultos en todo el territorio. Ellos tendrían también ese derecho. Vienen, se instalan y adquirirían esa potestad. Todos clamábamos por que las cosas fueren así ¡Es el precio del progreso!

- No, ¡de ninguna manera! ¡Es la suerte del anticristo! - respondió - ¿No me diga que se ha vuelto Oroñista ahora?

- Por favor, Eminencia, no ofenda - insistió Bayo tratando de calmar la figura de rostro congestionado. La pasión lo dominaba. Lo infructuoso de su nueva gestión en procura del retorno al estado de cosas anterior, lo sacaba de quicio. La ley del matrimonio civil era un puñal clavado

hondo, producía heridas imposibles de restañar. Pero era la ley y no durante su gobierno ¡Que le pidiera cuentas a Oroño por eso y a Sarmiento por las maestras extranjeras!

- ¡La potestad es divina!

- En el cielo, señor ¡En el cielo! Aquí en la tierra, tendremos que seguir viéndonos con todos esos. En favor no solo de ellos, sino de ustedes, de nosotros, para una paz duradera, tendremos que contemporizar. - insistió el estadista.

- ¿Con el diablo? ¡Nunca! - expresó evidentemente molesto.

- No, por favor, ¡comprenda! Son otros hombres igualmente débiles al fin. Otras costumbres. Han colmado de tranquilidad estas tierras. Trajeron progreso. Amasarán riquezas que también compartiremos. Ya lo verá ¡Nuestras arcas se robustecen!

- ¡Treinta monedas! Usted me da penas ¡Siento un dolor profundo por su alma! No lo permitiré ¡Mañana mismo enviaré otro despacho al Primado poniéndolo nuevamente en antecedentes de esta situación intolerable! ¡Nos van a gobernar los protestantes! ¡Insólito!

-Vea. Tranquilícese. Imagine qué sería de nosotros si se multiplicaran los conflictos como en San Carlos. Piénselo. Hubo que dividir los hijos, para dar satisfacción a dos madres ¡No puede ser! ¡Los salvajes terminarán reinando!

El prelado lo miró furioso. Un rictus particular se dibujó en sus labios, fue reprimido de

inmediato. Demasiada experiencia tenía en política de altura, para dar a conocer sus reales sentimientos.

- Gracias, señor Gobernador - dijo sarcásticamente parándose y dándole la mano. Salió del recinto sin mirarlo. Cruzó sin saludar por entre los dos extranjeros rubios que aguardaban en la antesala.

El propio gobernador se asomó y, suspirando, los enfrentó.

- Pasen por favor. Pasen.

- Es un placer señor - dijo Grobet.

- De igual modo - agregó Moore, dando la mano al mandatario. La figura corpulenta, señorial, del mismo era digna y siempre sorprendía a las personas que lo entrevistaban. Sus ojos firmes y su frente ancha, inspiraban una natural confianza. Había que mantenerla a raya para evitar pasarse, dado su bien ganado prestigio de habilidad para manejarse en los negocios de la política, no siempre favorables a sus interlocutores.

- Veamos, cuenten. Cuenten, por favor - decía sonriéndoles e invitándolos a ubicarse en sendos sillones que enfrentaban el escritorio lleno de papeles, ornado con un inmenso tintero de cristal con el escudo de la provincia. Pese a lo que aseguraban los opositores, la sagacidad y la seguridad de ese viejo zorro político, imponían respeto, mal les pesara a los amigos de Rosario que no paraban en medios para tratar de desplazarlo. En particular Oroño. De él surgieron las ingentes gestiones para obtener su

desafuero. La lucha sorda continuaba sin pausa y aquí, o en aquella ciudad del sur, de tanto en tanto algún simpatizante de una u otra línea, aparecía cruzado en la acera. No durmiendo la mona, precisamente. Fueron planteados los problemas y renovadas las promesas y buenas intenciones. Pero los colonos salieron del despacho, con la misma carga de incertidumbre con que ingresaron. Eran conscientes de que la situación por distintas razones, ya nacionales, ya lugareñas, era difícil para todos. Fuera del apoyo y alguna ley especial que prometió impulsar, el gobernador se ciñó a las condiciones de siempre. No pudieron avanzar un paso. De nada valieron los argumentos del éxito de la campaña al Chaco, la riqueza y el tributo al fisco.

- El estado es un herido serio. Sangra por todos lados. No le infligiré una lastimadura más ¡Aunque fuere pequeña! La presencia de Santa Fe se hace sentir en todas las provincias, para bien o para mal. Ello no por mera conversación. No nos olvidamos de ustedes. Acabo de defender su causa ante el tribunal divino - dijo sonriendo, mientras los acompañaba hasta el despacho del secretario. - No imaginan el esfuerzo que hacemos por ustedes. Ya vendrán tiempos mejores. San Javier y el Pájaro Blanco habrán de cambiar. Si resultan las gestiones que efectuamos para radicar un nuevo y nutrido contingente en la zona, lo hará. Esta vez de italianos.

- ¿Italianos? - inquirió Grobet.

- Sí. Católicos - respondió el gobernador sonriendo maliciosamente - ¡Debemos equilibrar la balanza! Si no lo hacemos, se nos va a venir el Vaticano encima.

Todos sonrieron y se despidieron de igual modo.

- Viejo ladino - decía Grobet a Moore mientras bordeaban la plaza por la vereda del Cabildo, hacia la calle Comercio. En el Registro los esperaban unas gestiones de tierras fiscales. En particular por una isla que interesaba incluir en el patrimonio de California para seguridad de la colonia. Era alta, cubierta de montes y seguro refugio hasta entonces del salvaje. A ella volaban los pensamientos, mientras la Santa Fe en primavera, tenía un algo especial que la distinguía de todas las ciudades virreynales que perduraban en espíritu, pese a los cambios de época y de regímenes.

Alguna dama donosa, el tránsito cansino de los jinetes para no ser multados por la velocidad que levantaba polvo y molestaba a los vecinos, rompía esa bella y luminosa majestad de postal, que la caracterizaba. El olor dulzón a leche, azúcar y vainilla cocidas en cobre, que salía de una panadería, les llenó las fosas nasales, haciéndoles desear un buen café con alfajores. Apuraron el paso...

